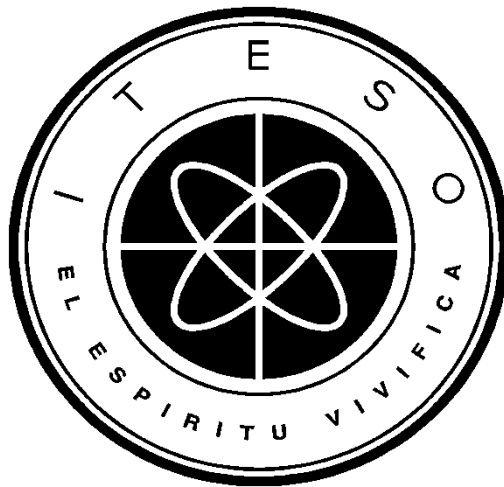


INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL, ACUERDO S.E.P. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACION
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.



DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES MAESTRIA EN COMUNICACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA

EL CUERPO DE LA MUJER VINCULADA AL NARCOTRÁFICO COMO NARRACIÓN
DE SUS RELACIONES SOCIALES

TESIS PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
MAESTRA EN COMUNICACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA

PRESENTA:

ITZELIN DEL ROCIO MATA NAVARRO

TLAQUEPAQUE, JALISCO A SEPTIEMBRE DE 2013

Contenido

AGRADECIMIENTOS	3
PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN.....	6
CAPITULO I. Planteamiento y contexto general de la problemática sobre la mujer vinculada al narcotráfico.....	12
La mujer en el narcotráfico a través de la mirada de otros estudios	17
Narcotráfico y mujeres.....	17
Abordajes sobre el cuerpo “carne de cañón” en el narcotráfico.....	19
Contexto del narcotráfico en México	22
Breve historia del cuerpo	26
CAPITULO II. Comprender el papel del cuerpo de la mujer desde la realidad social del narcotráfico (abordaje teórico-metodológico).....	29
¿Qué es la narración social del cuerpo?	29
El cuerpo como narración del consumo cultural	38
El cuerpo como representación social de la belleza	40
El cuerpo como narración de relación entre géneros.....	42
El cuerpo como narración de la violencia	44
El cuerpo como narración de la identidad	49
Marco metodológico.....	52
Previsiones sobre la construcción del objeto	53
El problema sobre el problema de investigación.....	57
Contra el metodologismo: una receta contra sí mismo	59
CAPITULO III. El cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como resultado de sus relaciones sociales.	79
La belleza y la cirugía estética para la mujer vinculada al narco	83
Las escalas sociales, el ideal social y el precio por el poder	90
CAPITULO IV. Género, violencia e identidad como elementos constitutivos del cuerpo de la mujer vinculada al narco.	98
La relación entre hombre-mujer en el narcotráfico: la violencia simbólica y de género.	98
La relación entre mujeres en el narcotráfico: Maternidad y Feminidad como elementos de construcción social de identidad.	107
El papel materno en la configuración de la mujer del narco	108

El papel de las amistades en la configuración del ideal estético de la mujer del narco.....	112
CAPÍTULO V. El narcotráfico como estilo de vida: la implicación seducción-amenaza.	116
CAPÍTULO VI. LA SEDUCCIÓN-AMENAZA EN EL CAMPO DEL NARCOTRÁFICO	125
La nueva institución del campo del narco como aspiración	126
La parafernalia mediática vs la construcción de sentido en la esfera privada.	128
El género femenino en el narcotráfico	131
Conclusiones	139
El cuerpo como resultado de sus relaciones sociales	141
El cuerpo y el género	142
El cuerpo y la violencia.....	143
Algunos pensamientos sobre el tema.....	144
Bibliografía	148

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis es el resultado de un esfuerzo colectivo de personas que me inspiraron, colaboraron y apoyaron no sólo en el aspecto académico, sino también en mi vida personal. A ellas quiero dedicar este espacio.

En lo académico, principalmente a David Velasco, SJ., gracias por su tiempo, su disponibilidad en todo momento y su orientación sin la cual no hubiera sido posible esta tesis como ustedes la leen. Gracias por compartirme tus conocimientos y consejos, pero también por los detalles de compartirme tu arte fotográfico, los colibríes sin duda siempre han estado presentes en mi vida y ésta no fue la excepción. Por tu paciencia y largas esperas debido a mis múltiples tareas y roles que me toca encarar.

A Rossana Reguillo por acompañar un doble proceso de maestría, por tus conocimientos y asesorías en clase que, sin duda, determinaron gran parte del rumbo de esta investigación, y por el interés por este tema por el cual compartimos opiniones y pasiones. Además por ser el contacto para todo el trabajo de campo y mi estancia académica en la Universidad de Texas en Austin. Tú sabes que tuve miedo, pero siempre estuviste ahí.

Gabriela Polit que me hiciste despertar para levantar mi voz propia, a arriesgar. Por tu sencillez y orientación, no sólo en la tesis, sino para el futuro académico. Pocas personas comparten sin censura sus conocimientos, sus rutas, sus hechizos.

En el desarrollo de este trabajo agradezco a mis informantes, ustedes saben que son mis aliadas, ustedes son la pieza clave para poder entender una problemática que nos aqueja de una manera sumamente peculiar, con un brillo y una hoz que persigue a ese encanto. Gracias por compartir su alegría, su entusiasmo, sus desencantos, sus experiencias de vida que le dan alma a esta tesis.

Anajilda y Gloria por ser mis guías, fueron mis ángeles culichis y agradezco me compartieran tan generosamente su mundo, su experiencia etnográfica, sus contactos, me siento muy agradecida y protegida por ustedes.

A todos mis compañeros de maestría que siempre me daban tips, fuentes, consejos, la verdad no hubiera podido ser y hacer esta tesis sin ustedes, toda, aún con esos que me aparecía distante. Bere, en especial por contactarme con un mundo desconocido y abrirme los ojos sobre los estereotipos.

A mis maestros que se emocionaban junto conmigo y me daban consejos constantes: Rocío Enríquez por ser mi lectora y promotora con los alumnos, a Alina por ayudarme en el primer proceso de análisis, a Rodrigo por todas las porras y lecturas compartidas, a Eduardo Quijano por ser luz y guía de tiempo completo, a María Martha y Diana por sus enseñanzas trascendentales para la tesis, a Didier por compartir opiniones de Bourdieu (le prendemos veladoras), y especialmente Raúl Fuentes, quien me inició en el arte de la investigación, mi maestro.

En lo personal, a Daniel que me ha ayudado tanto y tanto en los momentos más difíciles cuando creía que ya no podía más, en las dudas y en las cosechas de este proyecto. Gracias por siempre darme tu apoyo incondicional: al hacer dos maestrías, a una estancia académica inolvidable para los dos, al cuidar de nuestro hijo, al sostenerme cuando estuve enferma y cansada, al darme ánimos y ser como un roble donde apoyarme.

A mi mamá especialmente porque sin ella no podría haber llegado hasta este lugar: tú me acercaste todos tu amor y tus recursos para que yo llegara al ITESO, me titulara, conociera a los jesuitas y siguiera este camino profesional, tu amor, tu entrega, tus esfuerzos y sacrificios por lograr mantenerme aquí en un inicio, fueron fundamentales. Gracias por vencer todos tus miedos y cuidar de Dieguito cuando más lo necesité.

A mi papá, porque nunca jamás has dudado de mí, siempre crees en mí, incluso cuando yo ya no creo, me das ánimo, somos nuestros respectivos fans en el arte y la creatividad, es tu sensibilidad la que he plasmado aquí. Te quiero, papá.

Hacen falta muchas personas que intervinieron en el proceso: a la Sra. Ofelia por cuidar también de mi hijo en mis tardes y noches de estudio.

Y por supuesto, aunque ya no está mi Prometeo, maestro y sabio, Raúl Mora S.J., siempre te recuerdo tú me diste el fuego primero, hasta casi ser “monja jesuita” ¿te acuerdas?

Y a todos los que colateralmente estuvieron en el proceso Gaby, Graciela, Carlos Luna, Bernardo por su interés, comprensión y apoyo.

Y a Dios que me ha dado una vida increíblemente excepcional, nunca he dudado de sus dones y sus gracias.

Gracias a todos.

PRESENTACIÓN

El proyecto que lleva por título “El cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como narración de sus relaciones sociales” está inscrita en los estudios socioculturales con un énfasis en la sociología del cuerpo, la perspectiva de género y la violencia inherente de este estilo de vida, con la intención de responder a la siguiente pregunta: ¿Cómo se configura el cuerpo de las mujeres vinculadas al narcotráfico a través de sus relaciones sociales?

Partiendo del supuesto de que estas mujeres a través de sus relaciones sociales van configurando un cierto tipo de estética corporal que expresa, por un lado, violencia a través de sus expresiones de poder, pero también seducción constante a través de sus prácticas económicas y estéticas, y que en algún momento, terminan por ser atractivas para algunas jóvenes en México como ruta de acceso a una supuesta autonomía y aumento en la escala social.

Así, el objetivo central es evidenciar que dichas narraciones sociales se expresan a través del cuerpo de las mujeres del narcotráfico, es una cuestión que detona una construcción identitaria, una solidaridad de género entre algunas jóvenes que están vinculadas a la narcocultura.

En el marco teórico se abordan las siguientes temáticas: la sociología del cuerpo visto desde la teoría de Bourdieu, la perspectiva de género como elemento narrativo del poder a través de Bourdieu y Judith Butler, el tema de la identidad colectiva con Gilberto Giménez y, finalmente, la situación de violencia configurada en el narcotráfico con el apoyo teórico de Bourdieu y Reguillo.

Para poder dar cuenta del fenómeno del cuerpo de las mujeres vinculadas al narcotráfico, se desarrolló una estrategia metodológica que se trabaja desde la fenomenología y la perspectiva cualitativa, con un cruce de técnicas que permite dar cuenta de dichas expresiones corporales en su dimensión social, razón por la cual se seleccionaron la etnografía, la entrevista cualitativa y el grupo de discusión como herramientas de acercamiento al fenómeno de las narcomujeres.

Finalmente, es importante dar cuenta de que esta tesis se ciñe a los estudios socioculturales, dado que si tomamos en cuenta que los estudios socioculturales se concentran en un campo de investigación de carácter interdisciplinario cuyo interés son las formas de producción y creación de significados, entonces podemos decir que el estudio de las mujeres relacionadas con el narcotráfico, se estudiará de manera interdisciplinaria atendiendo a la teoría social, pero también al ámbito de la comunicación, esto con el objetivo de comprender cuál es el significado del cuerpo femenino como cuerpo social con un rol central dentro de la sociedad, y no sólo eso, sino para dilucidar la pregunta por el sentido que se le otorga al hecho de ser mujer, con un cuerpo dado, en el contexto del narcotráfico en México.

INTRODUCCIÓN

Es una noche calurosa de septiembre en Culiacán y nos sentamos en una esquina, en la terraza de un café gourmet, de esos con velas a media luz, una mesa redonda con un mantel con cuadros rojos y una botella de tinto adornan nuestra velada. Todo apunta a una noche serena y relajada.

Frente a nosotros una avenida de cuatro carriles, con un camellón arbolado donde si uno pasa de día, pareciera que el espectáculo nocturno se hubiese evaporado con el calor intenso de la tarde.

Ordenamos sólo una sangría y dos cafés, mientras las dos académicas que me acompañaban por mi “narcotour” en Culiacán¹, mujeres con gran orgullo sinaloense, me aseguran (como si eso eliminara los miedos por completo) que sería un lugar neutral desde dónde observar lo que enseguida sería la estridencia.

El reloj marcaba las ocho de la noche y todo mundo atinaba a decir que era muy temprano para que se “notaran” los arrancones, espectáculos nocturnos de la Isla Musala, ubicada en la Gran Avenida el Dorado, al sur de la ciudad, donde la intención es arrancar y frenar, con la mayor potencia posible en un lapso de dos cuerdas, todos al mismo tiempo.

Una parafernalia cultural donde ricos y pobres exhiben sus pertenencias: BMW, Audi, Cherokee, unos del año, otros no... sólo un coche con placas del 2013 (un año posterior a mi visita), un coche Chevy, Bora, Jetta, motonetas, motocicletas destartaladas. No es lo mismo arrancar un Ferrari que una motoneta ¿cierto?

Pasados treinta minutos el ambiente se torna ruidoso: la música, narcocorridos tocando al unísono en los cientos de coches a todo lo que da: arrancones, frenos que se asemejaban a los aullidos de cientos de gatos nocturnos, sonámbulos, el olor a gasolina quemada, aceite, llantas, motores, la estridencia...

La gente gritando, las llantas rodando, el cansancio, el calor, lo desconocido, la mesa redonda donde comemos con un mantel a cuadros y parejas entrando y saliendo del restaurante... todo da vueltas. Era un fenómeno estridente, envolvente, caluroso, como cuando uno se sube a la montaña rusa, apenas cree uno que va a salir y respirar, vuelve a caer, el suspenso... La angustia era paralizante al ver algunos niños, tal vez ocho o diez años, quienes

¹ Incluso hay taxistas que proveen del tour a los turistas por algunas propinas.

montaban unas cuatrimotos en grupos de dos o tres, sin casco, como si montaran un caballo desbocado.

La vorágine interminable, hacía que apenas se notara sobre la otra esquina, una florista vendiendo ramos de rosas de tres docenas o más, con dificultad, se sube en una lata ancha, sobre unos ladrillos, para alcanzar las ventanas de las pick ups con llantas enormes, decorados intensos, luces, tumbaburros, ganchos de remolque, parece que hay una relación entre el tamaño y el decorado de la camioneta con el tamaño del bolsillo del propietario.

Para entonces, los susurros de mis acompañantes ya eran casi imperceptibles frente al mundanal ruido del lugar. Debían acercarse a gritos, pero con cautela, para describirme la escena: dicen que se venden (refiriéndose a los “megaramos de rosas”) por no menos de quinientos pesos (unos 40 USD cada uno).

Los protagonistas de semejante narración, hombres fornidos con hombros anchos, manejando sonrientes sus camionetas o vehículos como se dice “a todo lo que da”. No iban solos, estaban acompañados de muchas mujeres u otros hombres, hablando fuerte, a carcajadas, gritando y generalmente en grupos.

Al regreso de Culiacán, alguien comentó que en la Isla iban puros ‘buchones’, que hay otros arrancones en otros sitios, y mis acompañantes de la Universidad aseguran que a la Isla van todos los *narcojuniors* a hacer despliegado de sus pertenencias. Mientras que por las calles se decía que el lugar era totalmente “naco”.

La verdad qué tan cierto era eso en realidad, sólo podía observar a jóvenes varones llevaban gorras decoradas con bordados tipo Ed Hardy y muchos brillos (aun de noche se distinguían), con rosas, calaveras, que les tapaban casi todo el rostro, creo que buscaban que la noche les regalara un momento de anonimato.

Sin embargo, las mujeres todas con cabello largo, negro particularmente, aunque de vez en cuando se veían algunas rubias pero todas con ropa oscura, eran sólo acompañantes, apenas si se notaban dos o tres mujeres conduciendo, al frente del volante.

Su atuendos completamente oscuros, posiblemente era la oscuridad, la elegancia o atavíos de luto que llevaban por si las dudas.

Aun así, en la penumbra se veían todas maquilladas, ojos enormes por el maquillaje, tonos intensos, labios gruesos, todas las facciones femeninas eran perfectamente reconocibles, como si debieran mostrar al mundo quienes son y cómo son.

Lo que sorprende del lugar son dos cosas: la ausencia de féminas automovilistas, y el caos ordenado del lugar.

A pesar de los arrancones, los frenados en seco, la invasión del camellón, la música estridente que no permite escuchar a los demás, existiera un “orden” aparente, es decir, nadie choca, nadie resulta atropellado, ni muerto (ese día, al menos) y las patrullas de vialidad en tanto que no detienen las infracciones viales, los observan con gran tranquilidad, y casi con admiración, estacionados en las orillas como espectadores.

Ese orden no es gratuito, hasta las profesoras (oriundas del lugar) coinciden en que existen reglas implícitas, que nadie debe pitar si el de adelante no avanza pues no se sabe “quién te va a salir” (refiriéndose a los posibles narcotraficantes que pueden amenazar con armas de fuego a quien se atreva a intervenir el caos ordenado).

Entre las versiones de los entrevistados surgían constantemente referencias del espectáculo y de la violencia en general, como sinónimo de la “cultura de la impunidad”, como ese miedo paralizante, la impotencia total.

A pesar de que los sinaloenses intensos, arrojados, en general, muchas veces quedan reprimidos ante una “muerte casual” porque un narco se le puso enfrente del coche en una vuelta y se le antojó matarlo para pasar más rápido.

“Nadie se anima a decirles nada, porque no sabes si te van a querer matar, no sabes con quién te metes”, por lo tanto, hombres y mujeres se atienen a los códigos impuestos por los narcotraficantes, así como las autoridades viales, municipales, estatales... la vida transcurre bajo los dos conceptos que mencionaron recurrentemente los informantes “cultura de la violencia” y “cultura de la impunidad”.

No sé si es así, pero si la impunidad es romper todas las reglas de tránsito, saltarse entre los camellones, rodar, frenar, arrancar, gritar, tocar narcocorridos, un conglomerado de coches sin orden... entonces la Isla, lo es.

De las mujeres conductoras, nada, sólo unas dos o tres conductoras que también iban en grupo, parecieran estar ocultas dentro de una telaraña donde los nodos son los hombres, los que ejercen, los que ostentan, los que lucen a sus mujeres.

Cómo pensar más allá, cuando el espacio público, en los medios, en las calles, en las plazas, en los lugares públicos se habla de “eso” (como omisión de la palabra narco en el sentido más *culichi*) como una ilusión, una fantasía, cuando la vox pópuli, impuesta un poco por los medios, otro tanto por el gobierno, por el narco y hasta por la misma familia, ha generado unos enormes estereotipos donde sólo hay mujeres “bellas, ricas, poderosas y sanguinarias”, adjetivos que aparecen tanto en las narraciones de académicos, periodistas como entre las personas del mundo cotidiano: “las cualidades que debe tener una mujer para poder llamarse narcotraficante” ¿tú lo creíste?

A punto de morder la manzana de Adán, en la tentación máxima sobre las representaciones sociales de la narcotraficante, aparecieron cuatro mujeres, sus historias, sus realidades que sólo pueden ser contadas a través de mi voz, mujeres silenciosas, perdidas en las escenas brutales del campo del narcotráfico, desvanecidas por las sombras de sus cotidianidades, de su propia vida familiar, de su vida social, de la vida que no es el narcotráfico, esas mujeres narradas como grandes heroínas y semidiosas, que en realidad eran mujeres simples, comunes, ésas que me encontraron llevando una credencial del IFE por si las desfiguran y luego nadie las reconoce.

Esta tesis es la historia de esas mujeres, las de carne y hueso, dentro del campo del narcotráfico. Chicas universitarias insertas en una serie de relaciones objetivas, con sus pasiones y emociones, siempre vividas a flor de piel.

Contra la realidad del día a día, las historias de simples humanas que toman decisiones con base en muchos factores, sus intereses personales, familiares, sociales, económicos, culturales y hasta, en ocasiones, políticos: decisiones que no en pocas ocasiones las lleva a poner en riesgo su vida.

Así, en el capítulo I, se plantea el contexto general de la mujer vinculada al narcotráfico, los principales trabajos, aportes académicos y periodísticos que se han generado alrededor de ella, y cómo esto va conformando un estereotipo que empaña la comprensión profunda de la problemática fincada en la violencia que viven estas mujeres.

En el capítulo II, se hace un breve recorrido por las principales concepciones teóricas sobre cuerpo, género, violencia e identidad, temas que son claves para entender la resignificación del

cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico, y que sirven como ejes de comprensión y análisis. También se expone el tratamiento metodológico que ha tenido este trabajo y se explican los diferentes ejes analíticos, categorías y esquemas con los que se realizó el análisis de las historias de las mujeres entrevistadas.

El capítulo III, se plantea la problemática del cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como elemento seductor para hombres y mujeres en el campo del narcotráfico, y se hace una propuesta metodológica para abordar el tema desde una perspectiva sociocultural, desde la comprensión del cuerpo como elemento de comunicación, sentido y poder.

El tipo de acercamiento metodológico se realizó de manera interdisciplinaria debido a que los conceptos y problemáticas expuestas requieren una respuesta desde distintas perspectivas sociales y culturales, necesarias en un tema tan complejo como lo es el narcotráfico.

El estudio incluyó etnografía, entrevistas a profundidad y un grupo de discusión, que en su conjunto permitieron un acercamiento a las narraciones sociales como un elemento de descripciones complejas que generan sentido.

Finalmente, el análisis se trabajó directamente desde la filosofía de la ciencia relacional propuesta por Bourdieu y se establece un esquema de relaciones y un cuadro de posiciones sociales de las mujeres vinculadas al narcotráfico.

Así, en el capítulo IV se plantean los primeros resultados obtenidos sobre el tema del cuerpo como valor para lograr una autonomía y el aumento en la escala social, así como una reflexión sobre la importancia de la conformación de un cuerpo vinculado a la narcocultura como resultado de una red de relaciones objetivas, del campo del narcotráfico y las prácticas sociales que, al final, terminan por moldear una figura femenina en particular.

En el capítulo V, se hace una propuesta para entender al cuerpo desde el género, no sólo desde la constitución del cuerpo a través del género, sino para entender el cómo el conjunto de relaciones sociales con el género opuesto y con el propio género femenino determinan una serie de decisiones para configurar un tipo de cuerpo asociado a un estilo de vida en particular.

Finalmente, en el capítulo VI se narran las experiencias de cada una de las chicas entrevistadas y cómo es conforman también una identidad, mejor entendido como un estilo de vida, asociado a la red de relaciones objetivas en el campo del narco y se ahonda sobre el riesgo de la seducción-amenaza, un círculo donde las mujeres saben que al ingresar al narcotráfico limitan su tiempo de vida significativamente, es decir, el cuerpo como expresión de violencia,

como blanco perfecto de las distintas transgresión del narcotráfico pero que finalmente la orilla a unas prácticas amenazantes dadas por la estructura y el campo en el que se desenvuelven.

CAPITULO I. Planteamiento y contexto general de la problemática sobre la mujer vinculada al narcotráfico.

“La negrita cucurumbé se fue a bañar al mar para ver si las blancas olas su carita podían blanquear”²: una estrofa de una canción que representaba el deseo de las niñas de los años cincuenta por tener un cuerpo socialmente validado, un cuerpo “blanco”. Tener un cuerpo así, implicaba ser admirado, valorado y estar en una escala social más alta.

Pero a más de cincuenta años de esa época donde las niñas deseaban ser blancas, las cosas han tomado otras aristas, el modelo puede seguir siendo o no blanco, pero sin duda lo que hoy cuenta como ideal estético es la posibilidad de tener unos senos grandes, un cuerpo voluptuoso con el cual poder jugarse las cartas del aumento en la escala social.

En Latinoamérica, aunado a un ideal estético que ha sido fomentado por los modelos de belleza proyectados en las novelas, se suma un elemento que también fomenta estas supuestas maravillas estéticas: la narcocultura.

No es casualidad que existan, entonces, novelas y telenovelas como “Sin Tetas no hay Paraíso” (Bolívar Moreno, 2006) donde se expone el valor del busto femenino como elemento para poder acceder a círculos sociales más altos y a ciertos estereotipos que se difunden a través el aparente destello económico generado por la narcocultura.

Pareciera que el cuerpo resulta una moneda de cambio necesaria para el aumento en la escala social, por acceder a ciertos círculos, pero también como reconocimiento de femineidad entre mujeres y entre hombres y mujeres. Un cuerpo “hecho a la medida” no sólo del hombre narco, sino que las otras mujeres también puedan reconocer como “perfecto”.

Pero una vez más, hablamos de una realidad más compleja que se teje no sólo desde los ideales del narco, sino desde las figuras estéticas difundidas por los medios, por la red de relaciones objetivas en las cuales se encuentra inmersa una chica universitaria en el occidente de México, incluso las amistades y la misma familia influyen en el modelo estético de una chica.

Es un cuerpo que parece reflejar una especie de solidaridad, que permite la violencia simbólica dentro de este contexto. Es decir, aun con las vejaciones, transgresiones que implica la búsqueda de este tipo de cuerpo, existe un acuerdo implícito entre quienes imponen el modelo

² Canción popular mexicana escrita por Francisco Gabilondo Soler alias “Cri-Cri”

y quienes acceden seguirlo. Una violencia sutil, silenciosa, pero avalada por las mujeres que pretenden acceder a él.

Entonces, es necesario analizar cómo es que esta narración corporal y social genera una cultura que atrae tanto a hombres como mujeres, pero sobre todo urge preguntarnos por el sentido que se les otorgan a dichos imaginarios corporales.

Por ejemplo, hasta hace pocos años pensábamos en la *narcomujer* sólo como acompañante del narco, del “mero mero”, fungía como un objeto de ornamento que gozaba de las mieles de la riqueza “*malhabida*” de la pareja masculina que era realmente el sicario, varón, con una pick up negra blindada (Cheyenne), texana y botas puntiagudas, quien aportaba gran parte de la vestimenta, las operaciones corporales características de estas mujeres (principalmente en el busto y las nalgas) y un *fashion style* que delataba a la pareja como perteneciente al negocio y cultura narco, pero esta idea cambió el día en que las mujeres (ex reinas de belleza en su mayoría) tomaron el papel principal como agentes y dueñas del negocio, y abandonaron el papel ocioso de simples acompañantes y amantes del narco, del Buchón, del ‘pesado’ (Mata, 2012).

Y no sólo esto sino que dentro de esos estilos que se manifiestan a través de la estética, el cuerpo, las prácticas culturales, también existen otras maneras de ser mujer en el narco: traficante, compañía, familiar, burrera, halcón, etc., y que a través de sus testimonios corporales narran las relaciones sociales dadas en el narcotráfico. No es el mismo cuerpo uniforme de las altas élites del narco, existen otros cuerpos en las escalas intermedias y por supuesto un “no cuerpo” en las escalas bajas, un cuerpo desechable, carne de cañón.

Sobre las mujeres en el narcotráfico se había hablado poco hasta el sexenio de Felipe Calderón Hinojosa, donde la política de guerra frontal contra el narcotráfico o su sinónimo Operación Mérida, que en realidad era una réplica de la militarización contra el narco impuesta por el Plan Bush, generó un revuelo nacional colocando al tema del narcotráfico al centro de la opinión pública.

Luis Astorga (2005) reporta en su libro “El siglo de las drogas” a María Dolores Estévez alias “Lola la Chata” como la primer narcotraficante del sexo femenino en México y quien fue juzgada, tal cual, bajo el estereotipo característico del traficante burlón, ranchero y desalmado que ya se fraguaba en la prensa de los años cuarenta en México.

A Lola la Chata se le atribuían acciones como “activa traficante de drogas que abastecía a los viciosos más empedernidos. Vivía en una lujosa residencia y que era una envenenadora, astuta y alardea con sonrisa burlona, una verdadera sacerdotisa del tremendo vicio.”

Estos estereotipos que desde Lola la Chata se han conservado, se replican en algunos narcocorridos durante las siguientes décadas y terminan por convertirse en la idea de la Buchona, una mujer atractiva físicamente que intercambia sexo por favores del narco, imagen que ha sido reproducida en novelas, telenovelas, corridos, canciones, ensayos y hasta entre las mismas opiniones de algunos académicos quienes juzgan a la mujer del narco como “bella, rica, poderosa y sanguinaria”, cuestión que ante un trabajo de campo con chicas universitarias aparece claramente desvirtuado.

En el narco hay muchos tipos de mujeres, bellas posiblemente en algunos casos, dependiendo del gusto personal que juzgue el cuerpo de dicha mujer, pero ricas, poderosas, sólo existen en las muy altas élites del narco. Sanguinarias, ni en las historias de ficción ni en las reales, he podido constatar esta última característica, aunque no se descarta que puedan existir mujeres sicarias que hayan cometido homicidios con lujo de violencia.

Esta idea comenzó a narrarse y transformarse, cuando en 2007, cae en la cárcel Sandra Ávila Beltrán “La Reina del Pacífico”, quien cumple más un modelo como el de “Lola la Chata” más bien un mito de una mujer mucho más decidida y “entrona”, una sicaria, *warriorgirl*, pero que en realidad si nos acercamos a su biografía narrada por Scherer³ (2009) nos damos cuenta que su situación es más intrincada y un estereotipo.

Soy narcotraficante por decisión de los que mandan. Mi hijo también será narcotraficante, si así conviene a la política del poder. Personas de mi familia pueden correr igual suerte. Y los descendientes del Chapo y los de Arellano y los de Zambada y los de todos. Y lo que pienso de los familiares lo pienso también de las personas cercanas.

De Ávila se ha dicho también que inspiró la novela de Pérez-Reverte (2012) aunque en realidad se sabe poco sobre la fuente real de Reverte.

La otra capo del narco, conocida como “administradora”, ha sido Enedina Arellano Félix quien ha sido considerada después de Ávila, como la segunda mujer más poderosa del narco, aunque aparentemente mucho más discreta y silenciosa que la primera.

³ Se ha rumorado, aunque no hay una versión oficial, que Scherer nunca entrevistó en directo a Sandra Ávila y que es más bien una recopilación de versiones de personas que estuvieron en contacto con ella, dentro de la penal.

Otras mujeres del narco que no necesariamente se les ha vinculado con la figura principal del narcotráfico, pero que han sido blanco de los medios son Laura Elena Zúñiga, quien fuera Miss Sinaloa e inspiradora de la película Miss Bala (Naranjo, 2011), y de quien se sospecha fue asesinada por sus mismos raptos narcotraficantes: Zulema Yulia Hernández supuesta amante y trabajadora de “El Chapo” Guzmán, y Emma Coronel, supuesta esposa del “El Chapo”, misma que dió a luz a unas gemelas en Los Ángeles y que libró a la justicia estadounidense por no tener cargos criminales, sólo por mencionar algunas.

Hasta aquí tenemos dos tipos de mujeres vinculadas al narcotráfico, las que son “narcas”, y que de alguna manera han estado al frente de los cárteles como Sandra Ávila y Enedina Arellano, y las mujeres que han tenido algún vínculo amoroso con alguno de los altos mandos del narco.

“En los lugares epicentro del fenómeno del narcotráfico, donde las prácticas sociales de los narcos se evidencian en el espacio público, es común encontrar representaciones sociales de las mujeres vinculadas afectivamente con algún miembro de las redes de comercialización de drogas ilegales, como mujeres preocupadas por su apariencia física y los bienes materiales, mujeres tan hermosas como vacías e interesadas, objetos sexuales intercambiables. El imaginario colectivo de las mujeres del narco pesa y se manifiesta en variadas formas: por ejemplo es común documentar en sus historias continuos episodios de acoso sexual.” (Ovalle y Giacomello, 2008: 38).

Pero *la* Mujer del Narco, muchas veces juega también el papel de la esposa del narco, hijas en otras, mujeres de la familia, que tienen una relación directa dentro del narco y que pueden tener una figura en ascendencia dentro del círculo, como lo cuenta José Carlos Cineros (2012: 186), a partir de una entrevista en el libro “Las jefas del narco” con una líder del narco:

“[La mujer dentro del narco] siempre ha estado, como madre, hija, amante y esposa, pero cada una tiene su historia que contar. A muchos [narcos] he visto subir y caer. Los hombres son muy desesperados. Yo prefiero subir escalón por escalón con paso firme, sin necesidad de caerme o que me tumben. Mírame dónde estoy, tengo medio siglo viviendo y ni cuenta se dan: como te dije, la mujer siempre ha estado, que no nos quieran ver es problema de ellos [gobierno]. Ésa es nuestra ventaja, ser mujeres. Tenemos otras formas de actuar y ver las cosas, y a la sombra de un hombre estamos bien.”

Así, parece que en ocasiones, la figura femenina no sólo resulta un camuflaje para engañar a las autoridades, sino que también funciona como elemento de poder sutil y discreto.

Lo que empieza a complejizar el tema son las distintas formas de “estar vinculada” al narcotráfico: relaciones familiares, laborales y sociales de las mujeres vinculadas al narcotráfico, pero también de los roles que juegan y que, cada vez más, adquieren distintas variantes.

Así, comienzan otras narraciones de mujeres ubicadas hacia la base de la estructura narco: burreras⁴, halconas⁵, administradoras, dolareras⁶, etc., roles que muchas veces aunque parezcan de bajo perfil terminan por reforzar ciertos imaginarios que también pueden terminar por atraer o reclutar a otras mujeres.

Este asunto, entonces se convierte en un problema social cuando las jóvenes se fascinan con un ideal estético y social que parece estar relacionado con la riqueza y el poder, pero que también las empuja a poner en riesgo su integridad física, a la violencia directa y a una muerte mucho más temprana.

Sin embargo, y a pesar de todas esas historias, la cultura narco se sigue reproduciendo como el objeto de deseo de hombres y mujeres, en algunos casos, el riesgo no impide a las jóvenes involucrarse en la ilegalidad y el tráfico de drogas.

“La mujer aparece así como un objeto más por medio del cual el narcotraficante comunica, a la sociedad con la que interactúa, su éxito en términos de riqueza y poder social” (Ovalle y Giacomello, 2008: 34).

El narco, a través de estos objetos corporales femeninos, pareciera enviar un mensaje social de doble vía: la seducción a través de los desplegados femeninos de belleza, riqueza y poder, y por el otro, la amenaza constante de un poder que igual que se otorga, puede ser reducido a un cuerpo roto, fragmentado, violentado.

Como todas las historias narradas por Javier Valdés (2009) cuyos subtítulos de las narrativas van desde “seductoras seducidas”, “sin deberla, pero siempre temiéndola”, “cosas de familia”, “heroínas”, “las reinas”, y “Narco belleza”, el cuento de siempre la familia, la muerte tras la seducción, la belleza disfrazada de violencia.

Pero ¿cómo es que las experiencias sociales marcan o determinan una idealización de la cultura del narcotráfico, especialmente en el caso femenino?

⁴ Mujeres que transportan droga a baja escala.

⁵ Mujeres que se colocan como “espías” de los grupos criminales.

⁶ Mujeres que cambian dólares o pesos a los narcos.

La mujer en el narcotráfico a través de la mirada de otros estudios

Para el estado de la cuestión se establecieron tres temas principales. El primero, lo referente a las mujeres en relación al tema del narcotráfico. El segundo, tiene que ver con la forma en que se ha abordado el tema del narcotráfico en diferentes artículos académicos, arbitrados e indexados y otros trabajos en general. Y finalmente, una breve revisión sobre los estudios que han abordado el tema desde la dimensión política e internacional.

La búsqueda se hizo a través de las bases de datos de EBSCO Discovery, el Acervo General de la Biblioteca del ITESO, del Catálogo de CONEICC y del CC-DOC: así como Google Académico, La Academia Mexicana de Ciencias y Redalyc.

Los claves de búsqueda para el tema del narcotráfico se agruparon con las siguientes palabras: narcotráfico, narcotráfico y mujeres, narco y mujeres, Buchonas y narcotráfico, narcotráfico y metodología, narcotráfico y ciencias sociales, narcotráfico y comunicación, narcotráfico y medios de comunicación.

Narcotráfico y mujeres

Sobre el papel de la mujer dentro de la esfera narco ya se ha hablado anteriormente, aunque en realidad poco se ha tratado sobre la complejidad entre mujer, sociedad y cuerpo.

Existe una revista dedicada a la exploración académica sobre el narcotráfico, publicada por la Universidad de Sinaloa y que lleva por título: *Revista de Ciencias Sociales de Sinaloa: Arenas*. En esta revista se encuentra un artículo de Ovalle y Giacomello (2008), titulado *La mujer y el narcomundo: imágenes tradicionales y alternativas*, el cual habla de los roles del narcotráfico partiendo de que la mujer tiene un rol respecto a la relación con el narco hombre, es decir, hija, esposa, madre, amante o dama de compañía del narcotraficante en cuestión.

Aquí se empieza a complejizar la problemática del papel de la mujer en relación al narcotráfico, sin embargo, sabemos que la situación es más compleja que el rol que ocupa una mujer en un cartel de la droga.

Florina Olavarria (2008), en el artículo llamado *Violencia de género: una realidad que lacera la identidad femenil*, aborda además el maltrato y la discriminación sexual de las mujeres frente al hombre, en una revisión documental sobre la identidad femenina, su contexto y su relación con la violencia de género y los feminicidios.

Sin embargo, analizar una perspectiva sexista sobre el narco, sin entender la situación económica, donde el neoliberalismo, produce modelos estéticos que se reproducen vorazmente a través de los medios de comunicación y una situación social donde los ideales se enraízan gracias a la familia, los amigos y los medios, queda ya obsoleta y sin pertinencia académica. Por ejemplo, Olavarria dice:

"Lo prioritario es la protección a la vida de mujeres, niñas y niños. Bajo el cumplimiento de los protocolos internacionales. Para preservar la identidad primero es proteger la vida. Luego la generación de políticas públicas que garanticen el acceso a la salud, educación y el trabajo. Así como la garantía de los derechos humanos." (Olavarria, 2008: 107) y aunque este tipo de garantías deben buscarse, sin duda, existe un fenómeno de atracción por la cultura narco más allá de la violencia, generado por los patrones corporales, de la moda y del lenguaje narco que permiten generar un imaginario de una mujer exitosa sexual y económicamente hablando que resulta deseable y que se convierte en proyecto de vida, voluntariamente.

En el artículo *Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género* de Sayak Valencia (2012), el cual forma parte de una serie de trabajos sobre narcotráfico en la *University of New York (NYU)*, se plantea, justamente una visión más amplia y menos paternalista. Dice Valencia:

"Si logramos visibilizar que uno de los problemas estructurales en México contemporáneo es seguir ensalzando la figura del macho (como performance de género incuestionable), podremos intentar una planeación de alianzas que produzcan otras formas de disidencia ante a la narcomáquina, el capitalismo gore y la tiranía vetusta de la masculinidad hegemónica que exigen obediencia ilimitada a los varones y producen efectos materiales en sus cuerpos, tales como la destrucción espectacularizada en la que éstos son exhibidos y rentabilizados por los medios y sus lógicas feroces que también siguen *avant la lettre* los mandatos del neoliberalismo. Una de las muchas estrategias para crear vías de reconstrucción del tejido social vendrá de una educación no sexista y de un cuestionamiento radical a nuestros (anti)privilegios de género, para poder acceder a un agenciamiento que nos legitimará desde lugares diferentes al poder y a la violencia." (Valencia, 2012), e insisto en la necesidad de tratar de desestigmatizar a la mujer sólo como víctima y colocarla en un papel donde ella incluso pudiera ser 'el poder detrás del trono'".

Con esto, se corrobora que la mujer no sólo tiene un papel secundario dentro del narco, sino que también puede convertirse en sicaria o traficante como parte de las relaciones sociales dadas al interior del narcotráfico, pero más allá del rol, está la opción de estas mujeres por este estilo de vida.

Dice también Astorga (2004: 19) que no hay nada más fácil y cómodo que abordar las problemáticas del narcotráfico con esquemas maniqueos que se ignoran por el esquema sustancialista y las categorías de sentido común. El problema que se genera es que alrededor de estos estigmas se genera una producción simbólica “que crea las cosas al nombrarlas, determina, impone un cierto sentido, ejerce una violencia simbólica”.

Aquí el problema es que el “ser narco” reforzado por modelos mediáticos y sociales se ha convertido en un estilo de vida y éste se ha impuesto como un modelo ideal para hombres y mujeres porque es un mundo donde todavía es posible ascender en la escala económica y social sin tener que pasar por los circuitos tradicionales de las actividades legales. La escuela o la política ya no ofrecen esa posibilidad, por lo que los jóvenes ven en el narco una posibilidad de liberarse de su situación de pobreza, marginación y de las bajas expectativas de futuro que la vía legal les puede proveer.

Lo que queda en la agenda, sigue siendo la comprensión del papel de la mujer en relación al narcotráfico no sólo como una caja cerrada y definida, o víctima o sicaria, lo interesante es encontrar cómo es que encuentran en el narcotráfico una opción de vida, una opción social atractiva y cómo es que esto está o no vinculado a ciertos modelos femeninos.

Abordajes sobre el cuerpo “carne de cañón” en el narcotráfico

Hasta aquí parecería que el modelo femenino ideal en el narco es sólo cuestión de una banal estética, desgraciadamente decir que una mujer se relacionó con un alto empresario, además de que la dota de cierto empoderamiento femenino resultaría como algo deseable, lo mismo pasa en el narco. El problema es que ese supuesto ascenso tiene un costo que es la muerte y no cualquier tipo de muerte, sino una muerte de guerra donde el cuerpo es exhibido como trofeo, un cuerpo reducido a pedazos.

Existen trabajos como: *Las mujeres también pueden: género y narcocorrido* (Mondaca Cota, 2004) donde se aborda el tema de la figura femenina que se representa a través de los narcocorridos desde una perspectiva de género. Se analizan aspectos como la belleza, la violencia, las amistades, el sexo y el poder como elementos centrales para configurar una representación social sobre el papel de la mujer dentro del narcotráfico.

Así que analizar el papel de la mujer desde sus propias narraciones, nos permite ver o contrastar cuáles de estos elementos se reproducen directamente en los discursos de las mujeres

vinculadas al narcotráfico desde sus propias vivencias y aun más, entender cómo esos aspectos se pueden visualizar y representar a través de sus experiencias socio-estéticas y corporales.

En los corridos también va apareciendo la mujer fuerte, bella, entrona, valiente como el corrido de Los tigres del Norte, “Las mujeres también pueden”:

*También las mujeres pueden
y además no se andan con cosas
cuando se enojan son fieras
esas caritas hermosas
y con pistola en la mano
se vuelven repeligrosas...
Tres muchachas esperaban
procedentes de Colombia
ahí quedaron de verse
con las dos de Sinaloa.*

Hasta aquí todo pareciera que el papel de la mujer es sólo belleza, riqueza y poder, la misma narración de varios académicos en sus trabajos lo señalan, pero resulta que también existe un vicio oculto tras esta imagen de ensueño: la amenaza que representa ser o pertenecer al círculo social del narcotráfico.

En *Vida cotidiana y narcotráfico*, de Magali Tercero (2012) se trabaja un resumen de las principales notas periodísticas referentes al narcotráfico en México y aunque parece que no está totalmente relacionado al imaginario narcofemenino, aparece un apartado importante con relación a la idea de violencia y género. Esta es la declaración de una mujer que envía a su hija a Canadá para que un narco no se vaya a enamorar de ella.

“Mi hija no vive aquí. La mandé a Canadá porque las madres queremos evitar que se enamoren de ellas. Lo he comentado y lo que me dicen es: “O les prohíbes salir o échales la bendición y encomiéndaselas a todos los santos posibles porque quién sabe si regresen”. Me decía una madre: “Yo lo único que hago es decirles que está bien, que está mal y ellas sabrán que hacer”.” (Tercero, 2012)

Es una frase que parece muy corta y breve pero que narra una figura materna como elemento de una cierta conciencia moral o de protección de madre hija. Una figura que será muy importante para el comportamiento y los límites que considerarán las mujeres vinculadas al

narcotráfico en el momento de tomar decisiones a futuro. O bien como impulso para vincularse a él.

El problema que surge con estas figuras, recae en la creación de falsos imaginarios que estigmatizan no sólo el narco, sino el papel de la mujer vinculada a él y que no acaba por resolver la complejidad social en la que estas jóvenes se encuentran insertas.

En este sentido, Rubiela Arboleda Gómez (2006) a través de su texto [La cultura corporal, un lugar de síntesis en la construcción social del miedo como referente identitario, en escenarios de conflicto presenta una caracterización de algunos pobladores que son estigmatizados por su condición y donde el cuerpo está directamente relacionado a la percepción social del cuerpo.](#)

“Senos, muslos, labios, ojos, corazón, vientre, ombligo, cabello, pene, pezones, ano, cerebro, intestino y testículos, son parte del cuerpo y también mucho más: configuran la lente para observar y capturar el objeto/sujeto de estudio del presente trabajo y poder aproximarnos a la comprensión de lo que sucede en el entorno, abordar la dimensión política del cuerpo, su función en la reconfiguración de identidades y su participación en la dinámica del tejido social.” (2006: 2).

Así, vemos que el cuerpo juega un papel central en la narración de una idea de cuerpo y cómo ese mismo cuerpo, traspasa las fronteras individuales para conformar una narración de lo social y su entorno.

Por ejemplo, el trabajo de Jungwon y Gómez-Michael (2012), *Noción de gasto y estética de precariedad en las representaciones literarias del narcotráfico*, vincula gasto y estética como categorías de análisis, y entonces vuelve a aparecer el asunto del cuerpo como expresión de unas relaciones sociales dadas en el narcotráfico, como lo comenta uno de los entrevistados en este trabajo:

“Si no lo hubieran matado, ahorita el cantar sería otro. Económicamente estaría de otra manera, más chilo. O tal vez ya me hubieran dado piso. *Porque en este rollo es así.* Un bato anda a toda madre, todo le está pintando bien y zas, se lo lleva el trensudo, amanece por ahí con las nachas pa’riba y nadie sabe nadie supo.” (2012).

El significado aquí de la muerte asociado al cuerpo es muy claro: “de dar piso” o poner el cuerpo en el piso, amanecer con las “nachas pa’arriba”, y aunque ninguno de los autores aborda en directo el tema del cuerpo, el asunto está presente en todos los discursos. Éste tendría mucho más que ver con el vínculo casi íntimo entre la muerte y el cuerpo, que no es cualquier cosa.

Sobre este mismo tema de la muerte aparece *Tus pasos se perdieron con el paisaje (ensayo fotográfico)* de Fernando Brito (2012), es un compilado de imágenes fotográficas sobre los muertos por el narco, es importante saber ¿dónde están? ¿Cómo aparecen? Al final esos cuerpos desechados son narraciones sociales y una prefiguración corporal de los hombres y mujeres vinculados al narcotráfico.

Un abordaje más integral sobre el narcotráfico, la violencia y la muerte aparece justamente en *La narcomáquina y el trabajo de la violencia: Apuntes para su decodificación*, de Rossana Reguillo (2012), ya que el análisis sobre el cuerpo y la violencia se conforma entre varios elementos, por el lenguaje característico de un grupo social, por el poder que implica el poder de un cuerpo sobre el otro, pero sobre todo para entender la violencia en toda su extensión en relación al cuerpo:

“... los cuerpos desmembrados que *el narco* (así en singular como se dice en México), deja tirados diariamente por la geografía nacional, pierden su singularidad, al igual que con los prisioneros del campo de exterminio. Ya no se trata de María, Pedro o Juan, sino cuerpos anónimos que entonces se revisten de una dimensión ontológica en tres sentidos: se convierten en unidades de sentido común (cuerpos rotos, desarticulados): se transforman en universales (los ejecutados del narco, los muertos de la guerra, los daños colaterales): son cuerpos transformados –por el trabajo de la violencia-, en entidades abstractas (encajuelados, decapitados, encobijados). La disolución de la persona es el primer trabajo exitoso de la máquina.” (2012).

Se comienza a prefigurar así, una idea de cuerpo con dos fines particulares, aquella figura asociada a la estética, al consumo, al poder, como elementos de seducción, pero donde también se asoman unas ciertas relaciones sociales dentro del narcotráfico narradas que llevan a la amenaza física, amenaza narrada a través de sus formas de estar con el cuerpo, de sus posturas a la hora de morir, de su ubicación como en el caso de la mujer que manda “fuera” a su hija, con las formas de relacionarse violentamente con otros como en el “Macondo” de Rubiela Arboleda, y finalmente, como apunta Reguillo también en la forma de simbólicamente la violencia a través del lenguaje.

Contexto del narcotráfico en México

El narcotráfico en México como actividad ilegal es una herencia del siglo XX, aunque la producción de la marihuana, por ejemplo es anterior a ello.

De acuerdo con Astorga (2003) “el 19 de enero de 1917, el congresista (Coahuila) Dr. José María Rodríguez propuso una enmienda a la fracción XVI del artículo 73 de la Constitución, que dio facultades al Congreso para dictar leyes sobre ciudadanía, naturalización, colonización, emigración e inmigración y estado general de salud en el país.

Entre las razones para la enmienda era la preocupación por el alcoholismo y la "venta de sustancias que envenenan al individuo y degeneran la raza (mexicana)" había nombrado el opio, la morfina, éter, cocaína y marihuana.

El objetivo era detener "el abuso en el comercio de estas sustancias tan nocivas para la salud", a interrumpir su "uso inmoderado o no médicos".

Según él, la mortalidad ha aumentado debido a la falta de control oficial sobre los medicamentos. En las discusiones sobre la pertinencia de la enmienda, las enfermedades y el alcoholismo eran la principal preocupación de otros congresistas. Rodríguez fue el único en hablar de drogas. La enmienda fue aprobada”.

Este sería el primer paso de muchos que daría el gobierno mexicano en asociación con el gobierno de Estados Unidos para criminalizar el consumo, posesión y tráfico de drogas, particularmente entre México y Estados Unidos.

El problema se acrecentaría entre los años 40 y 50 cuando aparentemente el presidente Roosevelt solicita al gobierno mexicano se le hicieran llegar estupefacientes para satisfacer la demanda de medicamentos a los soldados heridos durante la Segunda Guerra Mundial, aunque de esto no se tiene ningún registro oficial.

“En 1942, los presidentes Manuel Ávila Camacho y Roosevelt, de México y Estados Unidos respectivamente, habrían pactado el convenio que favorecía el cultivo de amapola y la producción de opio en Badiraguato.” (Montoya Arias, 2008).

En la siguiente década, los soldados Americanos y los estudiantes en Estados Unidos, comenzaron a demandar de manera cada vez más constante el abasto de la Marihuana, que se satisfizo a través de la ilegalidad a pesar de los esfuerzos del presidente Nixon por detener los cargamentos de México al país vecino.

“En 1969, el Presidente Nixon lanzó la "operación interceptar", traducido en la inspección meticulosa de coche de drogas en la frontera. Este fue el comienzo de una nueva era en la política de drogas en las relaciones México-U.S.A.” (Astorga L. , 2003).

Debido a las presiones de Estados Unidos, en México el presidente Gustavo Díaz Ordaz, bien conocido por sus políticas de represión, ordena la quema de los sembradíos de Marihuana y la matanza de campesino en el Estado de Sinaloa, nombrada la “Operación Cóndor” encabezada por el General José Hernández Toledo, que también participó en ese sexenio en las matanzas de Tlatelolco.

Así, Hernández Toledo le encargaría a Carlos Aguilar Garza, entonces director de la PGR, que se deshiciera el problema “en seis meses”, pero el mismo Garza después se convertiría en traficante hasta su muerte en 1993.

En esa época dice Astorga (2004: 109) que “cientos de personas fueron detenidas, torturadas y enviadas a la cárcel, pero no un capo de alto rango. Los más importantes líderes del grupo se trasladaron a Guadalajara, Jalisco y continuó su negocio en una escala más grande gracias a la cocaína, que ya había sido contrabando en gran escala desde 1975, según la DEA”.

En los años subsecuentes, particularmente en los años 70, se agrupan los primeros cárteles de la droga en Sinaloa, principalmente con el tráfico de opio, cocaína y marihuana. Apunta Arias lo siguiente:

“Los capos de la época como Eduardo Fernández, Manuel Salcido Uzeta, Ernesto Fonseca Carrillo, Francisco *Chico* Fuentes, Pedro Heliodoro Cázares, Miguel Ángel Félix Gallardo y Rafael Caro Quintero, hacían acto de presencia en Tierra Blanca para cerrar negocios. Cientos de gomeros fueron asesinados. Las fugas del penal de Culiacán eran pactadas con las autoridades estatales y municipales, por lo que la sociedad no sabía si cuidarse de los delincuentes o de los policías, puesto que eran la misma cosa, salvo honrosas excepciones.” (Astorga L. , 2003).

Culiacán tenía que soportar hasta diez asesinatos diarios y es que los gomeros tenían el armamento más moderno proveniente de Estados Unidos, millones de dólares, poder político, autoridades compradas y carros robados con vidrios ahumados y sin placas.” (2003).

Estas prácticas de las que habla Córdova se conservan hasta la fecha, y también como parte de la herencia de esos años, fueron las primeras inclusiones de la mujer en el narcotráfico ya como parte activa y que comenzaría a configurar el papel de la imagen femenina dentro de este círculo.

“Por otra parte, la participación de la mujer en las actividades del narcotráfico fue aumentando, muchas de ellas empleadas como *burreras* a Tijuana, Nogales y Caborca. Esta realidad se reflejó en corridos como: *Mujeres Contrabandistas* de Pepe Cabrera (1970), *Pollitas de Cuenta*, y la historia de *Camelia* en 1973.” (Córdova, 2008: 53).

Así, en los años 80 y 90 se consolida pues un mapa de tráfico de drogas y no sólo eso, sino también comienzan otras prácticas provenientes de la ilegalidad como el lavado de dinero, los ajustes de cuentas, distintos operativos antidrogas, todos sin éxito.

En el caso de *Violencia, jóvenes y vulnerabilidad en la frontera noreste de México* (De la O y Flores Ávila, 2011), se aborda el tema directamente de la violencia provocada por el narcotráfico en México y cómo los jóvenes han sucumbido ante este escenario, también se aborda colateralmente el tema del cuerpo en relación social y narrativa de vulnerabilidad.

De acuerdo con *El mercado de las drogas en México* (Velasco J. L., Sin año) “Según esa estimación, decididamente conservadora, la producción y tráfico de drogas y el lavado de dinero generarían un ingreso de entre 5.000 y 12.000 millones de dólares” por lo cual podemos atisbar que el ingreso económico generado por el narcotráfico rebasa cualquier posibilidad de control político y, sabemos, que no sólo los cárteles generan el conflicto sino también los países consumidores, que en este caso, el mercado principal se encuentra en Estados Unidos.

Finalmente, el 17 de mayo de 2006 el Presidente Felipe Calderón hace un llamado a la sociedad mexicana a luchar en contra del narcotráfico, comenzando de nuevo la “ola” de violencia y muerte a causa de tal situación.

“El lunes 25 de febrero de 2008 se inició en el Municipio de Mazatlán la aplicación del programa “Cero Tolerancia” contra quienes ignoren los reglamentos de Tránsito Municipal o el Bando de Policía y Buen Gobierno. En términos mediáticos, la decisión adoptada por el alcalde Jorge Abel López Sánchez ha sido exitosa.” (Santamaría Gómez, 2008).

De ahí, el narconómetro con el conteo de muertes a causa del narcotráfico que hasta la fecha es imposible de determinar a ciencia cierta, aunque el secretario de la Defensa de Estados Unidos publicadas en distintos medios en marzo de 2012 la suma ascendería a 150,000. De esta cantidad, se desconoce cuántos son mujeres, jóvenes o menores de edad.

Así, entendemos que el problema del narcotráfico es mucho más complejo de lo que parece y, que en realidad, abarca muchas esferas distintas: política, económica y social, y a la

cual se refiere este trabajo que es la esfera de lo socio-cultural. El problema no es por la actividad del tráfico, sino por la violencia a causa de la ilegalidad que está en las entrañas del narco.

Breve historia del cuerpo

Desde tiempos inmemoriales el cuerpo ha sido asunto central de los asuntos filosóficos, religiosos, políticos, culturales, y más recientemente hasta en los debates económicos y tecnológicos.

Primero, el cuerpo de los antiguos griegos era visto como elemento de culto. A través del arte, del deporte, y de la ciencia en general rendía homenaje a los cuerpos atléticos y esbeltos en el caso de los hombres, y con amplias caderas en el caso de las mujeres.

“En efecto, las doncellas de la escultura griega arcaica, con su *draperie mouillée* y su sonrisa ambigua e indescifrable abren un espacio erótico incomparablemente más amplio y profundo que las caderas, las hermosas desnudeces glúteas de las Afroditas clásicas” (Beckwith, 1990: 243).

La mujer era tomada en cuenta particularmente por su carácter reproductivo, casi biológico de engendrar y poblar y repoblar tras las guerras interminables características de la época, la expansión de Grecia y su conformación como potencia occidental.

Tras la caída de Grecia, comienzan las primeras manifestaciones del Imperio Romano como imperio cristiano, donde el cuerpo comienza a transformarse, con base en las ideas platónicas, en una idea de cuerpo como cárcel del alma, y se disocia entonces la idea de un cuerpo único como elemento del culto. Sino que, por el contrario, el cuerpo debe ser negado o renegado en su totalidad para dar espacio de florecimiento a los aspectos del alma, del espíritu.

Años más tarde, comienza en el arte sacro, una concepción de cuerpo que representa a la sexualidad y la muerte llevada a sus últimas consecuencias, gracias a la fe cristiana de la muerte y resurrección de Jesucristo: “el movimiento del desnudamiento: ser herido, expuesto, abierto desollado o bien herir, exponer, abrir, desollar, significa perderse en un abismo que destroza la plenitud engañosa de los cuerpos”. (Perinola, 1990: 251).

Comienza aquí, un vínculo entre la sexualidad, violencia y muerte de manera más potente. La raíz que permitiría la entrada a elementos más complejos de la conformación del cuerpo humano moderno.

Incluso, el ser humano comienza a creer en cuestiones como la transformación del cuerpo no sólo como arma de violencia, sino como arma de poder. En los siglos XVI y XVII muchos hombres fueron condenados en distintos condados de la zona franca (Oates, 1990) por considerárseles hombres lobo.

La problemática de estas creencias, redundaba en la estigmatización de personajes que aparentemente atacaban seres inocentes, con base sólo en imaginarios sociales, que fueron creados como herramienta de dominación y control, durante la Inquisición.

A estos personajes, la transformación les venía dada por el destino, principalmente quienes podían transformarse de semejante manera eran particularmente los hombres. La idea femenina era más relacionada a la bruja, como tal, pero seguía existiendo esta disociación entre alma y cuerpo, pero también entre cuerpo, violencia y muerte, sólo que estos elementos estaban vinculados también a la idea de cuerpo como resultado del bien y del mal. Las enfermedades eran enviadas para expiar los pecados, al igual que las deformaciones físicas.

Dominó por siglos en Europa, una visión occidental de transformación del cuerpo asociada al bien y al mal. A diferencia de otras culturas milenarias en África, por ejemplo, donde la transformación estética y corporal formaba parte de la vida cotidiana, de su cultura y de sus expresiones. Por ejemplo, en Nigeria pasan meses seleccionando sus atavíos y confeccionándolos con fines de seducción y reproducción (Vigarello G. , 1990: 207), o como en el caso de las mujeres “mixes” en Oaxaca donde, por ejemplo, el travestismo masculino para la celebración de la Guelaguetza tiene un sentido honorífico.

Entre tanto, en los siglos XVII y XVIII aparece un tercer elemento del tratado del cuerpo que tiene que ver con la representación de las clases sociales. La mujer no sólo se ve sometida a demostrar su bondad, su delicadeza a través de las ideas antes narradas, sino que ahora tendrá que dar cuenta de su rectitud. “Los buenos modales se basan en los movimientos medidos, en la rectitud y en el control físico” (Vigarello, 1990: 176).

La vestimenta comienza también a contar como factor social de diferenciación, las clases sociales se diferenciaban por el tipo de vestido, por la rectitud de su postura, por la contención de las emociones. Surge el corsé como elemento del vestido femenino como clave de diferenciación de la postura y el nivel socioeconómico.

El corsé sería el elemento que hasta principios del siglo XX, tras las huellas de la primera guerra mundial, marcaría la diferencia entre la mujer convencional y la mujer moderna. Con mayor fuerza el cambio se haría notar después de la Segunda Guerra Mundial cuando la mujer

comienza a representar diversas ideologías liberales a través de su vestimenta, ropa más cómoda, holgada y comercial aparecería con la figura representativa de la moda de Coco Chanel.

Y no sólo la vestimenta comienza a transformarse, también comienza una transformación de la idea de cuerpo, asociada a otras ideas sociales, políticas y culturales.

La importancia de lo económico, en nuestros días, juega un papel central para la configuración del género y el cuerpo, a través de sus consumos, de las posibilidades que se abren para muchas mujeres en edad de configurar un proyecto de vida. Ya no son las mismas opciones que hace 20 años incluso, ahora surge la posibilidad de ser empresaria, sicaria, traficante, etc.

Se abrió una posibilidad sí, se tuvo que romper con el esquema patriarcal con el que se vivió hasta la mitad del siglo XX en las sociedades occidentales y costó mucho trabajo sí, pero estamos frente a un nuevo esquema de desarrollo del género, donde ya no existe sólo hombre y mujer en el sentido tradicional del concepto, sino un sinnúmero de posibilidades de ejercer el género. Mujeres y hombres transexuales, homosexuales y heterosexuales, metrosexuales, es decir, la forma de representar el género se pluraliza de maneras cada vez más contundente, fantasmas del pasado con los que hay que lidiar.

Y rescato de nuevo el tema económico, porque el acceso al capital económico de manera inmediata permite tener acceso a nuevas formas de construir el cuerpo: cirugías, tatuajes, modificaciones corporales, artefactos, tecnología incluida en el cuerpo al que antes no se tenía acceso. Eso va configurando una nueva forma de ser mujer y de expresarlo.

Sin embargo, ciertamente siguen existiendo patrones impuestos por ese mismo sistema económico y expectativas que proveen de una lucha encarnizada por la supremacía a hombres y mujeres. El modelo Barbie sigue pesando a pesar de todo y de todos los cambios, aún se sigue imponiendo un modelo occidental de belleza. Bastaría con hacer un comparativo en los desfiles de inauguración de las Olimpiadas para darnos cuenta cómo cada vez más nos vamos asemejando unos con otros físicamente hablando, aunque hay distintas formas de expresión, también hay formas homogeneizantes entre razas. Los negros cada vez más blancos, los asiáticos buscando que la cavidad ocular se asemeje a la cultura latina, los latinos con cuerpos cada vez más esbeltos y hechos a medida, parece que esas cosas no se notan, pero al final trascienden hacia un solo modelo de belleza.

En el caso actual de las mujeres vinculadas al narcotráfico de manera sentimental, la transformación y estigma les viene por su situación social, pareciera (según la percepción) que ellas someten sus cuerpos a transformaciones estéticas con el mismo fin: la ferocidad, la muerte, la violencia contra ellas mismas o contra otros, sólo con fines estéticos y económicos.

CAPITULO II. Comprender el papel del cuerpo de la mujer desde la realidad social del narcotráfico (abordaje teórico-metodológico).

El cuerpo es resultado de una serie de significaciones de la realidad, del sentido que le otorgamos a cada una de nuestras experiencias sociales. El cuerpo es una construcción social, una idea de lo que debe ser, según se va construyendo a través de una red de relaciones objetivas. El cuerpo que debe ser, el cuerpo que es, el cuerpo potencial.

Los amigos, la familia, los acompañantes sociales van dictando las ideas de un cuerpo que tendrá un valor socialmente consensuado, para sobresalir, para ser mirado y admirado, para lograr autonomía y éxito social. ¿Será que el cuerpo puede hablar de lo que vivimos? ¿Será que el cuerpo es resultado de una construcción social convenida entre todos? ¿Es el cuerpo un arma de control social? ¿Es el cuerpo el resultado de una realización de un proyecto de vida?

A continuación planteo posibles respuestas desde distintas miradas teóricas. ¿Género, cuerpo, identidad, violencia o el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como resultado de sus relaciones sociales?

¿Qué es la narración social del cuerpo?

En este trabajo voy a entender al cuerpo femenino de las mujeres vinculadas al narcotráfico, como narración y prueba física de la combinación del momento histórico, la geografía, y del contexto socio-cultural: así como de la relación íntima e individual del capital simbólico, cultural, económico y social de cada persona.

“Las diferentes especies de capital son poderes específicos que son actuantes en tal o cual campo (de fuerzas y de luchas) salidos del proceso de diferenciación y de autonomización. En estos diferentes espacios de juego se engendran y se realizan especies de capital que funcionan a la vez como logros y apuestas características de cada uno de ellos. Estas especies diferentes son ellas mismas apuestas de luchas que tienen por objetivo no tanto la acumulación o incluso el monopolio de una especie particular de capital (o de poder), económico, religioso, artístico, etc., como aquellas que se desarrollan al seno de cada campo, sino la determinación del valor y de la fuerza relativos de los diferentes poderes capaces de ejercerse en los diferentes campos o, si se quiere, el poder sobre los diferentes poderes o el capital que confiere un poder sobre el capital.” (Bourdieu, 1989: 13).

Es la suma de capitales incorporados lo que permite cierta autonomía en determinado campo, en este caso, el narcotráfico. Con esos capitales que serán incorporados y de los cuales está dotado un individuo se pueden desarrollar ciertas estrategias dentro del campo para obtener poder dentro de él.

En el caso de estas mujeres a mayor capital económico, social y simbólico, mayor capacidad para desenvolverse dentro del campo y lograr el éxito social dentro de ese marco determinado.

Pero analicemos cuál es la relación de cada uno de los capitales con el terreno del cuerpo femenino de la mujer vinculada al narcotráfico.

Primero hablaremos del capital simbólico, ya que cuando nos referimos a él también nos acercamos a todas las demás especies de capital que se han incorporado, que se han apropiado e internalizado, y por eso, en el capital simbólico se observan todos los demás.

“El capital simbólico –otro nombre de distinción- no es sino el capital, de cualquier especie, cuando es percibido por un agente dotado de categorías de percepción que provienen de la incorporación de la estructura de su distribución, es decir, cuando es conocido y reconocido como natural” (Bourdieu, 1991).

El capital simbólico, es la posibilidad real de ser conocido y reconocido “como...” por todos los demás individuos de la estructura social, es la suma de todas las experiencias de vida y de todas la suma de otras especies de capitales hechos cuerpo, es decir, “incorporados”.

Una vez que se ha obtenido el reconocimiento de sí mismo y de otros como poderoso, por la suma de capitales que han encarnado un determinado capital simbólico, la capacidad de actuar, de movilidad, de autonomía dentro del campo será mucho mayor.

Pero para lograr este cometido hay que incorporar otros capitales, uno de ellos es el capital económico, del cual el narco obtiene su mayor fuerza, pues muchas el valor del narcotráfico ha llegado hasta lo más alto de la escala social, gracias a la derrama económica obtenida por vía de la ilegalidad y no necesariamente por una inversión en términos educativos y culturales, incluso, se podría decir que funciona como cualquier otra empresa o corporativo, sólo que bajo la sombra delictiva.

“Para la empresa familiar, las estrategias propiamente económicas enfocadas a asegurar el desarrollo de la empresa son casi indisociables de las estrategias enfocadas a asegurar la reproducción de la familia y sobre todo de su integración, una de las condiciones principales de la perpetuación del poder de la familia sobre la empresa. Siempre que la familia posee el control total de un patrimonio constituido por una empresa agrícola, industrial o comercial, las estrategias por las cuales ella se enfoca a asegurar su propia reproducción (estrategias matrimoniales, estrategias de fecundidad, estrategias educativas, estrategias sucesoriales) tienden a subordinarse a las estrategias propiamente económicas enfocadas a asegurar la reproducción del capital económico” (Bourdieu, 1989: 13).

Aquí radica la mayor fuerza del narco, incluso atraviesa los tres tipos de empresa: agrícola cuando se cultiva la droga, industrial cuando se procesa y se convierte en un producto comercializable, y finalmente, en empresa comercial que, en este caso, se da por la vía del tráfico ilegal de drogas alrededor del mundo.

Estos recursos económicos también están asociados a la generación de una red de relaciones que les permite mantener una estructura social dada. El capital social “es la suma de los recursos, actuales o potenciales, correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de que estos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y de reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es, la suma de los capitales y de los poderes que semejante red permite movilizar” (Wacquant y Bourdieu, 1995) y justamente su función es la de movilizar recursos capitales y humanos, incluso políticos, al servicio del narcotráfico.

Aunque en el narco ya existe una estructura que permite no sólo la acumulación de capital económico y social, sino también de capital cultural, debido a que las segundas o terceras generaciones ya han invertido tiempo y esfuerzo en la cultivación escolar. “Y permite también establecer tasas de convertibilidad entre capital cultural y capital económico, garantizando el valor monetario de un determinado capital escolar”. (Bourdieu, 1989: 17).

Se empiezan a crear clases sociales dentro del narcotráfico, clases sociales que son fácilmente identificables: los capos de alto rango (directivos) junto con sus familias, los narcos de clase intermedia (gerentes) con múltiples expresiones y distinciones en sus diferentes escalas, desde gerentes de clase alta, intermediarios, sicarios, etc., y los “obreros” de la droga, mejor conocidos como “burreros”. Y como apunta Bourdieu:

“De allí que este capital cultural presenta un más alto grado de *encubrimiento* que el capital económico, por lo que está predispuesto a funcionar como capital simbólico, es

decir desconocido y reconocido, ejerciendo un efecto de (des)conocimiento, por ejemplo sobre el mercado matrimonial o el mercado de bienes culturales en los que el capital económico no está plenamente reconocido”. (Bourdieu, 1989: 13).

En el narco sucede lo mismo, el capital económico es fácilmente reconocible, como dice el dicho popular “hay dos cosas que no se pueden ocultar: el amor y el dinero”, sin embargo la preparación académica no siempre está presente como parte central de las relaciones sociales. Aunque esto, tiende a modificarse cada vez más, pues los hijos de capos pueden haber llegado hasta la Universidad, o como es el caso de esta tesis, donde las mujeres entrevistadas son todas universitarias.

Sin embargo, existe ahí también una clara distinción de clases, que como bien apunta Bourdieu, es difícil de esconder, entre ellos mismos se genera una conciencia de clase, con todo lo que ello implica.

“El segundo eje opone de un lado a los obispos –y, en un menor grado, los patrones-, que están asociados a orígenes situados del lado del espacio social caracterizado por la preeminencia del capital económico sobre el capital cultural (padre agricultor, artesano o comerciante) y el vínculo con el sector privado, y, por el otro, los generales y, en un menor grado los ingenieros de minas, fuertemente asociados a orígenes situados del lado del espacio caracterizado por el contrario por la preeminencia del capital cultural y el vínculo con el sector público –padre oficial o ejecutivo medio”. (Bourdieu, 1989: 16).

Esas distinciones se incorporan como ya habíamos dicho, se vuelven cuerpo. “La mayor parte de las propiedades del capital cultural puede deducirse del hecho de que en su estado fundamental se *encuentra ligado al cuerpo y supone la incorporación*. (Bourdieu, 1989). Así Bourdieu concluye: “El capital cultural en su estado objetivado posee un cierto número de propiedades que se definen solamente en su relación con el capital cultural en su forma incorporada.” (Bourdieu, 1989: 15).

Así, el cuerpo de la mujer en el narco será entendido justamente como una narración, una geografía, un discurso, como producto social inserto en un tiempo, un espacio y una cultura determinados y con un capital simbólico que le permite dotar de una cierta identidad a estas mujeres según su escala dentro del narco.

El cuerpo parte así, de una dialéctica casi espiritual entre el ser individual y el ser colectivo que se manifiesta a través de ciertas prácticas, ciertas formas de “portar” el cuerpo con todas sus estructuras internas y externas, lo que Bourdieu (1977) llamará la relación entre el

habitus (las estructuras internalizadas de un sujeto) y el campo (la estructura y las relaciones que la enmarcan) como una complicidad ontológica.

Al respecto, el autor dice explícitamente que “el *habitus* mantiene con el mundo social del que es producto una verdadera complicidad ontológica, principio de un conocimiento sin conciencia, de una intencionalidad sin intención y de un dominio práctico de las regularidades del mundo que permite adelantar el porvenir sin tener ni siquiera necesidad de presentarlo como tal.” (Bourdieu, 1988).

Y para aclarar con mayor precisión dicha complicidad, Velasco añade lo siguiente: “La complicidad ontológica que se establece entre *habitus* y campo, tiene como función el hacer operativo un campo social determinado.” (Velasco D. , 2000: 50). En este caso ese campo social determinado es el del narcotráfico, y más precisamente, la relación del *habitus* y el campo en el terreno del cuerpo femenino.

También es importante aclarar que el cuerpo es resultado de la relación entre *habitus* y cuerpo, en un sentido histórico. “Conviene retener esta afirmación: *habitus* y *campo* son dos productos acordes de la misma historia. Una visión historicista, permite ver los dos aspectos ya señalados anteriormente en torno al carácter creativo del *habitus*” (Velasco D., 2000: 50).

El narcotráfico se encuentra así en un momento histórico donde los capos se han apoderado de las estructuras sociales por medio de la ilegalidad y, con ello, generan una gran derrama de capital económico que les permite “legitimar” el delito y la violencia, no sólo en México sino en todo el mundo.

Además, el narco se encuentra enmarcado por una situación geográfica en particular, donde México es epicentro de las transacciones de los cárteles de la droga, y aún más, a través de las relaciones sociales que este cuadro les permite mantener, se imponen frente al Estado y frente a la sociedad que muchas veces no tiene otro remedio que mirar detrás de las trincheras.

En el marco de este conflicto, existe una problemática particular que es el objeto de estudio de este trabajo. Y tiene que ver con las relaciones sociales que se generan en el narcotráfico, produciendo una narcocultura, que ya se ha instalado en muchas esferas sociales, y que incluso, practican personas ajenas al narcotráfico.

Así, esta narcocultura se ve representada a través de ciertos estilos de vida de hombres y mujeres, pero que para fines de esta tesis, se abordarán únicamente las narraciones sociales del cuerpo del narco femenino, pensando en cómo esas narraciones se explican a través de los estilos

de vida que “son así productos sistemáticos de los *habitus* que, percibidos en sus mutuas relaciones según los esquemas del *habitus* devienen sistemas de signos socialmente calificados (como “distinguidos”, “vulgares”)” (Bourdieu, 1976: 171-172), estos estilos de vida, producto del capital simbólico incorporado provienen de una *hexis* corporal, la experiencia práctica de todas las relaciones sociales a través del cuerpo. Esto lo expone el autor de la siguiente manera:

“La experiencia práctica del cuerpo que engendran los esquemas fundamentales (forma incorporada de las estructuras más fundamentales de un universo social, a saber las estructuras de la división del trabajo- una de ellas la división del trabajo entre los sexos) y que esta sin cesar reforzada por reacciones al cuerpo propio engendradas según los mismos esquemas, es uno de los principios de la constitución de una *relación durable y generalizada* con el cuerpo que define en propio el *hexis* corporal”. (Bourdieu, 1977: 56).

Esta relación *habitus- estilos de vida- hexis corporal* y de vuelta al *habitus* consigo mismo produce un esquema corporal dado, digamos una representación social del cuerpo que genera sentido para quien mira, pero también para quien “posee” el cuerpo, en un sentido compartido: una forma de dar sentido a la realidad que se habita y que me habita, al tiempo que reproduce y es reproducido.

El cuerpo socialmente objetivado es un producto social como apunta Bourdieu (1977: 56):

“La representación social del cuerpo propio con la cual cada agente debe contar, y desde el origen, para elaborar su representación subjetiva de su cuerpo (y, más profundamente, su *hexis* corporal), es así obtenida por la aplicación de un sistema de clasificación social cuyo principio es el mismo que el de los productos sociales a los cuales se aplica.”

Así, el cuerpo justamente sería esa manera de visibilizar, a través de los estilos de vida, la estructura interna de una persona, pero también la influencia de las estructuras externas. Por lo cual, desde esta perspectiva, no sería descabellado pensar en el cuerpo como discurso de la realidad social, como resultado de un capital simbólico incorporado y narrado a través del mismo cuerpo.

Para explicar mejor este asunto, sí me referiré al cuerpo como lenguaje social, pero también como como lenguaje individual, la forma que tengo de narrar(me) dentro de lo narra(do) y de narrar(lo) con una propia manera de narrar(me). Dialéctica del cuerpo como lenguaje.

Cuando Bourdieu (1977) dice que el cuerpo funciona entonces como un lenguaje por el cual estamos hablados, lo que llama “un lenguaje de la naturaleza”, y que el cuerpo es lo menos

conscientemente controlado y controlable, no miente en realidad. Pero lo que sí resulta, hasta cierto punto problemático, es asumir que el sujeto en realidad no posee una consciencia de su cuerpo como tal, pues en esta tesis veremos si el cuerpo es resultado o narración (para usar el término coherentemente) de una serie de decisiones que los sujetos toman con base en la suma de capitales incorporados de manera inconsciente, o tal vez de manera más consciente o determinada de lo que imaginamos.

Posiblemente, no se tenga una conciencia exacta de cada una de las decisiones tomadas, ciertamente, pero sí hay una orientación clara sobre “lo que quiero llegar a ser cuando...”.

El cuerpo, resulta así, narración de la suma de experiencias y expectativas muchas veces, emplazadas con ciertos fines particulares, y representadas por el capital simbólico. Lo cual, nos coloca de nuevo en la discusión, ¿ese “deseo ser” es producto sólo de las estructuras internas de una persona o es el resultado de las formas sociales que se me imponen?

“Esa relación con el cuerpo que está progresivamente incorporada y que da al cuerpo su *fisonomía propiamente social* es una manera global de llevar su cuerpo, de presentarlo a los otros, en la que se expresa, entre otras cosas, una relación particular - de concordancia o de discordancia- entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo (tal como es definido por una clase particular de esquemas de percepción) o, si se prefiere, una anticipación inconsciente de las oportunidades de éxito de la interacción que contribuye a definir esas oportunidades (por trazos comúnmente descritos como seguridad, confianza en sí, etc.)” (Bourdieu, 1977: 57).

El cuerpo legítimo se construye socialmente y en él se visualizan las relaciones de poder, las luchas por la supremacía. Las mujeres desean el cuerpo que es impuesto por la clase dominante para prevalecer.

El campo del poder es un campo de fuerzas definido en su estructura por el estado de la relación de fuerza entre formas de poder, o especies de capital diferentes. Es también, inseparablemente, un campo de luchas por el poder entre detentores de poderes diferentes, un espacio de juego donde agentes e instituciones que tienen en común poseer una cantidad de capital específica (económico o cultural, particularmente) suficiente para ocupar posiciones dominantes al seno de sus campos respectivos, se enfrentan en estrategias destinadas a conservar o a transformar esa relación de fuerza. (Bourdieu, 1989).

Ese cuerpo será el arma que se tenga para atraer a otras mujeres a entrar en ese círculo de la narcocultura, y aquellas que estén más abajo en la escala social buscarán demostrar un

arsenal físico que les permita entrar y permanecer en ese círculo. Por lo tanto, habrá diferentes tipos de cuerpo, diferentes expresiones y por su puesto diferentes narraciones: el cuerpo estilizado de la mujer de un capo de alto rango, el cuerpo “ostentoso” de la mujer de las esferas intermedias que busca llamar la atención de los peldaños más altos y el cuerpo de la mujer obrera, que podrá posiblemente seguir las características impuestas por la moda narco, pero que posiblemente le sea difícil alcanzar, sin contar el cuerpo mutilado, una vez que deba ser desechado.

Se enmarca así un cuerpo de la narcocultura, pero también un cuerpo de clase, un cuerpo que queda trazado gracias al performance de sus distintos capitales incorporados.

“Es el *habitus*, la disposición que denominamos “escritura”, es decir, una manera singular de trazar unos caracteres, produce siempre la misma escritura, es decir, unos trazo gráficos que, a pesar de las diferencias de tamaño y de color vinculadas con el soporte – hoja de papel o pizarra- o con el instrumento –estilográfica o tiza- presentan una semejanza inmediatamente perceptible, al modo de todos los rasgos estilísticos o de manera por los que se reconoce a un pintor o a un escritor de forma tan infalible como a un hombre por su modo de andar.” (Bourdieu, 1976: 172).

Una persona internaliza el total de su mapa de las relaciones sociales y las incorpora como *hexis* corporal, es decir, las hace visibles, las externaliza por medio de unas prácticas corporales: la manera de portar el cuerpo, de vestir, de actuar, de hablar, de moverse y obviamente en y que, a su vez, expresa a través de esas mismas prácticas corporales como cultura de clase.

“Cultura convertida en natura, esto es, incorporada, clase hecha cuerpo, el gusto contribuye a hacer el cuerpo de la clase: principio de enclasmiento incorporado que encabeza todas las formas de incorporación, elige y modifica todo lo que el cuerpo ingiere, digiere, asimila, fisiológica y psicológicamente.” (Bourdieu, 1976: 170).

Este conjunto de rasgos de cuerpo de clase, de alguna manera le dan legitimidad al cuerpo, le dan al sujeto la posibilidad de saber en dónde tengo un cuerpo legítimo y en dónde no. Un joven migrante sabe que tiene un cuerpo legítimo en su propio país, pero se sabe como ilegítimo en un país extranjero. Por eso, la insistencia en que el cuerpo sí es percibido socialmente, es un ser frente al otro y ante mí mismo, como hombre o mujer: como blanco, mestizo o negro: como mexicano o salvadoreño.

Porque el cuerpo resulta entonces una forma perceptible, y esa forma produce una impresión: lo físico, me refiero aquí tanto a la conformación física del cuerpo así como la manera

de expresarlo. Esta impresión física, queda socialmente obligada para significar lo más adecuadamente al ambiente social, para significar el ser profundo, la naturaleza misma de la persona (Bourdieu, 1977).

Por eso sí queda incorporado, grabado, escrito, comunicado lo que se “es” con el cuerpo, porque ese cuerpo resulta ya “natural” en un lugar, en un espacio, en una forma especial. Si alguien tiene un trabajo como jornalero de catorce horas diarias, eso se nota en la piel que le arropa, se nota en las manos con las que trabaja, en la ropa que viste, en la forma de referirse a sí mismo y a los otros, se convierte en un producto social.

Igualmente se notan las enfermedades, las mutilaciones, el “buen” o “mal” trato de las experiencias de vida, el significado social y corporal de ser una mujer enferma, o de ser una mujer maltratada se expresa a través no sólo de muestras físicas, si no incluso en la forma de hablar, de relacionarse.

Todo esto se narra en el cuerpo, incluso genera una identidad como persona, y también como parte de un grupo social, no es lo mismo ser jornalero que maestro, ni en tanto que individuo ni en tanto que grupo. Como cuando Bourdieu asegura que:

“Ese lenguaje de la identidad natural (del «carácter») es de hecho un lenguaje de la identidad social, así *naturalizado* (bajo la forma por ejemplo de vulgaridad o de distinción «natural»), por lo tanto, legitimada. Es apenas necesario recordar en efecto que el cuerpo en lo que tiene como más natural en apariencia, es decir en las dimensiones de su conformación visible (volumen, tamaño, peso, etc.), es un *producto social*, la distribución desigual entre las clases de propiedades corporales se logra a través de diferentes mediaciones tales como las condiciones de trabajo (con las deformaciones, enfermedades, léase mutilaciones que le son correlativas) y los hábitos en materia de consumo que, en tanto que dimensiones de gusto , y por tanto del *habitus*, pueden perpetuarse más allá de sus condiciones sociales de producción.” (Bourdieu, 1977: 51).

Ese cuerpo, entonces, se encuentra justificado, legitimizado por todo lo que “es” como resultado de una serie de factores valores, capitales y prácticas que lo identifican. El cuerpo como cuerpo socializado, se conformaría, bajo esta lógica, por la fórmula que plantea Bourdieu: [(*habitus*) (capital)]+campo=práctica

Y no sólo eso, el cuerpo (socialmente hablando) no sólo se conforma, sino que se mantiene en ese orden social, es decir, el cuerpo no podría ser sólo un desplazamiento del punto a. al punto b., sino que está en constante mantenimiento para ser lo que se quiere y lo que se

espera que se sea. El cuerpo, en este sentido, estaría en una constante construcción-deconstrucción-construcción. Y así lo dice Bourdieu también cuando señala:

“Las diferencias de pura conformación son duplicadas por las diferencias de *hexis*, de *mantenimiento*, diferencias en la manera de llevar el cuerpo, de manejarse, de comportarse en las que se expresa toda la relación con el mundo social.” (Bourdieu, 1977: 51).

De esta manera anoto, el cuerpo como socialmente construido, como socialmente percibido, y como socialmente mantenido. Así, lo que obtenemos al percibir a una persona es la narración continua e inacabada de unas prácticas individuales y sociales, lo que proponía como dialéctica del cuerpo, en un inicio.

La forma de poder expresar lo que viven los otros a través del cuerpo, es la narración social del cuerpo, la manera que encuentro para poder hablar de las mujeres del narcotráfico a través de sus propias y únicas experiencias de vida, es narrar lo que me dicen a través de sus vivencias corporales al entrar en contacto con el narco: miedo, atracción, gusto, fascinación, interés, frustración, emociones que son sólo visibles a través del cuerpo.

El cuerpo como narración del consumo cultural

En el consumo cultural, particularmente, se encarna también a través de una *hexis* corporal determinada. En el cuerpo se expresan los hábitos, en la moda que se viste, en *lo* femenino como legítimo y cómo eso femenino es entendido desde la ropa, los cosméticos, los coches, los adornos.

Pero esos consumos no se limitan a una simple vestimenta, también se expresa a través de los tatuajes, modificaciones corporales de todo tipo: incrustaciones, cirugías, cortes de cabello: así como productos concretos que se “aplican” al cuerpo, joyas, accesorios, artículos tecnológicos (cámaras, celulares, computadoras): pero también aquellos productos mediáticos que lo reproducen (telenovelas, música, cine). Como dice Bourdieu:

“Son duplicadas también, desde luego, por el conjunto de los tratamientos intencionalmente aplicados a todo el aspecto modificable del cuerpo y en particular por el conjunto de las marcas cosméticas (cabellera, barba, bigote, patillas, etc.) o indumentarias que, dependiendo de los medios económicos y culturales susceptibles de ser invertidos, son tanto marcas sociales recibiendo su sentido y *su valor* de su posición

en el sistema de signos distintivos que constituyen y que es el mismo homólogo de un sistema de posiciones sociales.” (Bourdieu, 1977: 51).

Ese cuerpo tiene un valor, representa un capital simbólico, económico y social, un lugar dentro de la estructura social. Y, además, funciona como una moneda de cambio en algunos espacios sociales, incluso, genera un modelo aspiracional, en algunos casos. El cuerpo, como ya mencionaba, está pensado individual y socialmente, tiene una función de reproducción, circulación y consumo, resulta así el cuerpo como narración del consumo cultural y del gusto legítimo.

“El proselitismo que lleva a las nuevas fracciones de la burguesía (y de la pequeña burguesía) a erigir en norma universal su arte de vivir y en particular sus usos del cuerpo no puede comprenderse completamente a partir de la intención, incluso inconsciente, de producir la necesidad de sus propios servicios (dietético, gimnástico, cirugía estética, etc.) o de sus propios productos haciendo reconocer la representación del cuerpo que encarnan (por que detentan por definición los medios de realizarla) más allá de los límites de sus condiciones de realización y engendrando así el desajuste entre la norma y la realidad, entre el cuerpo ideal y el cuerpo real.” (Bourdieu, 1977: 55).

Hemos llegado al punto en donde el cuerpo tiene una intención que, aunque parezca inconsciente permite comprenderlo como parte de una estrategia de realización social, el cuerpo se realiza de acuerdo a sus posibilidades de consumo, de transformación, de relación con otros y para otros, se da un uso particular a ese cuerpo.

Todo esto se manifiesta a través de los estilos de vida derivados, como ya habíamos visto por la relación entre el *habitus* por el capital simbólico, y las relaciones de estos con el campo que derivan en las prácticas que se expresan a través de los estilos de vida. Estos gustos o consumos se derivan en gran medida de los estilos de vida, los estilos se objetivan, entonces, por el consumo de los individuos.

Los consumos muestran en la práctica, en un tipo determinado de cuerpo, de ser y hacer cuerpo, incluso muestra lo que debe ser un cuerpo ideal, que invita a delinearlo y expresarlo con una estética propia, ciertos gustos musicales, y también mediáticos.

Incluso, podría ser que a través de los consumos culturales se facilite una de las expresiones de la identidad como grupo social, es la forma en la que se puede expresar y visualizar ciertos hábitos y prácticas que conforman una *hexis*, y así, dar sentido a lo que se consume, cómo se consume y desde dónde se consume. El gusto, como el consumo, son tan

distinguibles, que reconocen lo que una persona puede ser o no, le dan identidad, la cohesionan corporalmente hablando y marca claras diferencias que quedan incorporadas.

Así, el cuerpo, a través de los consumos, enmarca una decisión por mostrar y demostrar una cierta figura femenina, que en el caso del narco, tendrá que demostrar belleza, riqueza y poder como principal atractivo femenino.

El cuerpo como representación social de la belleza

Si pensamos, entonces, que el cuerpo es una narración también del capital que tiene una persona, tanto económico, como cultural, como social, entonces podemos entender que para la mujer vinculada al narcotráfico, es efectivamente, un bien bastantepreciado y apreciado, no sólo por las mismas mujeres, sino por los hombres, quienes para seleccionar a una mujer como esposa, amante o acompañante, deberá cumplir, al menos con el requisito básico de la belleza.

En la entrevista hecha a Bourdieu por Catherine Portevin (1998a), “Existir para la mirada masculina”, se problematiza en cierta forma este suceso, el deseo por existir para el otro como naturalmente bella, aunque a veces, no sólo se quiere existir para la mirada masculina, sino para la femenina también.

Me explico, la belleza sólo puede ser belleza en tanto que otros la reconozcan como tal. En este caso, la belleza, sin duda, es socialmente construida. Los discursos en revistas y conversaciones cotidianas sobre la belleza, giran en torno a cómo ser percibida como bella por los demás, tanto para hombres como para mujeres, justamente porque son hombres y mujeres los que legitiman a una mujer como bella, es decir, que los otros digan que soy hermosa. O como dice Bourdieu:

“El sentimiento de la legitimidad, la certidumbre de estar plenamente justificado de existir: el beneficio principal que se encuentra en darse como ejemplo reside en el hecho de sentirse ejemplar”. (Bourdieu, 1977: 54).

En el caso del narco la figura estética es un capital simbólico. La mujer que es la más bella, debe ser casi una ofrenda para el hombre con mayor capital económico (aunque no necesariamente cultural) por eso los esquemas corporales tienen una configuración específica: mujeres voluptuosas, con cabello sumamente largo, como “derrochando” belleza.

El cuerpo tiene que volverse representado y representable, hay que dar evidencia contundente de que se es bella para poder entrar en ese círculo del narco. En ese sentido Bourdieu apunta lo siguiente:

“Para comprender las *inversiones* (en doble sentido) de las que el cuerpo es el objeto (se piensa solamente en el costo en tiempo, en energía y en dinero de las estrategias destinadas a transformar el cuerpo, a acercarlo de la conformación tenida por legítima, maquillaje o vestimenta, dietética o quirúrgica estética, a volverlo *presentable* o *representable*), hay que recordar algunas proposiciones que se hacen olvidar a fuerza de evidencia”. (Bourdieu, 1977: 54).

Esas evidencias de las inversiones para volver un cuerpo presentable y representable son muy particulares en el narco: cirugía estética, una vestimenta dada, una forma de expresarse en particular, aunque también dependerá del lugar que se ocupe en la estructura piramidal que ocupa el narco, no será lo mismo “vestir” como esposa de un capo de alto rango, que el de una mujer que se presenta como amante de un narco de media categoría, o las “burreras” o “halconas”⁷. Y ya veremos como ellas mismas se autodefinen y definen a las demás como una cosa o la otra.

Sin embargo, la belleza es un valor importante en todas las esferas del narco, aunque sea percibida de forma distinta entre los diferentes niveles de la estructura, aun así la belleza sí juega un papel importante dentro del imaginario de la mujer vinculada al narcotráfico, la belleza es el anzuelo muchas veces para que las mujeres se involucren directa o indirectamente en ello.

La belleza es un bien que se debe, si no tenerse, por lo menos apreciarse dentro de esta estructura. Y ese bien narra lo valorado entre lo masculino y lo femenino, y entre lo femenino en sí mismo. Socialmente se construye así un imaginario de belleza alrededor de sus mujeres. En este caso, Bourdieu lo dice de la siguiente manera:

“Y es que todo mundo da por sentado que lo masculino es grande y lo femenino pequeño y delicado. Si a esto añadimos los cánones, cada vez más estrictos, de la moda y de las dietas, comprenderemos entonces como el espejo y la báscula han sustituido para las mujeres el altar y al reclinatorio”. (Portevin, 1998: 24).

⁷ Las burreras son aquellas mujeres que se dedican a transportar droga a baja escala. Las halcones son las mujeres cuya labor en la esfera narco es la de “espías”.

La belleza, vinculada así a unos hábitos de consumo y a una forma de portarse y comportarse en particular, redundará en un imaginario corporal-cultural-estético bien particular en el caso del narco femenino.

El cuerpo como narración de relación entre géneros

Hasta ahora, se ha analizado al cuerpo como la narración del cuerpo percibido, percibido históricamente, percibido o no como bello, pero para efectos de este trabajo, también es necesario entender el cuerpo como narración de género.

No es lo mismo ser “cuerpo masculino”, que ser “cuerpo femenino” dentro del narcotráfico, e incluso, dentro de cualquier relación social. Aunque no es la intención llegar sólo a la comprensión de los sujetos como “cuerpos”, lo que sí es importante tomar en cuenta es la dimensión del cuerpo femenino, en relación a otros cuerpos femeninos y en relación a otros cuerpos masculinos.

Particularmente en el caso del narcotráfico sí hay diferencias sustanciales entre asumirse como mujer u hombre, e incluso dentro de la categoría “mujer” hay distintas prácticas de lo femenino, asociadas a la estética, a los roles que vinculan a una mujer con el narcotráfico, pero también al hecho de comportarse como mujer en un contexto aparentemente dominado por los hombres, o al menos, entendido como un terreno masculino donde la mujer tiene un papel marginal (aunque veremos que esto no se traduce en la realidad).

Para Judith Butler (2002), existe también una idea performativa de cuerpo, es decir aquellas normas reguladoras que construyen los cuerpos, que le dan cierta materialidad.

Una vez más nos acercamos a una idea de cuerpo construido y performado socialmente, y habría que agregar construyente y performante. En la dialéctica del cuerpo se permite comprender o dar sentido no sólo al cuerpo mismo, sino al cuerpo en relación a unos factores dados como el género, es decir, también el cuerpo se representa a través del género.

El cuerpo recibe un sentido y se le da un sentido con base en el género que se performa. Al respecto Judith Butler anota:

“El sexo no acumula pues significaciones sociales como propiedades aditivas sino que más bien queda reemplazado por las significaciones sociales que acepta” (Butler J. , 2002: 23).

El género, desde esta perspectiva, también moldea una forma de estar en un momento, en un lugar y en un contexto determinado, porque como ya decía Bourdieu, el cuerpo, y en este caso, el género también se legitima a través de unas prácticas dadas, para poder justificar la existencia ante un grupo que reafirmará si efectivamente una mujer se comporta como tal, hay una idea dominante detrás de lo femenino: lo delicado, lo bello, lo suave, etc.

Aunque esas ideas pueden transformarse, en este caso, una mujer dura, fuerte, 'entrona', al final los imaginarios pueden llegar a "hibridarse" o transformarse dependiendo del contexto cultural. En este sentido Judith Butler opina:

"El 'sexo' no es pues sencillamente algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales ese 'uno' puede llegar a ser viable, esa norma que califica un cuerpo para toda la vida dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural" (Butler J. , 2002: 29).

El riesgo de entender los géneros bajo el imaginario de hombre fuerte, violento, transgresor y la mujer como lo exactamente contrario, no permite conocer todo el abanico de matices intermedios, sobre todo cuando hablamos de la mujer dentro del narco. Ahora, tampoco quiere decir que sea lo opuesto, pero sí que dentro de la concepción mujer-hombre hay distintas maneras de conformar (se).

Aunque hemos visto la construcción social del cuerpo en relación al género, no podemos ignorar que el cuerpo femenino en relación al cuerpo masculino entraña un problema de distinción entre géneros que provee de ciertas desventajas a las mujeres, lo conforma dentro de unas prácticas violentas y, ciertamente, implica violencia física y simbólica contra las mujeres, particularmente en el caso del narco. Y que, "el sexismo es una subcategoría del racismo, y los discursos xenofóbicos racistas" (Bourdieu, 1998).

Lo que padecen las mujeres vinculadas al narco, en relación al género, es más bien una violencia sutil, o violencia simbólica. Es curioso cómo la mujer acepta la marginalidad con tal de cuidar los negocios de la familia en el silencio, sin cuestionar, simplemente aceptando un rol de administradora. O, el caso de las mujeres que se desempeñan como acompañantes o amantes, al aceptar una estética impuesta, "pagada" por el hombre, con unas exigencias masculinas sobre un cuerpo curvilíneo, prominente, que le permite al hombre ostentar su masculinidad. O las mujeres traficantes, que aceptan una condición "discreta", cuando en realidad es el anzuelo de los cárteles, una especie de "chivos expiatorios". Como dice Bourdieu:

“Por ejemplo, uno de los intereses de la dominación masculina comparada con la dominación simbólica tal como se ejerce sobre los negros ahora en Estados Unidos es que es una dominación particularmente sutil e invisible. Aquella que de todas las dominaciones se esconde mejor en lo insignificante, lo banal, lo cotidiano, lo no sé qué...” (Bourdieu, 1998: 55).

Las mujeres, en este sentido sí padecen una violencia de género y sí, muchas veces, por una condición femenina. La mujer en el narco, va a funcionar como anzuelo, de atracción, de ostentación, de belleza, de cuidado para reclutar y, al mismo tiempo, como carnada para los militares, los federales, los enemigos del cártel, etc.

Lo que está en el centro de entender al cuerpo como representación social de la belleza, tiene que ver con una representación del poder a través del cuerpo. Con el cuerpo se ejerce el poder, con el cuerpo se manifiestan las tensiones y las luchas sociales para prevalecer. Aún más en el caso de la mujer vinculada al narcotráfico, donde el cuerpo es el factor principal para poder entrar en un campo determinado, con unas reglas específicas y con un valor de cambio necesario para poder desarrollar estrategias dentro de él.

Al final, la mujer del narco responde a una construcción social de lo femenino, que se hace carne a través del cuerpo: cuerpo marginal, cuerpo ostentación, cuerpo silenciado, cuerpo mutilado.

El cuerpo como narración de la violencia

Así, el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico da señas, como ya vimos, de unos consumos que derivan en cierta estética, de unas relaciones sociales, y de unas relaciones entre géneros, pero también abarca la dimensión del cuerpo como narración de la violencia generada, tanto por la ilegalidad, como por su situación en una problemática de género.

La violencia en el narco femenino tiene que ver directamente con el poder asociado a la ilegalidad, a la derrama económica que con ello se genera, y también a la situación del cuerpo de la mujer como anzuelo y carnada de una cultura inherentemente violenta.

La mujer se convierte en un objeto que funge unas veces como vitrina, aparador, otras como señuelo, otras incluso como bestia de carga, y en el mejor de los casos, como administradora. El género femenino se configura así, como resultado de un modelo impuesto culturalmente, un cuerpo, una estética e incluso una identidad generada a través de la violencia cultural.

Crettiez (2006) señala que la violencia cultural se refiere aquellos aspectos de la cultura que están insertos en la esfera simbólica de nuestra existencia- a la imagen religiosa y la ideología, al lenguaje del arte, a la ciencia empírica o formal- que permite ser utilizada para justificar o legitimar la violencia directa y estructural.

Es, en este mismo caso, el género, la idea de mujer en México lo que proporciona las bases para modelar un imaginario femenino asociado, por un lado, al modelo tradicional femenino (cuasi biológico) vinculado a la maternidad y el mantenimiento de los lazos familiares de los cárteles, en contraste con la mujer posmoderna, que tiene que cultivar la belleza física el mayor tiempo posible con el fin de conseguir objetivos de tipo estructural como una posición económica y social mayor a la que ya se tiene. Ambos elementos están presentes en los estilos femeninos del narco. Sabemos, que en este caso, nos centraremos particularmente en el segundo modelo.

Pero la violencia cultural no está aislada de otras formas de violencia, sino que aparece como resultado de otros tipos de violencia.

Crettiez (2009), anota que existe una trilogía explicativa de la violencia: la violencia factual que puede ser psicológica y directa (física): la violencia estructural que puede devenir desde cuestiones económicas o institucionales y que impiden que una persona alcance su realización individual: y la violencia cultural por ejemplo la violencia de género (que aquí nos ocupa). Aunque los tres tipos de violencia no son contradictorios. La violencia factual, por ejemplo, puede ser expresada, a través de formas ancladas en un repertorio cultural: las decapitaciones, las mutilaciones corporales, o el empleo de armamento en ciertos conflictos son signos de una impronta cultural. De la misma manera, la violencia estructural, de tipo institucional, permiten dar cuenta o ser herederos de los clientelismos o autoritarismos que caracteriza a ciertas sociedades mediterráneas, reconocidas como violentas.

Aunque Crettiez (2009) está hablando especialmente de sociedades de con configuraciones culturales nacionalistas, con ideologías religiosas y culturales, muy características de países o naciones en conflictos de guerra o terroristas, la trilogía violencia factual, estructural, cultural sirve para enmarcar un tipo de violencia que tiene que ver con lo sociocultural, que es resultado de la cultura del narcotráfico y que también persigue ciertas creencias, ideas y valores muy arraigados en nuestra cultura.

Al respecto, Reguillo (2012) anota unas definiciones de violencia propias de la cultura del narcotráfico muy cercanas a las reflexiones de Crettiez. A continuación se exponen los cuatro tipos de violencia que la autora propone:

(a) La estructural: que nombra las violencias vinculadas a las consecuencias y efectos de los sistemas (económicos, políticos, culturales), que operan sobre aquellos cuerpos considerados “excedentes”, pobres y grupos excluidos, principalmente.

(b) La histórica: la violencia que golpea a los grupos considerados “anómalos”, salvajes, inferiores (mujeres, indígenas, negros) y que hunde sus raíces en una especie de justificación de larga data.

(c) La disciplinante: aquella que pretende nombrar las formas de violencia que se ejercen para someter, mediante el castigo ejemplar, a las y los otros (pienso en los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez o, en el asesinato selectivo de jóvenes de los sectores populares en Brasil).

(d) La difusa: aquella violencia “gaseosa” cuyo origen no es posible atribuir más que a entes fantasmagóricos (el narco, el terrorismo), y que resulta casi imposible de prever porque no sigue un patrón inteligible.

En un comparativo entre ambas propuestas podríamos encontrar que la violencia factual (Crettiez, 2009) y la disciplinante (Reguillo, 2012) podrían estar directamente relacionadas, y es que tiene que ver con la violencia directa, aquella infligida físicamente, cuerpo a cuerpo, con fines (como anota Reguillo) disciplinantes.

En cuanto a la violencia estructural, que ambos comparten, encontraremos ejemplos que están relacionados con las instituciones, los gobiernos, la milicia, es decir, organizaciones que van más allá de la lucha cuerpo a cuerpo y que determinan la posición de una persona en la estructura social.

Mientras que la histórica y la difusa (Reguillo, 2012) bien podría sintetizarse en la violencia cultural (Crettiez, 2009) dada por condiciones históricas, sociales, geo-políticas, culturales, o de contexto.

Estos referentes serán centrales en el abordaje, particularmente, de la violencia de género que es la que aquí constituye una parte central. Es la mujer aquí, el centro de la violencia cultural a la cual es sometida desde diversos aspectos.

Por ejemplo, Bourdieu señala al amor mercenario como elemento integral de la violencia ejercida sobre el cuerpo femenino:

“Es a este título que los amores mercenarios fascinan a los estetas de la transgresión que asocian la perversión a la venalidad, es decir al ejercicio brutal del poder sobre cuerpos

reducidos al estado de objetos por la violencia sin frases del dinero y, ocurre incluso que, en una inversión estilo Sade del intercambio levistraussiano de las mujeres como bienes simbólicos, se complacen en organizar la circulación entre los hombres de los cuerpos femeninos tratados como cosas canjeables e intercambiables a la manera de una simple moneda". (Bourdieu, 1994: 2).

Lo que no hace la necesidad, el deseo, o la vanidad, bien lo justifica el amor. Y el amor, tal vez sea la violencia más disfrutable, una relación sado-masoquista. La violencia más tenue, pero la más potente, porque de esa difícilmente se rehúye.

Por eso la mujer, termina siendo justamente un objeto intercambiable, por seguridad, por dinero, por sexo, por poder, por simple placer.

Por su parte, Foucault cuando se refiere a los cuerpos castigados, en cualquier sentido de los que hemos hablado se referirá de la siguiente manera:

"Las notaciones de la infamia se redistribuyen: en el castigo-espectáculo, un horror confuso brotaba del cadalso, horror que envolvía a la vez al verdugo y al condenado, y que si bien estaba siempre dispuesto a convertir en compasión o en admiración la vergüenza infligida al suplicado, convertía regularmente en infamia la violencia legal del verdugo". (Foucault, 1976).

La violencia contra la mujer se legitima en tanto que ella accede por cualquier razón a ser utilizada a favor de los intereses del hombre que la posee, del cárter para el cual trabaja, de la familia que la intercambia, de sí misma presa de sus deseos. El verdugo la "libera" a la vez que la "condena".

Por lo tanto el cuerpo se convierte en símbolo de ese castigo autoinfligido o infligido por otros como marca de su relación con el narco, porque el narco no regala nada, todo lo cobra. Así, Foucault resulta categórico cuando dice que:

"La relación castigo-cuerpo no es en ella idéntica a lo que era en los suplicios. El cuerpo se encuentra aquí en situación de instrumento o de intermediario: si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar a un individuo de una libertad considerada a la vez como un derecho y como un bien". (Foucault, 1976).

Sin embargo, Foucault acierta en esta visión que se asemeja casi a la violencia simbólica de Bourdieu, pero hay un punto donde falta contextualizar aun más profundamente a la violencia,

que es la violencia que no es convenida, y que resulta una verdadera transgresión. Recordemos que el narco también se mueve bajo el terreno de la amenaza, de la intimidación y de la violencia explícita, situación que Foucault al hablar del nuevo sistema carcelario, que no inflige dolor, pasa por alto la situación particular del narco, del terrorismo, de la violencia aplastante de estas nuevas emergencias sociales.

“...sin embargo, tenemos un hecho: en unas cuantas décadas, ha desaparecido el cuerpo del suplicado, descuartizado, amputado, marcado simbólicamente en el rostro o en el hombro, expuesto vivo o muerto, ofrecido en espectáculo. Ha desaparecido el cuerpo como blanco mayor de la represión penal”. (Foucault, 1976).

Bajo esta idea, si sólo nos concentramos en pensar el nuevo sistema penitenciario posiblemente lleguemos a imaginar que la tortura física dejó de exponerse, pero dejarla fuera de visibilidad común para nada es igual a que no exista o no se aplique, al menos no en el contexto mexicano, donde las diferentes comisiones de Derechos Humanos han tenido que intervenir en no pocas ocasiones para evitar las torturas físicas de los detenidos, aun sin juicio.

Ahora bien, si nos concretamos a revisar la historia del narco, que obviamente no es un sistema institucional (en el sentido estricto de recurso para conservar el orden) nos daremos cuenta que el espectáculo del castigo, sigue hoy, sumamente vigente. Los cuerpos descuartizados, las cabezas expuestas a plena luz del día, los cuerpos amontonados y cercenados son un recurso más actual de lo que Foucault hubiera podido dimensionar. El castigo sigue vigente, por no cumplir los códigos y las normas del narcotráfico.

Los cuerpos siguen apareciendo, particularmente en esta tesis me refiero a los cuerpos femeninos, a los cuerpos que padecen “por desobediencia”, “por venganza”, “por pasar por la misma acera del Otro”, los cuerpos femeninos utilizados como mensaje de amenaza social. La leyenda de esos cuerpos sea cual fuere termina diciendo “el que transgrede los límites del narco puede asegurar su final como un despojo humano”, termina siendo polvo, piltrafa. Como sostiene Nateras (2010):

“En clave metafórica podríamos sostener que lo social es un cuerpo (a veces sufriente y sufrido). Las violencias que lo atraviesan constituyen uno de los procesos sociohistóricos más significativos del momento actual, en el que los jóvenes son protagonistas importantes”.

Es en este contexto donde la violencia explícita y no explícita se convierte en un asunto que incluso le da una identidad a grupos “terroristas” o “ilegales”. La violencia forma parte de la

estructura del narcotráfico en México y está mucho más enraizada de lo que podemos imaginar, precisamente porque se mueve por todas las vías de la violencia: la simbólica como manera de ejercer la violencia en este nivel de la estructura del narcotráfico, la violencia factual, a través de los cambios, transformaciones y mutilaciones de los cuerpos femeninos, la estructural a través de un marco limitado de posibilidades que se les ofrece a estas mujeres, y la cultural como forma enraizada como símbolo unívoco del narcotráfico, es decir, una violencia que seduce (simbólica) y otra que resquebraja los cuerpos a su mínima expresión humana.

El cuerpo como narración de la identidad

La transgresión cultural característica del narco es más bien una zona de contacto intercultural que puede ser de frontera geográfica, pero también de frontera de sentido, entonces estaría en el intersticio como negociación, pero como violencia a la vez, de hibridación y de entrega cultural hacia el exterior y de interculturalidad, pero de reafirmación.

La identidad de la cultura narco puede ser vista como subalteridad. Planteo mi hipótesis, y digo, que la cultura narco utiliza elementos como las tecnologías, la moda, y las armas que parecen ser características del imperialismo pero no para reproducirlo, sino para autoafirmarse y enfrentarse a las tensiones de clase de una manera diferente: subalterna.

Pero esa cultura también es fácilmente visible a través del cuerpo, como apunta Nateras (2010): “Los cuerpos son también articuladores culturales: están regulados socialmente por la cultura: son nodo hermenéutico en busca de un sujeto. Identifican y diferencian.”

La narcocultura también se vive a través de un conjunto de bienes simbólicos que identifican a una persona y a un grupo en general, el cuerpo y la cultura garantizan su reproducción a través de sus prácticas sociales: la estética, el consumo, la violencia que expresan el capital simbólico con el que juega el narco para instaurarse. Por eso Bourdieu insiste en que:

Estos cuerpos que reproducen la cultura narco en todo su sentido, denominan lo que es el narco, y es entonces cuando se genera una identidad individual tanto por cada uno de sus agentes, así como de identidad colectiva al reconocerse entre sí como practicantes, discípulos o amos del narco.

Con esta referencia, no sólo se expresa una noción de cuerpos individuales, sino que se refiere al narco como un cuerpo social instituido dotado de un capital simbólico del que ya se ha hablado antes y que es la suma de los capitales individuales, así se genera en suma un cuerpo del narcotráfico.

“La consagración social que conlleva la *nominación* funda una verdadera solidaridad de intereses simbólicos que, identificando la identidad individual con una identidad colectiva, funda el espíritu de cuerpo, sentimiento de solidaridad con el grupo mismo, su nombre, su honor, etc., y con sus miembros, quien comanda la sumisión a las exigencias de la reproducción del cuerpo, es decir de su identidad, par tanto de aquello que le constituye en tanto que tal, es decir, su solidaridad.” (Bourdieu, 1985: 73).

Cuando hablamos de solidaridad en el cuerpo del narco, quiere decir que hay cierta complicidad entre las mujeres que conforman ese cuerpo, quiere decir que hay mujeres que se solidarizan con una idea de estética, de consumo, de identidad que las vuelve agentes y cómplices, unas a otras se legitiman a través de sus prácticas corporales individuales.

Estos cuerpos solidarios generan identidades como narraciones de la vida social, implica cuestiones de género, implica mujeres que ingresan y socializan en ciertos, implica una narración de una historia personal, que se hace una conciencia colectiva.

Estas historias conforman ciertos patrones, ciertos imaginarios y ciertos estilos de vida, que al final, constituyen una identidad social: el estilo, el arreglo, el lenguaje, los gustos, las preferencias, las aspiraciones.

Es decir, que es una identidad instalada y reproducida ya no por algunos medios característicos de este grupo social, sino entre la gente común, entre las mujeres que quieren seguir estos patrones y modelos como conciencia solidaria.

Bourdieu (1976) explica claramente las identidades sociales se hacen cuerpo, se incorporan de una manera en que la clase social a la que nos referimos comparte unos mismos gustos, un mismo estigma, una identidad particular que la distingue de otras.

“Los sujetos enclasantes que enclasan las propiedades y las prácticas de los demás, o las suyas propias, son también objetos enclasables que se enclasan (a los ojos de los demás) al apropiarse unas prácticas y unas propiedades ya enclasadas (como vulgares o distinguidas, elevadas o bajas, pesadas o ligeras, etc., es decir, en último análisis, populares o burguesas) según su distribución probable entre unos grupos a su vez enclasados: las más enclasantes y las mejor enclasadas de esas propiedades son, evidentemente, las que están expresamente designadas para funcionar como signos de distinción o marcas de infamia, estigmas, y sobre todo los nombres y los títulos que expresan la pertenencia a las clases cuya intersección define en un momento dado la

identidad social, nombre de la nación, de la región, de la etnia o de la familia, nombre de la profesión, titulación académica, títulos honoríficos, etc.” (Bourdieu, 1976: 173).

Hay ciertos atributos que generan la identidad social, en este caso, el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico, lo que produce ese cuerpo social son las formas de vestir, las maneras de desempeñarse socialmente, la moda, las costumbres características del norte del país, ciertas pertenencias.

“Las personas también se identifican y se distinguen de los demás, entre otras cosas: 1) por atributos que podríamos llamar “caracteriológicos”: 2) por su “estilo de vida” reflejado principalmente en sus hábitos de consumo: 3) por su red personal de “relaciones íntimas” (alter ego): 4) por el conjunto de “objetos entrañables” que poseen: y 5) por su biografía personal incanjeable”. (Giménez, 2007: 64).

En estas mujeres (Narcomujeres) se hacen vida estas características, ya he mencionado antes sus hábitos de consumo que están reflejados en su cuerpo, en la moda, en *lo* femenino y cómo eso femenino es entendido desde ciertos términos. También he mencionado que hay una red social que se hace vida a través del Facebook y sin duda, analizaremos su biografía personal, cómo se “encarna” esta identidad.

En palabras de Bourdieu (1976) esta identidad estaría marcada no sólo por su biografía, sino por su clase:

“Es decir, que una clase o fracción de clase se define no sólo por su posición en las relaciones de producción, tal como ella puede ser reconocida por medio de indicadores como la profesión, los ingresos o incluso el nivel de instrucción, sino también por un cierto sex-ratio, una distribución determinada en el espacio geográfico (que nunca es socialmente neutra) y por un conjunto de características auxiliares que, a título de exigencias tácitas, pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar nunca formalmente enunciadas (es, por ejemplo, el caso de la pertenencia étnica o de sexo): numerosos criterios oficiales sirven, en efecto, de una careta a unos criterios ocultos, pudiendo ser el hecho de exigir una titulación determinada una forma de exigir, en realidad, un origen social determinado”(100).

Reitero, pues en la identidad incorporada a través del cuerpo social, del cuerpo de la mujer vinculada como unidad solidaria que se reafirma a través de las identidades individuales, una especie de complicidad entre las mujeres del narco que le dan forma al *cuerpo narcofemenino*.

Entonces, podemos concluir que la narcocultura se incorpora a través de las narraciones del cuerpo, y no sólo eso, a través de unas prácticas estéticas y de consumo, así como de la violencia que ejerce sobre sus integrantes, sobre sus mujeres y a través de las relaciones sociales se instaura una identidad propia de la cultura narco, que permitirá dar cuenta de una situación de crisis social y dará a luz a una nueva manera de concebir el cuerpo femenino del narco en México.

Marco metodológico

El enfoque metodológico de este trabajo tiene que ver con entender las transformaciones socio-estéticas y culturales en la figura femenina en contextos de extrema violencia, por lo tanto, se plantea la siguiente hipótesis: las mujeres fungen como reclutadoras a través de sus desplegados corporales dentro del narcotráfico, ya que a través de sus cuerpos se expone una tensión entre la atracción por medio de sus prácticas estéticas, culturales y económicas, pero también un mensaje de amenaza por parte del narco al violentarlas físicamente.

Sin embargo, también es necesario entender las relaciones sociales en las cuales están insertas las mujeres vinculadas al narcotráfico y que no implica, necesariamente, un proyecto basado en una decisión autónoma de su parte, sino como resultado de un contexto donde existe falta de oportunidades de trabajo, hay pocas certezas sobre el futuro, no se pueden establecer vínculos de largo plazo, las expectativas de futuro han cambiado, el matrimonio, el trabajo y los esquemas preestablecidos tuvieron que modificarse debido a cambios estructurales provenientes de la post-modernidad. De tal manera que el problema debía incorporar estos nuevos elementos obtenidos del campo.

El problema replanteado hasta ahora, consiste en que “las mujeres vinculadas al narcotráfico se encuentran en un determinado marco de redes sociales y prácticas culturales que van configurando una idea de cuerpo ideal: los medios de comunicación, la misma familia, las amistades y el contexto de violencia en la narcocultura, van configurando este modelo de cuerpo y un ideal femenino que resulta seductor y que las empuja a relacionarse sentimental o laboralmente con el narcotráfico. Lamentablemente, la mayoría de las veces sus vidas terminan en tragedia, pues ese mismo cuerpo e ideal femeninos, terminan por reducir la expectativa de vida de estas jóvenes dando cuenta de una narración de seducción-amenaza dentro de las redes del narcotráfico.”

Por lo tanto este problema se integra a la discusión sobre situaciones de vulnerabilidad y riesgo dado por la situación de competencia del neoliberalismo, además de un profundo

replanteamiento de los proyectos de vida que un joven puede construir en situaciones de extrema violencia, de inseguridad y de falta de oportunidades dentro de los esquemas legales: la escuela, el matrimonio, el sistema laboral, la familia no alcanzan a cubrir las necesidades de un joven en el esquema liberal por lo que tiene que recurrir a vías ilegales como alternativa de vida.

Previsiones sobre la construcción del objeto

La realidad sólo puede responder si se le interroga
(Bourdieu, 2001: 55)

Es importante hacer algunas aclaraciones sobre la construcción del objeto: mujeres vinculadas al narcotráfico: pues, para entender la complejidad de sus experiencias como un nudo de relaciones sociales que son expresadas a través del cuerpo, implica que el investigador ha tomado una postura no sólo teórica sino epistemológica respecto de estas mujeres.

Principalmente con mujeres vinculadas al narcotráfico, se hará referencia a aquellas mujeres en edad universitaria que, ya sea por razones sentimentales, sociales o laborales, están implicadas directamente con el narcotráfico, y por eso, se dedica un apartado del tercer capítulo a detallar y refinar los roles que estas mujeres desempeñan al interior de las filas del narcotráfico y, que a través de ciertas narraciones sobre sus experiencias corporales, implican un discurso sobre seducción y amenaza por parte del narcotráfico. A decir de Bourdieu (2001: 53):

“No es posible ahorrar esfuerzos en la tarea de construir el objeto si no se abandona la investigación de esos objetos preconstruidos, hechos sociales demarcados, percibidos y calificados por la sociología espontánea, o “problemas sociales” cuya aspiración a existir como problemas sociológicos es tanto más grande cuanto más realidad social tienen para la comunidad de los sociólogos”.

Es obvio que ante una temática tan compleja la propia investigadora no haga categorizaciones no sólo provenientes de la teoría, sino desde su propia postura social, intelectual y académica. Además de enunciar qué se entiende por mujeres vinculadas al narcotráfico, hay que señalar ciertamente a manera de expresión de humildad que sería imposible abarcar el tema del narcotráfico, sus relaciones sociales, el cuerpo, el género, la identidad y la violencia de un solo bocado y que lo que se intenta dar cuenta en este trabajo es, de manera llana, una visión (con un recorte de la realidad sociocultural, cualitativo, descriptivo, interpretativo y analítico) de cómo estas mujeres están insertas en un momento histórico

determinado, por lo tanto enmarcado por un conjunto de redes sociales muy particulares y determinadas por ciertos patrones, prácticas y consumos culturales asociados al cuerpo.

Así como señala Bourdieu (2001: 54): “Un objeto de investigación, por más parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados”.

Como ya se venía exponiendo, la investigadora hace un recorte como un patrón que permite observar, a través de sus figurillas recortadas sobre una lámina, un foco limitado y subjetivo de esa realidad llamada mujeres en el narcotráfico, desde una clase social que también está enmarcada por una visión universitaria, que tiene una filiación con las ciencias sociales y particularmente con los estudios socioculturales, y un análisis que intenta en toda su medida tratar de retratar y modelar las temáticas obtenidas de las entrevistas y los grupos de discusión, pero que de ninguna manera pretende ser exhaustiva y concluyente.

“En efecto, cuando el sociólogo quiere sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permitan construirlos y analizarlos siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de los informantes” (Bourdieu, 2001: 57).

Obviamente se plantea aquí, retomando las ideas del Oficio de Sociólogo, que no se pretende decir que, lo que se expone en esta tesis, es la total percepción de las chicas sobre su papel en el narcotráfico, sino una interpretación sobre la reinterpretación de las preconiciones de la investigadora sobre un asunto en particular como es el papel del cuerpo de la mujer en la escena del narcotráfico, y una aportación para entender por qué el cuerpo de estas chicas resulta tan seductor, en primera instancia, para convertirse en un despojo humano una vez que ha cumplido su función al interior de las filas del narco.

Tampoco es el interés proponer que todo el estudio es meramente subjetivo, porque la importancia de los datos objetivos (o como le llamamos a las cifras, datos, números, pero también frases directas, opiniones y supuestos que las chicas exponen de manera directa) resultan sumamente importantes para dar contundencia a los argumentos de este trabajo, y aclarar que tampoco se trata de relativizar todo el conocimiento, sino de reconocer desde dónde se parte para la construcción del objeto: mujeres vinculadas al narco. Por ejemplo Taracena (2002:118) dice lo siguiente:

“La hipótesis que subyace es que uno no escoge convertirse en sociólogo, sino que nuestras elecciones teóricas están determinadas por inscripciones políticas, culturales e

ideológicas, ellas mismas en función de nuestra novela familiar y nuestra trayectoria cultural. Nuestros cuestionamientos, descubrimientos, objetos, problemáticas y métodos de investigación no obedecen sólo a consideraciones científicas, sino a reflexiones existenciales y preocupaciones profundas, incluso a veces a obsesiones...”

Para este trabajo, entender la relación entre cuerpo, género y violencia se ha vuelto una obsesión y a la vez un enemigo latente, porque el asunto del cuerpo de las mujeres vinculadas al narco, particularmente con el tipo de chicas entrevistadas ha sido una constante lucha contra el estereotipo de mujer fácil, “buenota” y “hueca” que nada tiene que ver con la comprensión del cuerpo como expresión de una red de relaciones objetivas que enmarcan una serie de decisiones estéticas y corporales y que al mismo tiempo limitan la expectativa de vida de dichas mujeres.

Ni investigadores, ni medios y ni las mismas chicas logramos separarnos del todo de estas preconcepciones (“vulgar”, “corriente”, “gorda”, “nalgona”, “chichona”) que no abonan en la comprensión de la dificultad de estar en una situación donde todo lo que hay alrededor es narcotráfico, y por lo tanto, las posibilidades de optar por un modelo corporal y de vida distinto se reducen significativamente, incluso, surge recurrentemente un término de naturalización de la violencia en varios de los discursos de los entrevistados, como si el narcotráfico fuera algo que ha estado ahí como opción de vida desde siempre y con lo cual hombres y mujeres conviven sin verlo con sobresalto.

Por lo tanto, el mayor grado de dificultad de esta tesis, está en mantener distancia con los estigmas, estereotipos, prejuicios unas veces vendidos por los medios, pero socialmente consensuados, da por resultado que la violencia simbólica sobre las mujeres en el narco es brutal y seductoramente atractiva, enjuiciar en vez de comprender resulta muy tentador en esta temática.

Para dar cuenta de otro prejuicio que se disipó en el trayecto de la investigación, diremos que la relación con estas chicas pareciera haberse dado de manera sencilla, contrario a lo que supondría entrevistar a este tipo de mujeres, la relación fue cercana, con un lenguaje muy cotidiano, en parte por la relación académica que había con una de ellas, y tal vez, la sensación con las chicas del grupo de discusión de identificación en el sentido de que la investigadora era también mujer, no mucho más grande que ellas en edad, y posiblemente con algunos gustos, opiniones y creencias que ellas consideraron como afines: consumos, relación con el género opuesto, relación familiar aparentemente cercanas, y estudiantes universitarias, aunque siempre se les aclaró que formaban parte de una investigación de maestría, con fines hacia la comprensión del papel de la mujer en el narcotráfico y que obviamente sus nombres, situaciones comprometedoras y datos sensibles se mantendrían bajo confidencialidad total.

De esta manera, construir un objeto de estudio de esta naturaleza, implica entender que el problema es parte de un contexto social determinado, históricamente constituido y culturalmente entendido, por lo cual está sometido no sólo a la interpretación de los mismos sujetos, sino de la investigadora que también forma parte de ese contexto particular.

Tratemos de entender, entonces, que estas mujeres, al igual que cualquier otra, están insertas en un campo el cual no puede ser negado. Un día una no se despierta y dice: “esta no fue, no es o no será mi familia”, “estos no son los espacios por los que he transitado”, “no he vivido en esta ciudad” y mucho menos “este no es mi cuerpo” (el que yo construí con todo lo anterior), aunque se tratara de un ejercicio casi esquizofrénico de negación frente al acto de la violencia extrema (una violación o incluso la muerte como acto de violencia) lo cierto es que eso va marcando las configuraciones relacionales, estéticas y corporales, hasta la forma de morir, de morir con el cuerpo tiene una carga social, cultural e histórica determinada, o a lo que Bourdieu llamara *Hexis*, que es mucho más allá que el cuerpo en sí, sino una serie de condiciones hechas cuerpo, incorporadas: las experiencias se incorporan, la muerte misma es una manera de decir lo que se ha vivido y de qué manera se ha vivido, porque a una no la “entamban” porque sí, sino porque ha habido una serie de condiciones para que haya muerto de esa manera y no de otra.

Pero esta construcción particular del objeto “mujeres vinculadas al narcotráfico” no surge alejada de un contexto histórico, social, cultural determinado sino que también es el resultado de unas preguntas determinadas por esas razones. “La noción de campo es, en cierto sentido, la estenografía conceptual de un modo de construcción que habrá de regir –u orientar- todas las decisiones prácticas de la investigación” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 170) y más aún con respecto a un tema particular como es el poder “algunos se interrogarán en dónde está, quién lo detenta...” (1995: 171), pero en este caso, la pregunta central es por el cuerpo, es si el cuerpo tiene un valor dentro del marco de las relaciones sociales de una mujer vinculada al narcotráfico, y si ese mismo cuerpo puede convertirse en “desechable” una vez que ha cumplido su función, la de atraer a otras mujeres al interior del narcotráfico.

Una metáfora que tal vez, podría funcionar en este sentido, es una flor carnívora que a lo lejos parece tan hermosa e hipnotizadora, pero en tanto más cerca se está de ella, mucho más cerca de la muerte se encuentra el que la sigue.

Insisto que, sin ánimo de caer en prototipos generalizantes, se trata de explicitar desde dónde se orienta esta investigación, y particularmente, clarificar el punto de partida donde se reconoce que ciertamente existen otros modelos corporales ideales, tal vez similares, el de la modelo que desea la delgadez extrema, el de la chica china o japonesa que se transforma

estéticamente para asemejarse a una muñeca Barbie, sin embargo, el caso de la mujer vinculada al narcotráfico enfrenta una posibilidad más alta de estar cerca de la muerte violenta relacionada con la situación social en la que se encuentra, no que las demás no tengan ninguna posibilidad de morir de manera violenta, sino que la mujer en el narco necesariamente atraviesa por la problemática de la violencia extrema, en su sentido más amplio y agudo. Para llegar a lo anterior fue necesario pasar por un proceso de pulimento, como apunta Bourdieu (1995: 169):

“Pero, ante todo, la construcción del objeto – por lo menos de acuerdo con mi experiencia como investigador- no es algo que se lleva a cabo de una vez por todas, mediante una suerte de acto teórico inaugural, y el programa de análisis u observaciones a través del cual se efectúa dicha construcción no es un plan elaborado de antemano, como el de un ingeniero: se trata de un trabajo de larga duración, que se realiza poco a poco, mediante retoques sucesivos y toda una experiencia, es decir, este conjunto de principios prácticos que orientan las elecciones minúsculas y, sin embargo, decisivas.”

Este trabajo constó de una rearticulación sobre la concepción de las mujeres del narco (de lo cual algunos lectores han sido testigos), por ejemplo, un divorcio sobre el tema “Buchona” que implica toda una serie de estereotipos sobre estas mujeres, es decir, que no todas las mujeres vinculadas al narcotráfico necesariamente tienen unos “cuerpazos”, que no necesariamente son amantes de los narcos, que pueden tener otra relación dentro del narcotráfico ya sea familiar, de amistad, de trabajo, incluso pueden haber sido obligadas a participar de él, y que no necesariamente todas las amantes de los narcos, o esposas de los narcos son iguales, y que existen roles y cuerpos distintos, debido a sus relaciones sociales, culturales y económicas distintas. Una “dolarera”⁸ no tiene las mismas cualidades que una “empresaria”⁹ o que una “puchadora”¹⁰.

Por lo que, como apunta Bourdieu, esta investigación debió pasar por varios “retoques”, éstos tuvieron que ver con la lucha contra las prenociones, los adjetivos, los prejuicios y con una constante necesidad de entender a la mujer del narco, como humana inserta en una red de relaciones objetivas que la hace configurar(se) corporalmente de una determinada manera, como dijera Bourdieu (2001) una constante lucha por la ruptura epistemológica: cómo entiendo aquello que entiendo.

El problema sobre el problema de investigación

⁸ Mujer que intercambia dólares por pesos a los narcotraficantes.

⁹ Mujer que administra el negocio de un narcotraficante.

¹⁰ Mujer que comercia droga a baja escala.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, el problema también formaría parte de una reinterpretación de la realidad, configurado por una serie de decisiones epistemológicas sobre el narcotráfico en México. El problema se construye en un contexto determinado (Culiacán-Guadalajara, México), con mujeres universitarias, menores de 24 años al momento del estudio, con algún vínculo directo con el narcotráfico, sentimental, social, laboral.

Igualmente, entendamos que “lo que se designa como ‘problemas sociales’ varía según las épocas y las regiones y puede desaparecer como tal en tanto que los fenómenos a los que designa subsisten” (Lenoir, 1989: 61).

Así, el enfoque de este trabajo tiene que ver con entender las transformaciones socioestéticas y culturales en la figura femenina en contextos de extrema violencia, por lo tanto, se plantea la siguiente hipótesis: las mujeres funcionan como reclutadoras a través de sus desplegados corporales dentro del narcotráfico, ya que a través de sus cuerpos se expone una tensión entre la atracción por medio de sus prácticas estéticas, culturales y económicas, pero también un mensaje de amenaza por parte del narco al violentarlas físicamente.

Sin embargo, también es necesario entender las relaciones sociales en las cuales están insertas las mujeres vinculadas al narcotráfico y que no implica, necesariamente, un proyecto basado en una decisión autónoma de su parte, sino como resultado de un contexto donde existe falta de oportunidades de trabajo, hay pocas certezas sobre el futuro, no se pueden establecer vínculos de largo plazo, las expectativas de futuro han cambiado, el matrimonio, el trabajo y los esquemas preestablecidos tuvieron que modificarse debido a cambios estructurales provenientes de la post-modernidad. De tal manera que el problema debía incorporar estos nuevos elementos obtenidos del campo.

El problema replanteado hasta ahora, consiste en que las mujeres vinculadas al narcotráfico se encuentran en un determinado marco de redes sociales y prácticas culturales que van configurando una idea de cuerpo ideal: los medios de comunicación, la misma familia, las amistades y el contexto de violencia en la narcocultura, van configurando este modelo de cuerpo y un ideal femenino que resulta seductor y que las empuja a relacionarse sentimental o laboralmente con el narcotráfico. Lamentablemente, la mayoría de las veces sus vidas terminan en tragedia, pues ese mismo cuerpo e ideal femeninos, terminan por reducir la expectativa de vida de estas jóvenes dando cuenta de una narración de seducción-amenaza dentro de las redes del narcotráfico.

Por lo tanto, este problema se integra a la discusión sobre situaciones de vulnerabilidad y riesgo dado por la situación de competencia del neoliberalismo, además de un profundo

replanteamiento de los proyectos de vida que un joven puede construir en situaciones de extrema violencia, de inseguridad y de falta de oportunidades dentro de los esquemas legales: la escuela, el matrimonio, el sistema laboral, la familia ya no alcanzan a cubrir las necesidades de un joven en el esquema liberal por lo que recurrir a vías ilegales como alternativa de vida se vuelve una opción más cercana.

Para dar cuenta de este escenario es necesario narrar la manera en que se configura un *habitus* de las mujeres vinculadas dadas en un campo que requieren una mirada interdisciplinaria por la complejidad teórica y metodológica que implica un asunto como el narcotráfico, ya que el propósito de esta tesis es la de “comprender o explicar rasgos de la vida social que van más allá de las personas y los escenarios estudiados en particular” (Taylor, S.J. y Bodgan, R., 1992).

Esta propuesta parte así de un abordaje cualitativo descriptivo, analítico e interpretativo, para lo cual fue necesario realizar una etnografía que permitiera dar cuenta de las relaciones objetivas dadas en los espacios públicos vinculados a la narcocultura, así como para entender las relaciones de poder que se gestan desde dichos espacios y prácticas culturales y que no necesariamente son enunciadas por los sujetos en su totalidad. También se realizaron entrevistas a profundidad con mujeres vinculadas al narcotráfico que permitieron un acercamiento a creencias, valores y esquemas de percepción: *habitus* relacionadas a cuestiones relacionadas con las categorías teóricas de cuerpo, género, identidad y violencia. Finalmente, se realizó un grupo de discusión para comprender las relaciones que había entre las prácticas, los discursos y las interacciones de estas mujeres en distintos niveles socioeconómicos, culturales y sociales. Estas estrategias, en su conjunto, permitieron un acercamiento a las narraciones sociales como un elemento de descripciones complejas que generan sentido.

Por eso, esta metodología lleva la intención de ponerle un rostro a la figura femenina del narcotráfico y, más allá, de darle un cuerpo a través de la voz, los rostros, los movimientos, el aroma, todo aquello que pasa por los sentidos físicos de una persona, por ello, la imperiosa necesidad de una metodología que más que enumerar la problemática nos sirva para enunciar sus cualidades.

Buscar la pluralidad de voces, buscar la complejidad de los problemas, ampliar las competencias y habilidades de los investigadores que permitan analizar e investigar temas con los ojos bien abiertos las problemáticas procurando integrar voces de todo tipo.

Contra el metodologismo: una receta contra sí mismo.

Habiendo entendido todo lo anterior conviene explicitar qué tipo de decisiones teórico-metodológicas se realizaron para este trabajo, y no simplemente qué metodología se utilizó para el abordaje del tema.

“En efecto, las elecciones técnicas más ‘empíricas’ son inseparables de las elecciones más ‘teóricas’ de construcción del objeto. Siempre es en función de cierta construcción del objeto que se impone tal método de muestreo, determinada técnica de acopio o de análisis de datos, etc. Más precisamente, un dato empírico cualquiera sólo puede funcionar como prueba o, como dicen los anglosajones, como *evidence*, en función de un cuerpo de hipótesis derivado de un conjunto de premisas teóricas.” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 167-168).

Por lo tanto, lo que aquí se presenta como ‘evidencia’ empírica es lo más cercano a una abstracción de la realidad dada a través de ciertas técnicas que intentan responder de manera concreta la pregunta de investigación: ¿Cómo se configura el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico a través de sus relaciones sociales? Y de la pregunta secundaria ¿Cómo funciona el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como elemento de seducción-amenaza?

Sin embargo, Bourdieu (2001) también es incisivo cuando dice que debe existir una vigilancia epistemológica, justamente para evitar el relativismo científico. “Más profundamente, la exhortación insistente por una perfección metodológica corre el riesgo de provocar un desplazamiento de la vigilancia epistemológica” por lo que aquí se plantea, simplemente un modelo realizado para un acercamiento a la realidad del narcotráfico, que permita dar cuenta de sus relaciones y nada más.

Porque como señalan (Bourdieu y Wacquant, 1995: 168) “Estos ‘datos’ que suelen confundirse con lo concreto mismo, son en realidad producto de una formidable abstracción –lo cual sucede invariablemente, puesto que lo dado siempre es construido...”

O lo que Bourdieu (1995: 196) llama *objetivación participante*, es decir, la manera de dar cuenta de que la investigadora también forma parte de la interpretación de los datos y de la realidad misma, y que no puede mantener una total autonomía respecto del campo y respecto de sus informantes. Insistiendo, de nuevo, en la no relativización de los datos, sino simplemente de reconocer que se colocan desde una mirada en particular y que sean datos cualitativos o cuantitativos, duros o blandos, como se les quiera ver, siempre representan una reinterpretación de la interpretación de algo llamado realidad.

Y para llegar a esta “formidable abstracción”¹¹ era sumamente necesario hacer uso de varias técnicas de acercamiento, por lo tanto una ruptura con el monoteísmo metodológico (Bourdieu y Wacquant, 1995: 168), que incluso como hecho a propósito declaran (1995: 168) “¡Y se consideraría una ruptura radical el hecho de combinar el análisis del discurso con el análisis etnográfico!” propuesta que aquí mismo se plantea desde el inicio de la investigación.

Mas, no es casualidad haber llegado a la combinación de ambas propuestas, sino porque la hipótesis de trabajo que se ha planteado a lo largo de este trabajo es que estas mujeres se encuentran en un determinado campo y con un *habitus* que van configurando una idea de cuerpo ideal contra un cuerpo real, muchas veces impuesto por los medios de comunicación, la misma familia, las amistades y el contexto de violencia en el campo del narcotráfico, va configurando un modelo de cuerpo que resulta seductor y que las empuja a relacionarse sentimental o laboralmente con el narcotráfico. Lamentablemente, la mayoría de las veces sus vidas terminan en tragedia, un cuerpo e ideal femenino, termina por ser la tumba de estas jóvenes relacionadas al narcotráfico.

Así se entiende el campo del narcotráfico como un conjunto de relaciones objetivas que configuran un estilo de cuerpo en particular como un *habitus* correspondiente a dicho campo.

Bajo el esquema previamente planteado, la estrategia metodológica que se deriva de las siguientes hipótesis de contrastación¹² se asume con la intención de verificar cada uno de los elementos de la hipótesis de trabajo:

1. Existe un proceso de seducción por medio de sus prácticas estéticas, para dar paso a un reclutamiento, que puede ser dado por nacimiento en una familia narco, por las relaciones sociales, por amor, por trabajo o por dinero, aun cuando no se tenga la necesidad de participar en ello, o por un empoderamiento femenino.
2. Existe entonces una visibilización del cuerpo femenino, como atractivo que despliega belleza, riqueza y poder, que permite la socialización de imaginarios relacionados al narcotráfico tales como mujeres poderosas, ricas, bellas y sanguinarias que no necesariamente coinciden con la realidad de las mujeres vinculadas al narcotráfico.
3. Sin embargo, el problema viene cuando ese mismo cuerpo que resultaba seductor, se convierte en una vía de castigo, colocando a la mujer como muestra de la fiereza del narcotráfico, castigándola y dejando un cuerpo que una vez fue sumamente cultivado e idealizado con severas marcas corporales y no corporales de violencia física y transgresión.

¹¹ Burlándome siempre de mí misma por lo de “formidable”

¹² Esquema propuesto por Cristina Cárdenas, profesora de filosofía del Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente, sin publicar.

La propuesta de este procedimiento de contrastación es el de dilucidar las abstracciones que hace la investigadora para entrar en contacto con los datos empíricos y enmarcar los resultados bajo una declaración epistemológica del asunto: ¿cómo voy a constatar en la realidad lo que se plantea? ¿Qué se va a 'ver' y cómo se va a 'ver' para poder sostener lo que se plantea? Es decir el planteamiento de aquellos posibles indicadores que orientan la visión en el trabajo de campo.

Con base en este supuesto, el objetivo es, pues, establecer el tipo de relaciones socioculturales de estas mujeres como elementos centrales que configuran un cuerpo socialmente identificado con la cultura del narcotráfico.

Es importante señalar que el universo a investigar no es sobre narcotráfico en general, sino de él, sólo un conjunto de mujeres, y no cualesquiera, sino aquellas que tienen un vínculo directo con el narcotráfico, social, laboral, familiar y no sólo eso, sino aquellas que tienen o desean un cuerpo estéticamente modificado.

Con el soporte de estos supuestos y objetivos, el trabajo empírico se diseñó de la siguiente manera:

1. Grupo de discusión: tres mujeres vinculadas al narcotráfico, una chica que lleva amistad con estas tres chicas y dos académicas de Sinaloa.
2. Entrevistas:
 - a) Entrevistas a profundidad: con dos mujeres vinculadas al narcotráfico en distintos eslabones de la estructura social dada en el narcotráfico en Guadalajara.
 - b) Entrevistas de contrastación: un periodista, un escritor de libros sobre las mujeres vinculadas al narcotráfico, un académico de la Universidad Autónoma Sinaloa (UAS) quien trabaja el tema de la violencia, una académica que ha trabajado el asunto de los Narcocorridos, y otra académica que ha trabajado el tema del narcotráfico a través de *Youtube*.
3. Etnografía en distintos puntos de Culiacán y Guadalajara para contrastar las prácticas corporales y culturales de las mujeres.

A continuación se describen con mayor claridad las cuatro etapas de las cuales consta este diseño teórico-metodológico, herramientas que fueron seleccionadas con la intención de obtener información cualitativa que permitiera comprender las relaciones sociales en las cuales se encuentran insertas estas mujeres. Aclarando que es sólo una vía de acercamiento al fenómeno, más no el fenómeno en sí mismo.

Etapa 1. Documentación biblio-hemerográfica.

Para reunir la documentación que configura el apartado sobre el primer capítulo sobre el contexto general sobre el papel de las mujeres vinculadas al narcotráfico, se decidió hacer una selección de documentos que fueron divididos con base en su procedencia mediática.

La categorización fue la siguiente:

a) Artículos académicos

Para realizar este estudio se eligieron artículos académicos particularmente sobre dos temas principales. El primer tema fue elegido y trabajado desde las referencias sobre mujeres y narcotráfico: el segundo tema, se trabajó desde la forma en que se ha abordado metodológicamente el tema del narcotráfico en diferentes artículos académicos, arbitrados e indexados.

Los claves de búsqueda para el tema del narcotráfico se agruparon con las siguientes palabras: narcotráfico, narcotráfico y mujeres, narco y mujeres, buchonas y narcotráfico, narcotráfico y metodología, narcotráfico y ciencias sociales, narcotráfico y comunicación, narcotráfico y medios de comunicación.

Así se conjuntó un corpus de 32 documentos que conformaron la base para explicar el capítulo sobre la problemática y el contexto de la mujer en el narco, de los cuales se seleccionaron sólo 20 que tenían relación directa con el tema de este trabajo, y los cuales se encuentran citados a lo largo de este trabajo.

b) Literatura

Sobre la literatura de mujeres y narcotráfico se analizaron cinco documentos principales: *La Reina del Sur* (Pérez-Reverte, 2008), *Miss Narco* (Valdez Cárdenas, 2009), *Las Jefas del Narco* (Santamaría Gómez, 2012), *Sin tetas no hay paraíso* (Bolívar Moreno, 2007) y *La Reina del Pacífico* (Scherer García, 2009).

Estos documentos se seleccionaron debido al trabajo con entrevistas a mujeres vinculadas al narcotráfico que permiten dar cuenta, al igual que esta tesis, de la realidad que viven estas mujeres, además de las narraciones corporales que en cada uno de los textos se manejan.

c) Cine

Sobre cine se seleccionaron también cuatro piezas con referencia al tema abordado en esta tesis. Por un lado, las películas *El Infierno* (Estrada, 2012) y *Miss Bala* (Naranjo, 2011), y los documentales *Culpables de Inocencia* (Armienta, 2010) y *Chicas al servicio del Narcotráfico* (Autor, 2011).

También en este caso se seleccionaron estos documentos debido a su cercanía con la temática abordada en este trabajo de tesis.

Es importante dar cuenta que estas selecciones se realizaron no con el sentido de comprender el fenómeno a través de ellas, sino como ejemplos de la concepción que se tiene sobre las mujeres del narcotráfico, son ejemplos ilustrativos sobre la idea de mujer del narco en documentos, archivos, producciones mediáticas, etc.

Etapa 2. Diseño de la guía de observación y de las entrevistas.

Es importante señalar que para realizar la guía de observación que se utilizaría en Culiacán, se acordó que tendría su base sobre las sorpresas provenientes de la etnografía y el registro de las sorpresas de los otros al ser observados o entrevistados, ya que no conocía el lugar y resultaba difícil determinar a qué me enfrentaría con exactitud. Con estas sorpresas se elaboró lo que configura el diario de campo y que se analizaría bajo esta visión.

Advierto, que “la noción de campo... funciona como un recordatorio que debo verificar que el objeto que me propongo estudiar no esté atrapado en una red de relaciones a las cuales deba la esencia de sus propiedades... Ahora bien, resulta más fácil pensar en términos de realidades hasta cierto punto palpables, como grupos e individuos (ej. Las mujeres del narcotráfico), que en términos de relaciones.” (Bourdieu & Wacquant, Loïc, 1995:170).

Lo que aquí se narra es, en el fondo, lo que originó una serie de decisiones metodológicas para comprender un fenómeno por demás complejo. Más allá de las mujeres vinculadas al narcotráfico, lo que se intenta detallar es las relaciones de poder entre estas mujeres y hombres en el campo del narcotráfico, dadas por la suma dispar de sus capitales sociales, culturales y económicos, que generan un modelo hegemónico de cuerpo, mismas relaciones que se objetivan a través de las experiencias sociales y corporales de estas mujeres y no al contrario.

De cualquier manera, la observación llevaba la tarea primordial de acercarme a los espacios y personas con la hipótesis ya elaborada sobre el cuerpo como narración de seducción-amenaza, y bajo las categorías teóricas ya mencionadas: cuerpo, género, identidad y violencia, de esos elementos disponía para hacer la etnografía en Culiacán.

“Esta atención a los detalles de los procedimientos de la investigación, cuya dimensión propiamente social (cómo encontrar buenos informadores, cómo dirigirse a ellos, cómo exponerles los propósitos de la investigación y, más generalmente, cómo penetrar en el entorno estudiado, etc.) no es la menos importante, debería tener el efecto de ponerlos en guardia contra el fetichismo de los conceptos y de la “teoría”, el cual tiene su origen en la propensión a considerar los instrumentos “teóricos”, como aquellos de *habitus*, campo, capital, etc., en sí mismos, en vez de hacerlos funcionar, de aplicarlos” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 170)

Lo que se plantea a través de esta matriz de observación, no es aplicar la teoría en la práctica, y de regreso, la práctica en la teoría, ya que de otra manera la teoría se vuelve mera palabrería ineficaz e ineficiente.

Por lo anterior, se procedió a hacer una matriz de observación con base en el siguiente formato.

Percepción social del cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico	Red relaciones objetivas al	de Relaciones género	de Indicadores violencia	de Identidad
--	-----------------------------	----------------------	--------------------------	--------------

Por otra parte, cabe mencionar que las entrevistas se hicieron en dos espacios distintos (Culiacán, Guadalajara) y de manera asincrónica pues la observación y las entrevistas se dieron en distintos momentos entre agosto de 2012 y mayo de 2013.

El guion de entrevistas se planeó también en dos momentos, por un lado, se diseñó un pre-guion de acercamiento con las mujeres del narco, que en realidad no se tomó de manera literal, pues el discurso se centró en las diversas experiencias que las mismas chicas iban narrando, y por otro lado, se diseñaron seis guiones distintos para las entrevistas de contraste que se organizaron dependiendo de la profesión que desempeña cada uno de los sujetos

entrevistados y que tampoco se siguieron de manera literal pues la intención era recuperar sus experiencias desde el mismo diálogo, aunque sí se siguieron en los diálogos aquellos criterios teóricos previamente establecidos: cuerpo femenino como seducción-amenaza, género, identidad y violencia.

Etapa 3. La realización del grupo de discusión, las entrevistas y la etnografía.

Como ya se había planteado antes, las herramientas utilizadas en el diseño metodológico constaron de un grupo de discusión, dos entrevistas con mujeres del narco, seis entrevistas de contraste y la etnografía en distintos puntos de Culiacán y Sinaloa. A continuación narro con mayor precisión el proceso que se siguió para fundamentar y realizar cada una de las herramientas.

Grupo de Discusión

El grupo de discusión se seleccionó como herramienta alternativa, ya que estando en Culiacán, se presentó la oportunidad de conversar con un grupo de cuatro chicas con alguna relación en el narcotráfico y dos académicas, por lo cual ante la imposibilidad de entrevistarlas por separado, tres de ellas narraron sus historias como mujeres vinculadas al narcotráfico, aunque las dos académicas y una de las chicas no estaban, en realidad, vinculadas al narcotráfico, pero también intervinieron en varias ocasiones generando líneas de opinión en el grupo de discusión.

Lo más complicado de la realización (circunstancial) del grupo de discusión, era la primera vez que teníamos contacto y, está por demás volver a aclarar que el tema por sí mismo era y sigue siendo sumamente delicado, no había habido un convenio previo con ellas, no había en realidad un guion establecido de preguntas y, sobre todo, ellas debían confiar en que la información que proveyeran a la investigación sería totalmente confidencial.

La intención pues, era la de recuperar sus experiencias a partir del diálogo entre ellas, que finalmente, derivó en que unas a otras se animaban a contar más de sus vivencias, gracias a lo que yo llamo “efecto espejo”, el cual consistió en momentos cruciales que detonaban ciertas similitudes de prácticas, estilos, situaciones a las que habían llegado por su relación con el narcotráfico.

Me parece que esta situación que se generó entre ellas, permitió que, al identificarse, formaran un grupo y un sentimiento de solidaridad, una filiación, que les permitiera expresarse con mayor facilidad. De alguna manera, pienso que se sentían partícipes de un grupo que no las

excluía del todo, sino que entendía con claridad la situación por la cual atravesaban o habían atravesado en determinado momento.

Justamente fue este ejercicio el que les permitió autoreflexionar sobre sus experiencias, porque se apoyaban unas a otras en perspectivas y vivencias similares. Cuestiones que por sí solas, de manera separada, tal vez en una entrevista individual, no habrían podido detenerse a analizar, y tal vez, ni siquiera hubieran podido expresar sino a través de la identificación de experiencias comunes y cotidianas.

Anoto también que aunque no todas las chicas participaron activamente, debido a que las dos académicas y otra de las jóvenes no tenían experiencias directas con el narcotráfico, sin embargo, sus intervenciones también motivaron la reflexión, el diálogo y la participación.

Así pues el grupo de discusión conformado por seis mujeres y la investigadora permitió conocer unas narraciones de vida, de experiencias, de miedos, frustraciones, deseos, pero sobre todo una narración de sus vivencias experimentadas a través del cuerpo femenino de manera colectiva y reflexiva, tanto para ellas como para la investigadora.

Entrevista a profundidad

La decisión de colocar entrevistas en profundidad, que de alguna manera se elaboraron de manera semiestructurada, fue justamente la de entablar una conversación que permitiera un diálogo donde ellas expusieran sus vivencias, y seguir la pista a sus propias percepciones, ideas, creencias sobre el cuerpo femenino en el narcotráfico. Pero al hacer esto también implica que el investigador toma una postura intelectual, social y académica para elaborar un cuestionario, y de alguna manera impone ciertas categorías establecidas.

La intención era la de conocer sus red de relaciones, la idea de cuerpo, cirugías estéticas, ideales de futuro. Sierra (1998) comenta así, que la entrevista, es capaz de aproximarse a la intimidad de la conducta social de los sujetos, por eso la importancia de utilizar entrevista, porque las narraciones de las mujeres vinculadas al narcotráfico resultan, justamente, algo sumamente íntimo. Tan delicado es el asunto, que una de las mujeres comentó en una de las entrevistas: “esto que te digo a ti, nunca se lo cuento a nadie más porque sé que me matarían”.

La entrevista como narración conversacional (Sierra, 1998) creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado, contiene un conjunto interrelacionado de estructuras que definen un objeto de estudio. Y es justamente esto lo interesante, la posibilidad de conocer a

través de sus narraciones un texto íntimo, casi secreto y con una alta densidad de detalles personales, pero sin evadir una responsabilidad de la investigadora, donde también orienta formas de entender la realidad.

En esta investigación se pretende un acercamiento a la comprensión de lo que para ellas son sus propias sorpresas del mundo que viven, entender lo que para ellas es normal y cotidiano, pero también para conocer sus sensaciones frente a temas como el cuerpo, la violencia, la identidad.

Por otra parte, las entrevistas permiten conocer a las mujeres vinculadas al narcotráfico también desde quien las observa, desde quien está detrás del telón observando una representación teatral que les resulta habitual. O como dice Bourdieu:

“El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. No puede re-producir el correspondiente a su objeto y constituirlo como tal al resituarlo en el espacio social, más que a partir de un punto de vista muy singular (y, en cierto sentido, muy privilegiado) donde hay que ubicarse para estar en condiciones de captar (mentalmente) todos los puntos de vista posibles. Y sólo en la medida en que es capaz de objetivarse a sí mismo puede, al mismo tiempo que permanece en el lugar que inexorablemente se le asigna en el mundo social, trasladarse con el pensamiento al lugar donde está colocado su objeto (que también es, al menos hasta cierto punto, un alter ego) y captar así su punto de vista, es decir, comprender que si estuviera en su lugar, como suele decirse, indudablemente sería y pensaría como él.” (Bourdieu, 2012: 17)

Tengamos en cuenta que las dos mujeres entrevistadas están en distintos círculos dentro del narcotráfico, Bea quien está vinculada por la relación amistosa con una esposa de un capo de alto rango, y Mia quien está dentro del círculo de los capos de media categoría, primero como amiga de un sicario, después como mesera en un bar de banda, y también como amiga de una esposa de un capo de medio rango, y en el proceso de convertirse en pareja de un capo de medio rango.

Estas son las entrevistas directas con mujeres vinculadas al narcotráfico, pero como ya aclaraba anteriormente, también se entrevistó a un periodista de Culiacán quien cubre nota sobre narcotráfico, a un académico de la Universidad Autónoma de Sinaloa quien ha trabajado el asunto de violencia en Sinaloa, dos académicas que han trabajado el tema del narco, a un escritor de un libro sobre narcomujeres y a un cirujano plástico. Estas entrevistas con la finalidad de conocer cómo colocan el tema del narcotráfico a través de la investigación, los medios, pero principalmente a través de la relación con las mujeres vinculadas al narcotráfico.

Etnografía

Se volvía de suma importancia enfrentar la situación del narcotráfico y su relación con las mujeres dentro y fuera del mismo ambiente. Ir a Culiacán cada vez era más inaplazable pues de alguna manera era el principio del extrañamiento y de una forma inherente para conocer la realidad de ese otro que eran las mujeres vinculadas al narcotráfico.

La etnografía me permitiría comprender los espacios alrededor del narcotráfico: la calle, los antros, la ciudad, sus lugares icónicos. Hasta entonces me fue posible encontrar una veta para ver cómo se vive el cuerpo de las mujeres vinculadas al narcotráfico en esos espacios que, sin duda, determinan sus prácticas, porque como apunta Pinto (1998:13):

“Inmerso en un medio captado espontáneamente de un modo prerreflexivo, aquel que quiere constituirse en “observador” no posee de entrada los medios para establecer esta relación de distancia ordinaria asociada a la ciencia –nomenclaturas, recuentos, medidas, documentos, archivos”

Justamente la etnografía me permitiría ese acercamiento a la vida cotidiana, a sus vivencias “normales”, a sus experiencias corporales contrapuestas con el espacio que habitan a esas nomenclaturas, recuentos que sólo en diálogo parecerían inaccesibles, pero entendiendo que la investigadora forma parte activa de esa realidad.

Esta es la forma de contar la historia de las mujeres porque sin observar sus espacios, sus cuerpos, sus formas de hablar, sus hábitos, sus interacciones sociales, no podría haber una narración con sustancia de lo que viven y cómo lo viven. Si bien entendería al cuerpo como narración de una historia de vida, era apremiante observar ese contexto de lleno.

Aunque el tiempo fue corto, sin duda sí fue la puerta para entender que “la etnografía parte del asombro y del extrañamiento, de la curiosidad y la capacidad de maravillarse con lo extenso y diverso de los mundos posibles...” (Galindo Cáceres, 1998). Fue la oportunidad de maravillarme con un mundo lleno de contradicciones, de intensidad, de violencia, de formas estéticas muy particulares, ese mundo estaba en el cuerpo de las mujeres vinculadas al narcotráfico con todos sus artefactos e interacciones, lo complicado de la maravilla es, justamente, aprender a separarse de ella y entenderla desde todas sus aristas, ahí radica el trabajo del investigador en superar el sentido común para establecer relaciones dadas en el campo del narcotráfico.

El reto principal de la observación es no “convertirse” dada la primera fascinación de la sorpresa en un nativo, en ellas mismas, es decir, superar una primera etapa de sorpresa y la fascinación ante la novedad, para después analizar la realidad desde una determinada postura y establecer conclusiones entendiendo que, para analizar el fenómeno, se tiene que hacer un solo recorte de esa realidad desde una cierta postura, en este caso la sociocultural.

Con este reto, la etnografía fue realizada en varios escenarios de la vida del narcotráfico, los lugares elegidos fueron: la Capilla de Malverde, La Isla (arrancones), la calle Juárez, el mercadito, la calle Escobedo y el centro histórico de Culiacán: el bar de banda “Vida Divina” y la “La Perla del Pacífico” en Guadalajara.

Para ello, se eligieron estos lugares por ser los más representativos del ambiente narco tanto en Culiacán como en Guadalajara, las zonas, las calles, los bares, desplegaban ampliamente la cultura del narcotráfico y, por supuesto, la narración corporal y la estética narco de sus mujeres.

Etapa 4. Análisis: codificación y análisis bajo el modelo relacional de datos.

El análisis de datos, tal vez fue el mayor reto de todos en esta investigación, porque si bien el acercamiento al campo determina una forma de entrar en contacto con la realidad y un esfuerzo por no desvincular la teoría de la práctica y viceversa, el análisis resulta el paso con el cual se da voz a otros a través de una interpretación, y más riesgoso aún de una autointerpretación y reinterpretación de la realidad. Por supuesto, no está de más decir que el análisis también parte de una perspectiva cualitativa e interdisciplinaria que permita dar cuenta de los distintos abordajes metodológicos seleccionados para la recolección de datos.

El gran paraguas para analizar los datos obtenidos del campo es el análisis relacional propuesto como una filosofía de la ciencia por Bourdieu (1995: 170) aunque, de cualquier manera, para la codificación resultaba de suma relevancia darle voz al “campo” no a manera de quiebre analítico, sino porque los discursos de los distintos sujetos que conformaron esta investigación hablaban desde sus propias categorías y resultaba imperioso exponer cómo es que los mismos sujetos enuncian sus percepciones sobre su realidad.

Codificación

Por lo anterior, el análisis de códigos se realizó desde la Teoría Fundamentada (Corbin y Strauss, 1990) para abstraer desde las categorías que plantean los sujetos, asociaciones o vinculaciones con las categorías teóricas y metodológicas. Por ejemplo: gordura-delgadez, buchona, miedo,

mamá, etc., son códigos recurrentes en los discursos de las chicas entrevistadas y que resultan necesarios para entender el contexto en el que se desenvuelven. La técnica en particular que se utiliza de esta metodología será Atlas Ti, bajo las herramientas de codificación y familias para establecer enlaces entre los mismos códigos con las categorías teóricas planteadas previamente al trabajo de campo.

Pero no sólo son sus propias categorías, obviamente, también hay una reinterpretación para agrupar en “familias” esas subcategorías.

Los ejes de análisis teóricos elegidos para el ejercicio fueron: Capital Corporal (*Hexis*), Capital Económico, Capital Simbólico, Capital Social, Identidad y Violencia. Cabe mencionar que dichos ejes analíticos surgen de la Teoría de los tres estados del Capital Cultural de Bourdieu (1989).

Estas categorías fueron establecidas de acuerdo a la codificación de cada uno de los productos obtenidos: entrevistas, grupos de discusión, notas de observación y reflejan el trabajo de análisis desde categorías teóricas, pero también desde categorías “elaboradas” por los mismos sujetos de la investigación.

A continuación se expone el modelo de análisis utilizado para realizar las unidades narrativas (capítulos analíticos) de esta tesis.

Filosofía de la ciencia relacional

En varias lecciones se ha dicho que una de las vías de mantener una cierta vigilancia epistemológica es que exista coherencia entre metodología y análisis. Atendiendo a dicha solicitud es que se ha decidido presentar un modelo relacional como vía de análisis del corpus de las entrevistas, el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. En realidad no es que Bourdieu plantee un análisis relacional sino que alude a una filosofía de la ciencia relacional que alude a una teoría general de los campos, hasta ahora inconclusa, por lo tanto:

“Para empezar, una filosofía de la ciencia que cabe llamar relacional, en tanto que otorga la primacía a las relaciones: aunque, en opinión de autores tan diferentes como Cassirer o Bachelard, esta filosofía sea la de toda la ciencia moderna, sólo se aplica en contadas ocasiones a las ciencias sociales, sin duda porque se opone, muy directamente, a las rutinas del pensamiento habitual (o semicientífico) del mundo social, que se ocupa más de «realidades» sustanciales, individuos, grupos, etc., que de relaciones objetivas que no se pueden mostrar ni

tocar con la mano y que hay que conquistar, elaborar y validar a través de la labor científica.” (Bourdieu, 1997: 13)

En este sentido se alude, pues, a las relaciones que se van formando entre los diversos agentes sociales, prácticas y discursos que se ponen en juego en el campo del narcotráfico, y particularmente, en el asunto del cuerpo femenino relacionado al narco.

En palabras de Bourdieu (1997: 14) “una filosofía de la acción, designada a veces como disposicional, que toma en consideración las potencialidades inscritas en el cuerpo de los agentes y en la estructura de las situaciones en las que éstos actúan o, con mayor exactitud, en su relación.”

Con esto, la intención es la de poner en juego aquellas relaciones inscritas en el cuerpo de las mujeres vinculadas al narcotráfico y dar cuenta de cómo ese cuerpo es resultado de una serie de relaciones inscritas en una estructura social, o más bien dicho, un campo (narcotráfico) donde hay relaciones de poder.

Bourdieu (1997: 16) plantea que el análisis debe tener en cuenta la relación entre las posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los *habitus*) y la toma de posición, las elecciones que los agentes sociales llevan a cabo en los ámbitos más diferentes de la práctica.

Este asunto es sumamente potente para la investigación aquí trabajada, pues lo que Bourdieu afirma es que las relaciones sociales y el *habitus*, permiten, en este caso a las mujeres del narco, tomar una posición frente al narco y elegir unas prácticas corporales determinadas con base en ello.

Bourdieu (1995: 173) también dice que para construir el objeto implica que se asuma una postura activa y sistemática, lo que permitiría construir un modelo que no necesita una formalización matemática para ser rigurosa y que, en cambio, la intención es combinar los datos para construir un sistema coherente de relaciones, es decir, investigar sistemáticamente un caso particular.

Para ello, es necesario sumergirse por completo en la particularidad del caso estudiado, sin ahogarse, en la generalización. Aludir al método comparativo que implica conceptualizar un caso particular, apoyándose en homologías propias de las relaciones.

La manera que aquí se plantea retomando este esquema es, por ejemplo, encontrar las similitudes de las aspiraciones corporales de estas mujeres, o las prácticas comunes, aun en

distintas escalas: el antro, la calle, pero no sólo por el objeto mismo, sino para encontrar respuestas, a través de este método, sobre la identidad de un grupo generada a partir de unas ciertas relaciones de poder.

Aunque para analizar esto, que Bourdieu no articula como tal, me atrevo a proponer el siguiente esquema de análisis con base en algunas cuestiones que él mismo plantea:

a) Los fragmentos en relación

La decisión de haber realizado entrevistas de contraste, de alguna manera, empata con este modelo, pues no sólo es el objeto quien debe hablar sobre las relaciones de poder que giran en torno al cuerpo, sino las relaciones que se establecen, en este caso con otros actores que observan a las mujeres del narco, hay concepciones que unen y otras que las separan.

Bourdieu (1995: 174) recomendaba estudiar al menos dos objetos “por ejemplo en el caso de los historiadores, aparte de su objeto principal, es decir, determinado editor del siglo XVIII o los coleccionistas del Segundo Imperio, el equivalente contemporáneo de este objeto...” en este caso, no solo a las mujeres sino periodistas, académicos, cirujanos que conciban de manera “contrastante” la realidad a las que estas mujeres se refieren.

Para ello se plantea analizar fragmentos en relación. Con esto se retoma la siguiente idea (Bourdieu, 1995: 173):

“En la práctica, se planteará la cuestión de los límites del campo, asunto en apariencia positivista, al cual es posible dar una respuesta teórica (el límite de un campo es el límite de sus efectos o, en el otro sentido, un agente o una institución forma parte de un campo en la medida en que sufre y produce los efectos en el mismo), contestación susceptible de orientar estrategias a encontrar respuestas fácticas. A consecuencia de ello, uno casi siempre se enfrentará a la alternativa: análisis intensivo de una fracción prácticamente tangible del objeto o análisis extensivo del objeto verdadero. Pero la ganancia científica inherente al conocimiento del espacio del cual se aisló el objeto estudiado (por ejemplo, una escuela particular), que es preciso entender, así sea someramente e, incluso, a falta de algo mejor, mediante informaciones de segunda mano, radica en que, al saber lo que uno está haciendo y conociendo la esencia de la realidad de la cual se abstraigo un fragmento, se hace posible identificar las grandes líneas de fuerza del espacio cuya coacción se ejerce sobre el punto considerado (...). Y sobre todo se evita el riesgo de buscar (y “encontrar”) en el fragmento estudiado mecanismos o principios que, en realidad, se hallan fuera de él, en sus relaciones con otros objetos”.

Lo que se plantea es encontrar las relaciones entre los fragmentos discursivos del grupo de discusión en contraste con las notas de campo y las entrevistas de contraste, tratando de entender que la realidad no es la de las mujeres del narco, muchas veces apodadas “buchonas”, sino las relaciones de poder entre estas mujeres expresadas a través de un cuerpo que se asocia al narcotráfico.

Para plantear estas relaciones se plantean temáticas generales provenientes de esos discursos:

1. El cuerpo como representación social de la belleza
2. El cuerpo como relación de los capitales sociales
3. El cuerpo como narración de relación entre géneros
4. El cuerpo como narración de la relación entre el mismo género
5. El cuerpo como narración de la identidad
6. El cuerpo como narración de la violencia

b) Cuadro de rasgos

El cuadro de rasgos pretende mostrar las relaciones entre los agentes, las instituciones y las prácticas, que conforman el *habitus* y la *hexis* de las mujeres vinculadas al narcotráfico, aunque Bourdieu no elaboró, como tal, un cuadro modelo, en este trabajo se articula una forma de analizar rasgos generales de la red de relaciones objetivas en el campo del narcotráfico que deben ser contrastados para permitir un acercamiento más claro de esas relaciones. Entonces se plantea aquí un análisis bajo un cuadro que permita hacer el cruce de estas relaciones. Bourdieu lo plantea de la siguiente manera:

“Una de las dificultades del análisis relacional estriba en que la mayor parte del tiempo, no se pueden aprehender los espacios sociales sino bajo la forma de distribuciones de propiedades entre individuos. Esto, porque la información accesible está ligada a individuos” (Bourdieu, 1995: 170).

A través de estas “extracciones”, puestas en analogía a través de una matriz de relaciones, se permitirá establecer la relación que existe entre el cuerpo femenino, el narcotráfico y el poder a través de las prácticas culturales de dichas mujeres, con lo que se pretende simplemente

mostrar un acercamiento a la realidad al campo del narcotráfico, insisto, no total sino parcial de dicha realidad. De acuerdo con (Bourdieu, 1995: 171):

“Para ello, les sugiero que recurran a este instrumento muy sencillo y muy cómodo de construcción del objeto que es el cuadro de rasgos pertinentes de un conjunto de agentes o instituciones...Este instrumento tan sencillo tiene la virtud de obligar a conceptualizar en términos relacionales tanto las unidades sociales consideradas como sus propiedades, las cuales pueden caracterizarse en términos de presencia o ausencia”

El cuadro que se plantea, con base en este modelo, sería justamente para articular qué agentes están en relación en esta problemática, qué prácticas están en común entre ellos y qué instituciones juegan un papel central en la cultura del narcotráfico, particularmente, para conformar una serie de relaciones de las mujeres del narco que han sido incorporadas y expresadas a través de sus propios cuerpos.

Agentes	Prácticas	Instituciones
Mujeres vinculadas	Relaciones sociales, consumos culturales, transformaciones estéticas, etc.	Familia, Matrimonio, Escuela, Medios, Institución Económica (Empresa).
Personajes que han abordado el tema del narcotráfico (periodista, académicos, investigadores)	Relación con la violencia, relación el narco, relación entre el narco y el gobierno, etc.	Gobierno: Poder Ejecutivo, Poder Judicial, la Universidad, los medios, la familia.

Así, se procedió a elaborar un análisis que se basa en el cruce de categorías teóricas en contraste con los discursos de las chicas entrevistadas (fragmentos de entrevistas) para establecer el análisis de las relaciones de estas mujeres con el campo del narcotráfico y su red de relaciones incorporadas en su *habitus* y su *hexis*.

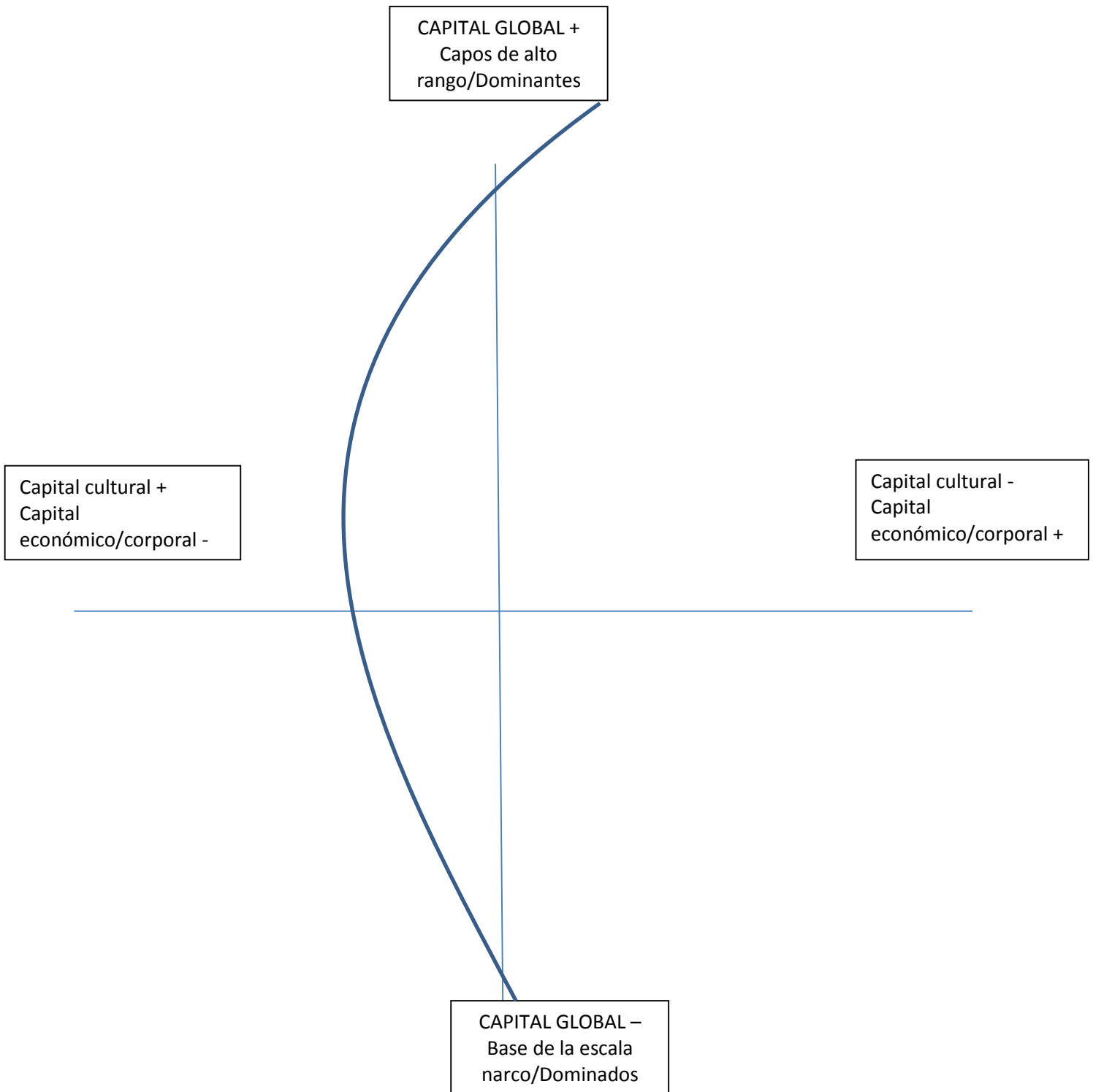
c) Espacio de las posiciones sociales

Representar las posiciones sociales de manera lineal y uniforme, precisamente, impide dar cuenta de los ligeros recovecos, conexiones, antagonismos y relaciones entre los diferentes actores, ante esta situación Bourdieu mismo propone:

“La representación que de este modo se obtiene no sería tan difícil de alcanzar sino supusiera una ruptura con la representación espontánea del mundo social que resume la metáfora de “la escala social” y que evoca todo el lenguaje corriente de la “movilidad”, con sus “ascensiones” y sus “decadencias”: y una ruptura, no menos resuelta, con toda la tradición sociológica que, cuando no se contenta con recuperar tácitamente y por su cuenta la representación unidimensional del espacio social – como hacen, por ejemplo, las investigaciones sobre “movilidad social”- la somete a una elaboración falsamente científica, reduciendo el universo social en un continuum de estratos abstractos (*upper middle class, lower middle class, etc.*) obtenidos mediante la agregación de especies diferentes de capital que permite la construcción de índices (los instrumentos por excelencia de la destrucción de las estructuras). (Bourdieu, 1976: 122).

Justamente, para dar cuenta de esta complejidad de movilidad entre ascensiones y decadencias, de la movilidad social que no es unidimensional, sino que depende de la suma o resta de diversos capitales en un campo se realizó el siguiente cuadro para analizar las posiciones sociales de las mujeres del narco, pero sobre todo para dar cuenta que hay mujeres que están no sólo en una posición más arriba o más abajo, sino que el estar en ciertas posiciones hay mujeres que son más vulnerables a la amenaza y a la misma seducción dentro del campo del narcotráfico.

POSCIONES SOCIALES EN EL CAMPO DEL NARCOTRÁFICO



Este esquema lo propone Bourdieu (1976: 463) para explicar las posiciones sociales de los distintos actores en un campo, por lo cual, lo utiliza tanto para explicar las clases sociales como conformadoras de un gusto distinto y distinguido, como para explicar las prácticas de las clases dominantes en la Escuela, mismo esquema que propone con base en los conceptos sobre la suma de capitales incorporados y del *habitus* de clase de una persona en un campo dado.

Por lo que aquí se retoma este esquema para dar cuenta de las distintas clases en el campo del narcotráfico, en este caso no se utiliza todo el esquema a detalle sino solamente como exposición gráfica de las distintas clases sociales, integrando también el capital corporal como elemento de análisis.

CAPITULO III. El cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico como resultado de sus relaciones sociales.

El cuerpo es la narración de cada historia personal, de las experiencias de vida, de las aspiraciones y deseos, el cuerpo es la historia viviente de cada individuo, el cuerpo es el resultado de las experiencias sociales un nodo en una red de relaciones objetivas.

En el cuerpo está inscrita esa red de relaciones a través de una *hexis* corporal. O como plantea Bourdieu en *La Distinción* (1976: 152) “Desde los consejeros conyugales a los vendedores de productos dietéticos, todos cuantos hoy día hacen profesión del hecho de ofrecer los medios de cubrir la separación entre el ser y el deber ser para todo aquello que tiene relación con la imagen o el uso del cuerpo, nada podrían hacer sin la inconsciente colusión de los que contribuyen a producir un mercado inagotable para los productos que ofrecen, al imponer unos nuevos usos del cuerpo y una nueva *hexis* corporal”.

Tengo un cuerpo “así” porque he incorporado una suma de capitales económico, social, cultural y simbólico. Ese cuerpo está inserto en un campo que es el campo del narcotráfico, con una serie de prácticas sociales y culturales que han marcado un *habitus*, y particularmente una *hexis* corporal que me permiten mostrar un tipo particular de cuerpo y no otro, que si tuviera otras características me resultaría extraño, ajeno, distinto.

En el fondo, lo que está detrás de todo esto, son las relaciones de poder en el campo del narcotráfico, la lucha por mantener un campo netamente ilegal con una serie de relaciones con otros campos legales: la familia, los medios, la escuela, el mismo gobierno que participan de y con el narcotráfico.



Imagen 1. Descripción visual de la red de relaciones sociales en el campo del narcotráfico.

La forma de relacionarse en este campo es lo que es distinto, como ya había dicho antes, producto de un cierto tipo de capital económico, cultural y social incorporado que permite una determinada toma de decisiones que implica mostrar el cuerpo de determinada manera.

En el caso particular de las mujeres del narco hay algunas cuestiones que las identifican y las diferencia de otras, e incluso entre ellas mismas habrá distintos tipos de cuerpo no es lo mismo ser Emma Coronel supuesta esposa del “Chapo” que ser una burrera indígena que trafica con droga por pura necesidad. O como en los casos de esta tesis una mujer universitaria que se vincula por amor, por trabajo, o por medio de sus relaciones sociales.

Lo que hay que dejar en claro, es que la discusión no versa, sobre el vínculo de la mujer al narcotráfico, o sobre cómo se conforman categorías ontológicas sobre el ser mujer vinculada al narco, sino que dentro del narcotráfico hay unas ciertas prácticas sociales que mucho influyen en la forma en cómo una mujer representa su cuerpo y que están asociadas a prácticas provenientes del campo del narcotráfico.

Lo que en esta tesis interesa conocer, no es si una mujer está vinculada o no al narcotráfico, sino cómo a través de una red de relaciones sociales ha inscrito en su cuerpo una narración perfecta, de acuerdo con Bourdieu (1977), ha conformado una *hexis* corporal dadas sus condiciones sociales, culturales lo cual redundará en una estética o forma de portar y apropiarse del cuerpo.

También para objeto de este trabajo, es importante saber cómo es que ese mismo cuerpo que narra, se utiliza como mensaje social para otros, emergiendo desde todos los esquemas mentales y corporales, un cuerpo-discurso que el narco utiliza como herramienta de control, enviando por un lado un mensaje de seducción, a través de sus desplegados de belleza, riqueza y poder, pero también como una vía de reprimenda para demostrar el poder que tiene, como un mensaje de amenaza expresando que no se tolerará la traición, la intromisión, la infidelidad, la deslealtad al interior de su círculo.

En esta red de relaciones no sólo el narco utiliza estos cuerpos femeninos para ejercer poder social, sino que también hay una necesidad de estas jóvenes por mantener una autonomía, en un marco donde las instituciones como la escuela, la familia, el matrimonio ya no son suficientes para poder asegurar un éxito social.

Surgen, entonces, nuevas formas de acceder a ese éxito social, entre ellas, las vías ilegales como el tráfico de drogas que asegura un aumento en el capital económico y social de manera vertiginosa, con una ganancia en menor tiempo, pero un riesgo mucho mayor.

Por lo tanto, debemos de entender a estas mujeres en su contexto, su particular situación social y económica, porque este cuerpo, el de la mujer vinculada al narcotráfico, está ligado a estereotipos que no permiten trascender del sentido común a un mayor entendimiento sobre cómo es que pesa un determinado contexto social en el momento de configurar una presencia física.

Para entrar en materia, diremos que el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico es una narración de seducción-amenaza. La seducción comienza con la autorización de esas mujeres para ser transgredidas, un silencioso pero efectivo poder simbólico.

“El poder simbólico, poder subordinado, es una forma transformada –es decir, irreconocible, transfigurada y legitimada–, de las otras formas de poder: no se puede superar la alternativa de los modelos energéticos que describen las relaciones sociales como relaciones de fuerza y de los modelos cibernéticos que hacen, de ellas, relaciones de comunicación, sino a condición de describir las leyes de transformación que rigen la transmutación de las diferentes especies de capital en capital simbólico, y, en particular, el trabajo de disimulación y de transfiguración (en una palabra, de *eufemización*) que asegura una verdadera transubstanciación de las relaciones de fuerza haciendo desconocer-reconocer la violencia que ellas encierran objetivamente, y transformándolas así en poder simbólico, capaz de producir efectos reales sin gasto aparente de energía”. (Bourdieu, 2000).

El poder simbólico en el narcotráfico es muy potente, porque de alguna manera las mujeres acceden a convertirse en objetos, bajo un supuesto de belleza que parece siempre inalcanzable pero ideal a través del despliegado físico que se está en el campo del narco.

La belleza va a generar este doble juego, precisamente, el de atracción, pero también el de superioridad a través de un cuerpo supuestamente más estilizado, un cuerpo ideal que genera unas expectativas sobre aquellas que lo ven como aspiración.

Victoria: “es que uno se va grande pues, y aquí somos las mujeres... me considero... muy tonta... me dejó influenciar rapidito, yo la veía güera, con extensiones, con pestañas, uñas... todo... lo único que (yo) no tenía”

Así, la belleza jugará un papel central en la lucha por el poder y el éxito social, un poder generado por la atracción de otros cuerpos que parecen jóvenes, fuertes, bellos, deseables y deseados, porque para que el éxito social pueda alcanzarse hay unos elementos que son necesarios para ascender: una red de relaciones sociales que les permitan ingresar a los círculos sociales del narcotráfico, un cuerpo intervenible y un cuerpo intervenido (aquí aparece la violencia simbólica: yo consiento que hay un cuerpo legítimo para llegar al ascenso).

Pero en la lucha por el ascenso, resulta que ese mismo cuerpo enaltecido, creado con unos fines de reproducción de la narcocultura, una vez que ha traspasado las leyes de la tolerancia, será reducido a un cuerpo desmembrado, roto, torturado, “una reducción paulatina pero brutal a una condición no humana que autoriza los más extremos “ejercicios” de sometimiento, tortura y control sobre el cuerpo otro”. (Reguillo, 2012).

Kate: No, pero sabes qué... siempre... siempre... siempre, nunca salgo sin mi credencial la del IFE... bueno antes me valía y la dejaba, o ya sea la de la escuela que tiene foto, o la IFE o las dos, pero nunca salgo sin ella, porque digo “que me vayan matando y me tiran por ahí y me desfiguran toda ¿Cómo le van hacer para identificarme?” ...

La desfiguración es el elemento que permite entender que en el narcotráfico hay una serie de ejercicios de sometimiento realizados en el cuerpo, ejercicios de poder sobre el cuerpo de estas mujeres.

Tanto la seducción y la amenaza están implicadas en estas relaciones en el campo del narcotráfico. Pero analicemos primeramente cuál es el papel de estas mujeres con relación al papel de seducción que juegan.

La belleza y la cirugía estética para la mujer vinculada al narco

El deseo por la belleza implica no sólo la posibilidad de ascender en la escala social, sino también la posibilidad de tener un poder femenino propio, la carta final donde se juegan sus aspiraciones de futuro.

Para ello hay que mantener el “capital” corporal, hacerlo prosperar bajo la forma simbólica de la seducción (Le Breton, 2002). Este capital corporal, tiene un enorme valor en la interacción social, es sin duda, un valor de cambio, para aumentar en la escala, para obtener reconocimiento de las amistades, para mostrar el capital cultural y simbólico, porque en el cuerpo se vive y se socializa el capital simbólico.

En el caso de las mujeres del narcotráfico otras mujeres (amistades) pueden, incluso, resultar reclutadoras. El poder simbólico, manifestado a través de, ciertas prácticas corporales como la cirugía estética o el despliegue de artefactos tales como coches, celulares y dinero, permiten que como si fueran un pavorreal desplieguen sus plumas para atraer a otras mujeres al narcotráfico.

Lo que resulta atractivo es la posibilidad de adentrarse en un círculo social que obtiene su poder a través de la ostentación de varios recursos, principalmente del capital económico y corporal, generando una cierta violencia simbólica que permite establecer relaciones de amistad donde aquella que tiene mejor cuerpo es la más admirada:

Kate: “Y te digo, sin haber platicado con... es que mira, influyen mucho las amistades y con las dos amigas que yo me junto de Hermosillo... bueno son de aquí (Culiacán) pero viven en Hermosillo, pero vienen, van... vienen van, son unas “nómadas” no tienen lugar en donde vivir, ellas sí están operadas, entonces es así como que... medio te influyen y tú las ves y es así como de “qué cuerpazo”, entonces sí te influye... y como también tengo amigos doctores, llego con ellos y me dicen: “pues te sale en 50, o te sale en 60”, pero sí ...”

Para acceder a una modificación corporal se requiere de un poder adquisitivo más alto, para algunas mujeres la cirugía estética no es una posibilidad realizable en el corto plazo, por el costo económico que ello implica.

En el caso contrario, Victoria, otra de las chicas entrevistadas, manifiesta que su única opción para acceder a una transformación corporal sería “trabajar demasiado” para lograr dicho

objetivo.

Por lo tanto, ante la imposibilidad de realizarse cirugías este tipo de mujeres debe acceder a otros recursos como dietas o ejercicio.

Kate: “No, ahorita estamos enfocados en bajar de peso, entonces hago como unas 500 abdominales, hago brazo, hago pierna, pero le dije “que ni se te ocurra que me bajas la pompa” ... ¡jajaja! Y ya solo me dice “no, no se te va ir, te lo aseguro” ¡jajaja!”

Las relaciones sociales se convierten así, en pieza fundamental para moldear lo que será un cuerpo percibido como socialmente válido, deseado y deseable. Este cuerpo-objeto deberá lograrse a través de la cirugía estética como fin principal, ésta será, al final la moneda útil. Entre más capital económico, mayores las posibilidades de realizarse una cirugía y entre más cirugías mayores posibilidades de ascender en la escala económica y social.

En este sentido, comienzan a surgir otros elementos donde las relaciones sociales, particularmente en el seno de la familia, empiezan a gestarse contradicciones sobre la cirugía estética, las percepciones sobre la maternidad y las construcciones sociales sobre el género.

Surge también en el discurso de Victoria un elemento casi imperceptible pero muy importante de autocensura y con el cual la cirugía estará divorciada: la maternidad como algo superior a la cirugía, como algo que debe cuidarse y protegerse, aun de los deseos personales. La maternidad, el paso del tiempo, son elementos contrarios a la belleza son antagónicos al ideal corporal que busca la juventud y la permanencia inmutable.

La perfección y la belleza que se busca es aquella que permita el logro del éxito y la posibilidad del ascenso social, la obtención de mejores condiciones de vida, un mejor empleo e incluso un matrimonio provechoso (Muñiz, 2011).

Los signos del cuerpo son vitales para comprender la autopercepción de las mujeres, particularmente de las mujeres vinculadas al narcotráfico, cómo es que se ven a sí mismas en relación a otras, en relación al cuerpo de las otras que sí son o que no son bellas y deseadas. El montaje corporal incluye desde la cirugía, tatuajes, arreglos del cabello, maquillaje implican un montaje para asumirse con un determinado cuerpo para mostrar a los demás.

Pero insisto, para llegar a incorporar todos estos detalles en un cuerpo idóneo debe tenerse ya cierto capital económico, a ese cuerpo ideal sólo se llega a través de varias cirugías, de inversiones corporales y estéticas.

La experiencia de Bea, quien narra cómo una amiga llegó a realizarse varias cirugías plásticas después de haberse casado con un narcotraficante de alto rango, refuerza este tipo de estructuras sociales al interior del narcotráfico:

Bea: “ajá así, se ha hecho yo creo que de lipos, se ha hecho unas cuatro lipos o cinco, la abdominoplastia, aumentos de senos se ha hecho como cuatro veces también, las pompis se las ha inyectado como...”

Surge una implicación entonces, para acceder a cirugías o bien se tiene un capital económico heredado por la familia, o bien, se consigue a una persona que financie estas modificaciones, en este caso particular, un narcotraficante. Y viceversa, para lograr que un narcotraficante “elija” a una mujer de entre un grupo de mujeres deberá tener un cuerpo modificado estéticamente.

Es un círculo vicioso, donde el poder y la violencia simbólicos entran la lucha, la mujer exitosa deberá tener cierto aspecto físico para poder acceder no sólo a un hombre, sino a una red de relaciones sociales que le permitan el ascenso social y económico particularmente.

Las mujeres consienten en seguir re-elaborando un cuerpo que funcione en relación a sus aspiraciones estéticas, sociales, económicas, culturales. Como comenta Bea:

“Ahorita ya se enfada (de no hacerse ninguna modificación estética)¹³, quiere hacerse algo (una cirugía) ahorita ya. Está perfecta, te lo juro, la ves y dices ¡woooooow!, no tiene que operarse nada, pero es como que se convierte en una obsesión... te lo digo yo por experiencia, es como una adicción, te lo juro quieres hacerte más y así, aunque ya no tengas nada que arreglar entonces buscar a ver qué más te haces”.

El cuerpo deseado por estas mujeres debe ser un cuerpo necesariamente modificado, el cuerpo real se oculta, es vergonzoso, un lastre para el éxito social, para el aumento en la estructura, para la trascendencia personal. El cuerpo narcofemenino viene de una idea occidental de cuerpo perfecto que busca borrar las experiencias de vida como la madurez, la maternidad, enmarcando mucho más la sexualidad como valor de cambio, convirtiendo al cuerpo en un artífice fantasmagórico que nunca envejece, que permanece intransitable.

¹³ Se refiere a una amiga de la cual me está narrando su historia, a través de un relato espejo, donde ella misma reconoce la misma adicción a la cirugía estética.

Barbie¹⁴, vende bastante bien esta idea. Una idea de cuerpo que logra un ejército Barbie (Muñiz y List, 2011) mujeres blancas, occidentales, muñecas de aparador, Muñecas de la Mafia¹⁵, que en este caso se traduce en morenas, con cuerpos inaccesibles para la natura humana y claramente insatisfechas con su cuerpo, que para otros ojos resulta a todas luces escultural. Para lograr este modelo físico, una mujer puede realizarse alrededor de 30 cirugías a lo largo de su vida, con el afán de alcanzar un modelo de belleza al cual nunca llegará.

“El cuerpo liberado de la publicidad es limpio, liso, neto, joven, seductor, sano, deportivo. (...) De este modo se explica el éxito actual de las prácticas que sirven para ejercitar el cuerpo (jogging, gimnasia modeladora, body-bulding.), el éxito de la cirugía estética o reparadora, el de las curas de adelgazamiento, el desarrollo espectacular de la industria de los cosméticos.” (Le Breton, 2002).

Kate: “Pues... mis amigas y yo somos 3 las que nos juntamos, y con mis primas somos 5, y otras 4 más, todas están operadas menos yo... si todas operadas, menos yo...”

El tono en que Kate dijo “menos yo” era casi un reclamo contra sí misma, por no pertenecer a un grupo social, del cual ella desea ser parte. De nuevo, el capital económico será determinante para poder conseguir el preciado objetivo: la cirugía plástica.

Pero no sólo las mujeres se exigen y se autoexigen. Si bien el cuerpo es una moneda de cambio, es porque hay alguien que lo paga, y lo debiera pagar bien. Esa persona generalmente es su pareja, acompañante u objeto de deseo.

Este uno de los temas cardinales de esta investigación, pues es donde se incorpora gran parte de las relaciones sociales que mencionarán las chicas como estrategia para conquistar hombres, relacionarse con ellos, ser mirada y admirada y, por supuesto, para aumentar en la escala social.

Victoria: “Yo tengo una amiga, bueno de la secundaria ¿no? Bueno, pues ella se casó y tiene un bebé ahorita, y el señor... ¡el señor!... bueno el muchacho está feo, y ella se ha operado al menos dos veces y está... ¡bien buenota!, así como de película, y yo le digo “¿cómo estas casada con él?” y él... bueno ella cuando se quiso operar, le dio dinero y todo para que se operara... pero ¿por qué? Pues porque a él le gustaba ¿no? Que se viera

¹⁴ Me refiero a la muñeca clásicamente rubia de Mattel, que ha sido objeto de juego de millones de niñas en el mundo y objeto de estudio en las repercusiones de la estética en problemas sociales como la bulimia, la anorexia y para este caso la *belladicción*.

¹⁵ Nombre que lleva la telenovela de producción colombiana sobre las mujeres del narco.

mejor ¿no? Y pues aquí los hombres así son, cuando tienen dinero dicen “me gustas tu, pero como que te quitas aquí, te pones acá”...”

Estar “bien buenota”, “como de película” implica aquí varias cosas. Por un lado, que la mujer es un objeto de deseo, que cuenta con un capital corporal importante y suficiente con el cual jugarse el futuro, que su cuerpo es como el de las actrices de películas, un cuerpo que es valorado como perfecto, bello, estéticamente correcto con el cual se puede asegurar un futuro.

A diferencia de cuerpo y maternidad, cuerpo y futuro sí van de la mano. El futuro depende, aparentemente, del capital corporal con el cual sortearse la propia existencia.

Por otro lado, el hombre es quien hace la solicitud de manufactura, es la pareja la que le indica qué partes deberían ser agrandadas o achicadas, “te quitas” es sinónimo de reducir y las partes que deben desear reducirse es la cintura, el abdomen, aquellas partes que la “divorcien” de las huellas de la maternidad, de la vejez, de la gordura. “Te pones” es sinónimo de aumentar, aquellas partes que luzcan más sexualmente atractivas para el hombre, busto, nalgas, cadera.

Podemos inferir que el hombre que tenga un “mejor cuerpo” tendrá más poder, al menos mayor capital económico, para poder asegurarse una mujer así.

Aunque las chicas jamás mencionan directamente el asunto, se alcanzan a detectar ciertas relaciones de género donde el hombre envía “manufacturar” a la mujer, una especie de objeto sexual por el cual demostrarse como poderoso, como influyente y como si eso se lograra a través de tener mujeres “hechas a la medida”.

Kate: “No bueno, por ejemplo, uno que es vanidosa dice “bueno, es que me quiero quitar esto de aquí y de allá” y ellos ya dicen “¡ay sí! Anímate...” o te dan la lana, o te orillan o te echan porras, y los hombres mas que contentos que tengan una “Barbie” que presumir, que les encanta...”

Una vez más la cirugía estética, o al menos, las prácticas sociales sobre las modificaciones del cuerpo, parecen estar ligadas a la clase social y a las posibilidades generadas por el lugar que ocupa en dicha estructura.

Aunque también hay diferencias en los costos de las cirugías y en los resultados de las mismas, tiene que ver con la posibilidad real de acceder a “mejores cirujanos” a través de cierto capital económico adquirido e incorporado. El cuerpo con cirugía, habla de posibilidades de un

estilo de vida más opulento, pero también habla de riesgos para aquellas que no tienen la posibilidad de acceder a ciertas prácticas “seguras”.

Bea: “Un doctor bueno te va a cobrar entre treinta y sesenta (miles de pesos mexicanos) dependiendo de qué es lo que necesitas porque ahí tipos que son así circular de toda la circunferencia y hasta abajo y otras que o sea, hay también que te ponen la grasa en las pompis, entonces necesitan limpiar la grasa y lo que sirva te lo inyectan en las pompis que ese es el método correcto de aumentar de las pompis en el que se supone que no hay riesgos.”

Esto implica que en las cirugías, del tipo que sea, hay riesgos. Ella misma cuenta que al inicio, cuando no contaba con un hombre que le pagara por mejores cirugías, se llegó a inyectar grasa de bovino, y otro tipo de sustancias que desconocía, que pueden llegar a ser mortales. El cuerpo entonces se vuelve inerte, un terreno minado, cada modificación puede resultar un tiro directo al blanco.

Bea: “Sí, sí, sí se supone que te inyectan el líquido, y si se encapsula, que es lo que el cuerpo tiene que hacer, no hay problema, si no se encapsula es lo que le pasó a Alejandra Guzmán que se esparce el líquido, y es como veneno, y entonces es cuando hay peligro”.

El cuerpo es fuerza de transformación, un mapa donde se articula un mapa social y una cultura del riesgo. “El cuerpo ya no es un destino al que uno se abandona sino un objeto que se moldea a gusto” (Le Breton, 2002). Este moldear la figura puede resultar un templo de culto al cuerpo.

El cuerpo pues, es un alter ego, que funciona como objeto, como valor de cambio y como persona, el cuerpo tiene su propio discurso, su propia forma de estar y un alto valor de cambio cuando se convierte en espejo de la mujer que desea trascender su propio estatus social a través del cuerpo. El cuerpo nos remite a las marcas de lo social, dice Arboleda (2006) que el cuerpo y el estilo de vida, dados por las estructuras sociales se dejan “escritos en el cuerpo” o lo que yo llamo la narración de vida a través del cuerpo.

“Todo sucede como si los condicionamientos sociales ligados con una condición social tendieran a inscribir la relación con el mundo social en una relación durable y generalizada con el cuerpo propio- una manera de llevar el cuerpo, de presentarlo a los otros, de moverlo, de hacerle un sitio- que da al cuerpo una fisonomía social.” (Barthes, 2009).

Arboleda (2006) analiza el papel cuerpo social en relación al miedo, esta investigación se concentra en la relación del cuerpo con la aspiración, con el ideal de belleza y de empoderamiento a través de la violencia, pero situado básicamente en estructuras muy parecidas: anhelos que se dan en pos de una vida mejor, en pos de una vida con solvencia económica, en pos de una vida que permita escalar en la estructura social, en pos de ser a través del cuerpo alguien reconocido por su belleza, por su acceso económico y por el poder que puede ejercer.

El del narco femenino, es un cuerpo que debe ser bello para asegurar riqueza y seguridad en pos de una mejor posición económica y social. La belleza es un valor, es parte del capital simbólico, la representación de las aspiraciones se traducen en unas relaciones sociales y en unos valores alineados, como dijera Bourdieu (1976), al orden social que se ha hecho cuerpo.

“Los valores de una sociedad (la fama, el dinero y el poder) son transportados a la representación estética de las fantasías sobre la anatomía corporal: los modernos Frankenstein como símbolos de éxito social.” (Córdova, 2008: 32)

Así, la cirugía del cuerpo se valora muy alto en este grupo social, para poder denotar la belleza, riqueza y poder, se vuelve necesaria la modificación corporal, para poder mostrar una estética que permita desarrollar estrategias sociales para desenvolverse en un campo como lo es el narcotráfico donde la violencia física y simbólica están en constante rejuego para mantener su autonomía.

“El mestizaje, la raza, la clase, el género, el carácter, la identidad, el deseo, la moralidad, lo bello, han vivido una lenta historia de estructuras corporales que van de la tradición de la modernidad. El trabajo físico y sus cualidades de lo bello, lo latino, se convierten en elementos a cultivar y desarrollar de forma individual...” (Córdova, 2008).

Se convierten así, porque hombres y mujeres, medios y familia, escuela y narcos ponen una serie de ideales de lo que un hombre y una mujer deben ser para lograr el éxito social, ahí está en juego el poder simbólico que tiene el narcotráfico como vía de seducción para otros hombres y mujeres.

Así, entre hombres y mujeres entretienen el ideal estético femenino, ¿pero qué buscan al instalar esta idea de cuerpo ideal? La apuesta de este trabajo es sostener que la atracción es una especie de poder simbólico que genera un estilo de vida con una gran fuerza en la ostentación de los capitales económicos y corporales femeninos.

Las escalas sociales, el ideal social y el precio por el poder

La cirugía estética, la belleza están asociadas a la búsqueda por representar cierto capital simbólico que permita un aumento social, aumento económico, pero sobre todo aumento de la autonomía social.

El cuerpo es esa forma de manifestar la relación con el mundo social, la manera de manifestar la escala, el valor, la posición, en este sentido, el cuerpo es el arma con el que estas mujeres manifiestan una posición en el mundo social. En palabras de Bourdieu, el cuerpo permite describir las relaciones sociales de una persona y de la manera en cómo ésta se apropia de ellas:

“La *hexis* corporal es una manera práctica de experimentar y de expresar la opinión que se tiene, como suele decirse, de su propio valor social: la relación que se mantiene con el mundo social y el lugar que uno se atribuye (...) que se apropia y por la manera, segura o agresiva, desenvuelta o inconsciente, de apropiárselo” (Bourdieu, 1976).

Estas prácticas se ponen en relación en ciertos espacios sociales donde hombres y mujeres en el narcotráfico conviven y se ponen en juego las relaciones de poder:

Mireya: “Pues a ella, pero hay otras que sí, y de hecho se empezó a usar mucho eso en el Kuwa un antro ahí, de hecho hay otro que se llamaba Mimbao, haz de cuenta que el antro tenía tres pisos es así redondo, entonces ya esta la planta baja así como que pues bailas, o sea como las mesitas normales y en el segundo piso los vip y en el tercer piso un VIP especial para los narcos todo polarizado donde ellos ya ahí decían, esa me gusta súbela.”

Hay un rito en el antro que se vive a través del cuerpo, hay una intención de “subir”, que “me suban”, acceder al círculo alto, a la tercera esfera, la de los narcos ricos y poderosos. Como mujer hay una apuesta corporal que se juega para “ser elegida” para subir, ascender y poseer, en resumen, mayor capital simbólico.

Abajo hay una lucha, arriba un estatus. En medio pareciera sólo existir una especie de “limbo”, un no estar ni aquí ni allá. Los de abajo quieren subir a toda cosa, los de arriba mantenerse allí, subiendo a los de abajo, mantener a las más bellas, a las más físicamente deseables, aquellas quienes tienen el cuerpo perfecto para ascender.

Es un juego social con reglas claras, los que están arriba tienen que mantener su lugar a toda costa y demostrar que están arriba, teniendo las mujeres con el cuerpo intervenido, de acuerdo a las características establecidas socialmente busto y cadera amplio, cintura breve,

cabello largo.

El nivel intermedio tiene la función de determinar que hay alguien más abajo y alguien más arriba, no puede existir un abajo y arriba, sin un nivel intermedio que funja como frontera. El nivel más bajo permite entender que hay un deseo por pertenecer, en ese nivel bajo hay pobreza, marginalidad y exclusión y la vía para ascender puede no ser la más sencilla, aunque pareciera que lo es.

Mireya: "llegaron por ellas y ¡vámonos!... la treparon a la camioneta y se la llevaron a la sierra como dos semanas, ya nada más la dejaban conectarte al face (book) para decirle a su mamá no pues estoy bien, este, si me van a bajar."

Pero resulta que el precio por el ascenso está velado detrás de un capital simbólico que los narcos manifiestan a través de una supuesta "elección" de la mujer más bella, pero lo que en realidad está en juego es una violencia simbólica en donde las mujeres entregan su libertad a cambio del éxito en el campo del narcotráfico.

En ese mismo sentido, otras mujeres experimentan la violencia simbólica a cambio de un supuesto bienestar económico y viven encerradas en sus propios castillos que el príncipe les construyó.

Victoria: "...Pero era su vida en su casa, con su bebé, hasta alguien que le hiciera la limpieza y quien le cuidara su bebé, uno lo mira chilo porque uno mira una casa muy bonita, mira el carro... vivían tres personas ahí, era una casa enorme, y le digo "tienes todo, lo que tal vez yo pudiera pedir, que yo deseé..." pero en realidad no tiene nada porque... dice "¡Ey, ¿Qué van hacer? No pues que me voy al antro, que me voy a la fiesta"... "no pues no puedo ir", o que mi otra amiga y yo nos vamos al antro... o que nos vamos a comer... pero ella dice "no pues mejor vénganse a la casa y aquí comemos y hacemos algo".... Porque desde que estábamos en la secundaria era de fiestas bien y todo... pero se casó y se le acabó todo..."

En este tipo de escenas, el hombre ejerce el poder simbólico sobre la mujer, a cambio de una supuesta vida de estabilidad, se ofrece en cambio la supuesta autonomía sobre la cual precisamente versaban las primeras aspiraciones.

JV: "Entonces creen que todo es glamour, viajes, dinero, dólares, ropa, camionetas de lujo, pero no asumen que va implícito el peligro inminente."

Así el poder y la violencia están netamente asociados, por un lado la creencia sobre un estilo de vida rodeado de belleza, riqueza y poder, por el otro la violencia que se experimenta a cambio de ese estilo de vida.

Llegar hasta el nivel más alto implica, por lo tanto, acceder a esas cosas deseables: un mejor estilo de vida, una casa más amplia, un coche lujoso pero implica el sacrificio de la libertad y hasta la vida. Hay una seducción hacia una vida con una mayor escala social, pero que implica amenaza, al menos, de la libertad de decisión, porque ahora hay que ocultar todos los detalles de una vida ilegal.

Victoria: “Un niño tiene (mi amiga)... está en Guadalajara, de hecho, acaba de bautizar al niño, pero estuvo ella, el esposo, el niño, las abuelas y ya. Y mi amiga tuvo la oportunidad de ir a Guadalajara, y me dice “rentaron un restaurant para la fiesta” pero ella pensó que iba a ir más gente, pero estaba solo... hizo un pastelote, muy bonito todo, pero solo. Porque no tiene más gente, no tiene nadie. Pues sus amigos estaban aquí, sus primos su familia, todos... pero pues fue allá en Guadalajara.”

Aun así, hay mujeres que estarían dispuestas a sacrificarse por el “destello” que implica la vida del narco, la narcocultura y las prácticas de poder que implica ese estilo de vida.

“Kate: Mmmm... yo no les creo...Por que luego ten embaucan con todo lo que te dan y luego no te dejan salir ¿Qué chiste tiene?”

Entrevistadora: Con todo y eso... ¿Tú dices que sí aceptarías en un momento dado una relación así?

Victoria: Me llama la atención... sí. O sea, que llegara ahorita, y me llama la atención... le diría “sí me voy contigo”...

Entrevistadora: ¿Aunque perdieras tu libertad?

Victoria: Sí... es que yo no soy de las que piensa en casarse y vivir con maridos así... pero no sé, igual cuando ya se presente así... pues sí lo pensaría, lo pensaría 10 veces...

Entrevistadora: O sea... pero ¿Por qué razones dices tu sí?

Victoria: Pienso que sí, porque siempre me ha llamado mucho la atención todo eso del narcotráfico y todo... o sea, sí... veo una serie y me clavo, porque admiro a mujeres y digo... “si yo estuviera ahí” ¡ay, no! me clavo demasiado...”

Vemos entonces, cómo no sólo el narcotráfico sino los productos televisivos, y culturales, juegan un papel que refuerza las prácticas de violencia simbólica en el campo del narcotráfico como algo admirable, deseable y a lo que se puede acceder estando dentro de una red social que permita este avance.

Los medios como institución también promueven, generan y refuerzan estos valores asociados al narcotráfico, la mujer bella y poderosa, el hombre feo y rico que le permite ascender socialmente a cambio de su cuerpo estéticamente ideal, supuestos que en realidad sólo obstruyen en la comprensión de la violencia simbólica como herramienta de control al interior del narcotráfico, del cual algunas mujeres resultan presas.

Y no sólo al momento de vincularse con un narcotraficante, sino en el momento de involucrarse con el narcotráfico en general. También la familia y las amistades juegan un papel central en este tipo de supuestos que generan ciertas expectativas en estas mujeres.

Kate: “Entonces yo todavía estaba en la estética... pero estaba asustada, veía carros y me asustaba... si de por sí en la colonia donde estaba la estética era de puros mafiosos. Ahí nos tocaba, llegaban puros clientes hombres y me decían... “baja la cortina”... y ya la bajaba, pero ¿tú que sabías a qué iban esos hombres... a la estética? O por ejemplo, llegaban y dejaban la camioneta a una cuadra... podrían llegar y... o llegaban y se quitaban la pistola y la ponían enfrente... y uno “normal” uno “fresco”... porque no podías decir nada... no podías decir “oye no saques tu pistola aquí...” pues nooo. Ya estaba bien enredada yo... pero llego un día que dije “¡No, hasta aquí o me van a matar!”... era cuando andaban matando a muchísima gente... y en eso me acordé de todo lo que me decía mi mamá “déjate de amistades, déjate de cosas...” y dije “bueno ya, hasta aquí”. Y en eso un hermana de ellas me tiraba el rollo, y... estaba guapísimo y todo, pero estaba bien grande... yo tenía 16... y él decía que tenía 26, pero mentiras, yo lo miraba de 35, pero sus hermanas “tapaderas” me decían que no... y no me dejaban ir, y no me dejaban y no me dejaban... pero yo sí me quise alejar de ellas, y fue que cerraron la estética, y dije “bueno, ya me zafé de aquí, ya la libré”, pero no, mis amigas me seguían buscando, y me decían “ándale vámonos... y anímate vámonos” y yo les decía “nombre, es que ya no puedo” y me decían “ándale, pide permiso” ...”

En este caso las amistades juegan un papel importante para que una persona decida involucrarse, las amigas juegan un papel que refuerza el poder del narcotraficante y las relaciona dentro de ese círculo, y más que eso, de alguna manera se convierten esas mismas amistades en reclutadoras para el narcotráfico.

Incluso, la mamá (narca) de esas amigas funge como “reclutadora” animándola a que continúe en el campo del narcotráfico, a través de prácticas de un falso empoderamiento. Lo cual complejiza aún más la situación, no sólo son las amigas por sí solas las que convencen a Kate, sino las amistades que también tienen un rol y un nivel en la estructura del narco y que funcionan

como reclutadoras en todo el sentido de la palabra.

Kate: “y me dijo Doña Toña: “hija, ya me voy a ir”, y mi amiga le dijo “mamá ¿pero quien me va cuidar mientras estoy así?”... y la señora le dijo: “Pues Kate hija, Kate es la única que sabe de todo el rollo”... entonces yo dije: “¡wow, confía en mí!” y me dio “pa’rriba”... dije “de aquí soy”, dije “yo sé que tengo el respaldo de la señora, sé que ella me cuida, por que me daba mis consejitos muy bonitos y yo dije “no, pues con eso la hago” y ya de ahí para adelante, seguí, me animé, y ya... y cada que a mí me ofrecían un trabajo, yo le hablaba a la señora y le decía “oiga mire, es que esto y lo otro, de esta persona y me quiere con esto, ¿qué tanto dinero?”... y así ¿no?, y ya, así ¿no? Empecé a traer carro y más carros y más carros... y me los llevaba a mi casa, imagínate a todos mis vecinos “¿con qué mafioso andará? ¿Qué andará haciendo? ¿Amante de quién será?”...”

La mujer narco (Doña Toña), en realidad, lo que está haciendo tras el discurso de que Kate “cuidará” de sus hijas, es entregarle un poder para retenerla dentro de las filas del narcotráfico, de esta manera le impone la narca un halo de bondad a su reclutada, que va oculto bajo una tentación salvífica que en realidad es la más dulce, sutil y maternal forma de violencia.

Estas redes de relaciones íntimas y cercanas configuran un terreno fértil para que la cultura del narco se vaya instalando, tan sutil como violentamente. Y muchas veces no son los hombres, sino las mismas mujeres las que se encargan de este papel de reclutamiento:

Mireya: “y me compró casa, y me amuebló, y todo, y es que su mamá siempre me decía es que tu no te preocupes si se quieren ir a Guadalajara pues se van y el allá te paga la universidad... sí, o sea de esa señora la verdad era muy linda conmigo, era muy buena suegra y todo lo que tú quieras ¿no?, pero sí era como una vida muy diferente yo tenía ¿qué te gusta? quince años, apenas ni cumplía los nada y ya la señora con esto...”

Pareciera que el narco se muestra tras un rostro femenino, materno, comprensivo, solidario.

JV: “tú puedes decir es una, es una cacique, es una narca... es una persona, es madre, es hermana, es abuela, es mujer, es un ser humano.”

Y es que así se va enraizando el narcotráfico, porque traspasa las más íntimas fibras humanas. ¿Quién puede desconfiar de la madre, de la abuela, del ser humano? El narco ha tejido sus raíces en un valor central el de la solidaridad familiar.

Pero curiosamente los oponentes a la cultura narco y las relaciones sociales que ésta produce, resultan al mismo tiempo, la familia y los amigos, juegan este doble papel de ayudante en unos casos, pero de oponentes cuando se trata de estrategias de seguridad para sus hijos. La figura materna, una vez más, aparece como figura central en las relaciones de estas mujeres y también aparece como la oponente más recurrente, como una leona que pareciera estar al acecho de los peligros de su cachorro.

Kate: “¡Jajaja! Le dije “Ay amá... si yo tuviera 30 o 31(años) y todavía no tengo hijos, ahora sí, a lo que sea me voy a animar, me voy hacer mafiosa, y si me meten a la cárcel ni modo... ya no voy a estar sola” le digo, pero me dice “Katy, no digas eso, ¿por qué dices esas cosas?” Y le digo: “mamá pues es que quiero ser madre soltera”... y me dice: “estás loca, te va hacer falta el papá”... “pero mamá ya son otros tiempos, tranquilízate”, pero la verdad, “inconscientemente” mi mente lo piensa ¿no?”

Las mismas mujeres, se detienen cuando anticipan que la figura materna no compartiría alguna de sus decisiones, acciones, valoraciones.

Victoria: “porque he hecho cosas que nunca imaginé que podía llegar a hacer... siempre en mi cabeza está mi mami, o sea... mi mami, por ejemplo, que si nos van a llevar a Barandillas, por un retén o algo... “¡uy, mi mami!”

La “mami” es lo más cercano, íntimo, familiar, primordial y por lo tanto, aquello que hay que cuidar y con la cual estar de acuerdo en los valores más profundos. La mami es la “teta”, lo que está más cerca de nosotros mismos, instalado en los más recónditos resquicios de la mente.

La figura materna, resulta así, la primera figura de control social, la que impone reglas de conducta, valores, visiones, formas de actuar y de comportarse, las acciones que una hija deberá seguir, para estar “a salvo” de los posibles riesgos del narcotráfico. Ignorar que esta figura existe de manera central para las mujeres del narcotráfico, sería negar toda una cultura sumamente orientada por la figura materna.

Pero no sólo la madre es un personaje fundamental en la historia de la mujer vinculada al narco, también aparece de manera importante la figura del padre, como figura de control y como parte de las estrategias en contra de los riesgos inherentes del narcotráfico.

Mireya: “entonces mi papá pues por su negocio me dice un día: ¿sabes qué?... te me vas a Guadalajara, porque fulanito... que a éste ya lo traen, y a ti también... ya te traen, así es de que te me pelas porque o te matan... o sea o te vas o te matan, y ya y me dijo...

No pues mi papá se moría cada que... obviamente mi papá pues que me decía no puedes

obligar a un hijo tonto, entonces lo que él hizo fue, pues, me encargó con varios contactos, y me dijo: ¿sabes qué? pues ahí te encargo a la Mireya, pues porque anda con este pendejo y así era como, pues la verdad si me salvé porque o sea en el tiempo en el que anduvimos muchos de así de la bola en la cárcel, los mataron, sobredosis, o sea se estafaban y se mataban.”

Si la madre es lo íntimo y recóndito, el padre es la acción, la fuerza que mueve a la hija para alejarse o permanecer en una determinada red social. La cultura del narco, incluso, puede heredarse desde la misma familia, ellos también pueden influir en los gustos culturales, las formas de vestimenta, las preferencias musicales, etc.

Victoria: “Mi papá reacciona de forma diferente cuando escucho narcocorridos en el estéreo, me dice “¿de quién es ese corrido?... a ver, regrésale...”, y se queda escuchando, y me dice: “yo escucho que dicen un montón de cosas de ellos, de los narcos y nada que ver con lo que nosotros vemos aquí, dice que todo lo que dicen es mentira. Me dice: “a ver ponte otro corrido, a ver regrésale aquí... no que lo que dicen de fulano no es así, son mentiras”...”

El padre es el que permite ingresar a terrenos de idealización de la figura femenina en contraste con la masculina, el que coloca los elementos de identificación con el sexo opuesto.

Victoria: “Por ejemplo, cuando esta la feria ganadera, vamos a los puestos, yo soy bien rancherona ¿no? Y nos ponemos “mira estas botas... ¡mira estas están bien perras!” Y mi mamá sacadísima de onda ¿no? Y hasta sombreros... mi papá me vestía... ¡tengo fotos donde mi papá me vestía con botas! Las botas que había comprado para el hijo que iba a tener, y doy igualita a él, así, ceja... velluda de más ¡jajaja!”

Aunque en menor medida, la figura de los hermanos, también funciona como recordatorio de riesgo y temor ante la posible violencia, ocasionada por las acciones o las decisiones de estas mujeres.

Kate: “Pero si me dio miedo por mis papás y mis hermanos, y dije... en qué ando metiendo a mi familia... por andar de buena gente... por andar ayudando a mi amiga, en cosas que ella se enredó pues, y donde yo no tengo nada que ver... pero sí... sí me da miedo por mis papás...”

Vemos así, que efectivamente, en el círculo de relación de las mujeres vinculadas al narcotráfico con su objeto de deseo que es el poder y el aumento en la escala social, la posibilidad

de tener mayor riqueza, mayor capacidad de decisión. Hay un donador claro, que son todas las condiciones dadas por la cultura, un destinatario que son ellas mismas y su relación social, que tienen un objeto de deseo al cual llegar vía un cuerpo intervenible o intervenido, dependiendo el caso, el capital económico, etc., que para llegar a ello necesitan de una red de relaciones: amistades, familiares, la misma cultura, pero que al final de cuentas implica un costo, la violencia, la falta de libertad, el riesgo de sus seres queridos y de ellas mismas.

El problema social del narcotráfico, como vemos, poco a poco se va enraizando en lo más íntimo y personal de las prácticas sociales y culturales, de los amigos, de las familias, uno confía en esa red íntima de relaciones. Por eso, este problema traspasa la violencia directa, porque para llegar a ello, ya pasó por todo un proceso de legitimación en la parte más fina del tejido social.

Un narco puede traicionar, matar, desfigurar... pero mi mejor amiga, su familia, mi propia familia nunca lo hará. Entonces, el esquema narco se reproduce en el corazón, en el seno íntimo de lo familiar, es allí donde se instala, donde habita latente y silencioso.

La narcocultura toca fibras íntimas, va caminando silenciosa bajo la forma de una novela de moda, bajo un corrido de un hombre poderoso con muchas mujeres, creando emociones y sensaciones que parecen familiares, comunes, cotidianas. Y lo son, porque el narco comienza como una forma de vida, como una práctica común en el campo: la agricultura, la pasión por la tierra, el gusto por cierto tipo de vestimenta, esas cosas comunes y cotidianas parecen ser la otra cara de la muerte, los desmembrados, los acaecidos, por eso es tan difícil de vencerlo porque toca lo más profundo del ser, la infancia, la juventud, la familia, los amigos.

Y no es la única cultura que lo hace, el problema es cuando estos brazos casi maternos, de cuna, se convierten en una voraz máquina de violencia, porque también toca las más profundas emociones la autodefensa, la ambición, el poder, el deseo, la traición.

CAPITULO IV. Género, violencia e identidad como elementos constitutivos del cuerpo de la mujer vinculada al narco.

Hasta ahora, hemos explorado cómo se conforman las aspiraciones de la mujer vinculada al narcotráfico desde la perspectiva social. Sin embargo, dichas aspiraciones se comienzan a gestar desde distintos escenarios: las relaciones entre género, las relaciones entre el mismo género, pero también desde la vinculación directa de la mujer en el narcotráfico, es decir, si es “puchadora”¹⁶, “burrera”¹⁷, “buchona”¹⁸, “dolarera”¹⁹, esposas, madres, hijas, amigas, etc., dentro del esquema del narcotráfico.

La apuesta de este capítulo, es analizar si, efectivamente, en el narcotráfico se genera una identidad de género asociada a la violencia y expresada a través del cuerpo de estas mujeres.

Primero, se analiza la interacción entre hombres y mujeres, y la forma en que la violencia simbólica va generando en la mujer una cierta aceptación de los cánones corporales y sociales exigidos por el hombre narco, a los cuales se tiene que ceñir y adaptar, para que al final esos esquemas resulten poco valorados en la realidad.

En segundo lugar, nos adentraremos en comprender cómo es que las mismas mujeres también refuerzan una identidad femenina de la mujer del narco desde distintas esferas como la familia o las amistades.

Y, finalmente, exploraremos cómo es que estas mujeres se van vinculando al narcotráfico desde lo laboral, lo personal o lo social, desembocando en un proyecto de vida que las empuja a situaciones de violencia a cambio de su participación en el narco.

La relación entre hombre-mujer en el narcotráfico: la violencia simbólica y de género.

El cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico no podría concebirse sin una relación directa entre los deseos masculinos y los deseos femeninos. El cuerpo de la mujer, si bien es resultado de muchos factores sociales como la condición económica y social, también es resultado de la relación directa con el hombre narcotraficante.

¹⁶ Mujeres narcomenudistas

¹⁷ Mujeres que trasladan droga en proporciones pequeñas o medianas

¹⁸ Mujeres asociadas sentimental y sexualmente a un narcotraficante

¹⁹ Mujeres que intercambian dólares y pesos a los narcotraficantes

Como ya se había abordado en la historia del cuerpo, el género femenino está directamente vinculado a ciertas etimologías como la *mater* y la *matriz* (o el útero), asociado a la reproducción casi como único aspecto fundamental de lo femenino (Butler, 2002: 58). El problema es que ese cuerpo reproductor, es reproductor para alguien, en este caso, para el hombre que desea mantenerse como líder, como figura principal en una sociedad y el caso del narco no es una excepción.

Es muy importante entender lo que dice Butler (2002) al respecto, ya que género y cuerpo están necesariamente ligados, aun cuando el cuerpo fuera transformado intencionalmente, el género, no sólo masculino y femenino, sino con toda su gama de intermediaciones, es y se configura gracias al cuerpo.

Por lo tanto, los deseos del hombre impactan en la configuración del cuerpo y, al final esos deseos, se asumen como legítimos, comienza a actuar la violencia simbólica que Bourdieu plantea. Es en ese preciso momento cuando una mujer reconoce como algo aceptable la proposición del hombre narco, un cuerpo lleno de curvas que le permita sostener que el hombre de más alto rango, tiene a la mujer con pechos y caderas más amplias y con una cintura más breve, ergo, la “mejor vieja”, con el objetivo particular hacer alarde de la riqueza y poder obtenido por medio de la ilegalidad.

Pero se habla de violencia simbólica, porque la mujer acepta no sólo ese cuerpo demandado, sino que le parece deseable la posibilidad de alcanzar un cuerpo “ideal” que le permita demostrar que es ella esa mujer deseada, “ser la mejor vieja” ¿Para qué? Para aumentar en el nivel socio-económico que el hombre le puede proveer, ese cuerpo es un valor de cambio.

Por lo tanto, el cuerpo es susceptible de transformación, puede adaptarse a esas condiciones y a esas demandas específicas. Como apunta Butler (1998:297):

“En este sentido, el género no es, de ninguna manera, una identidad estable: tampoco es el *locus* operativo de donde procederían los diferentes actos: más bien es una identidad débilmente constituida en el tiempo: una identidad instituida por una repetición estilizada de actos. Más aún, el género, al ser instituido por la estilización del cuerpo, debe ser entendido como la manera mundana en que los gestos corporales, los movimientos y las normas de todo tipo, constituyen la ilusión de un yo generizado permanente”.

Ciertamente el género estaría constituido con el tiempo, el tiempo que posiblemente tarde en transformar mi apariencia física para obtener un estilo ideal que me permitirá desarrollarme en determinadas condiciones sociales. Sin embargo, habrá que poner distancia

con la apuesta de Butler en el sentido de que se genera una identidad débilmente constituida, por el contrario, en las mujeres del narco esa identidad es tan compleja, pero tan fácilmente identificable, que no sólo las personas externas pueden reconocer a una “buchona”, sino que les permite reconocerse entre ellas y generar una identidad grupal, o lo que Bourdieu llama una solidaridad grupal, para ser más precisos, en el narco generaría identidad solidaria.

Estas hipótesis, tienen una base en las prácticas cotidianas de las mujeres del narcotráfico, cuando aluden a una forma de portar el cuerpo frente al hombre.

Kate: “Pues mira... íbamos las más guapas (al COBAES)²⁰... ¡jajaja! Lo que pasa es que... como se daba mucho que iban ahí los hijos de narcos, pues se daba lo de: “vamos a dar la vuelta para allá” entonces, así, las muchachas como que se volaban... por ejemplo, mi amiga y yo, nos salíamos un ratito a platicar y como tenía muy mala fama de que se llevaban a las muchachas (los narcos)... pero bueno, había otras que se subían (a las camionetas de los narcos)... me tocó ver una que otra que se subía sola... y ya...(se iban con ellos)”

Esta frase implica que, efectivamente la identidad femenina de las mujeres vinculadas al narcotráfico se construye, con base en la aspiración de contar con los requisitos para llamar la atención de un narco y “subir” no sólo en el sentido de subir(se) si no de escalar socialmente y diferenciarse de otras mujeres, que sólo se quedan esperando la oportunidad.

La frase narra una situación donde el hombre llega en su camioneta a una escuela, buscando mujeres a quienes pueda “subir”. Por su parte, las mujeres están esperando afuera de la escuela el momento para mostrarse y puedan ser elegidas. Es un momento donde se producen una gran cantidad de elementos que generan sentido social.

La mujer intenta mostrar unas prácticas corporales que le permitan ser reconocida como un cuerpo deseable, con un aspecto físico que les permita identificarse como disponible: “se subía sola”, es decir, es la misma mujer quien consentidamente accede a representar un estilo aparentemente ideal que atraiga al hombre. El hombre, por su parte, decide entre un conjunto de mujeres, aquella en la cual reconoce unas prácticas corporales, ademanes, vestimenta, forma de portar el cuerpo que están incorporadas tanto en la mujer como en el hombre, y que representan el *habitus* de la mujer del narco.

Victoria: ¡Ay, sí! Los hombres son bien fijados nomás.

²⁰ Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa (COBAES).

El que los hombres sean fijados, implica, precisamente, ese reconocimiento de la *hexis* femenina, parece que el hombre ya sabe qué esperar del cuerpo femenino y, sobre todo, qué exigir de un cuerpo femenino.

Ellos saben a quién se deben llevar de ese conjunto de mujeres, puestas a las afueras de una escuela y que, como en un menú, se pueden seleccionar de acuerdo a las características del género narcofemenino. El cuerpo funge, a su vez, como valor de cambio y también como autoafirmación de género.

De hecho, en mi tesis anterior (Mata, 2012) hay un elemento que muestra en las páginas de buchonas en Facebook, cómo los distintos enlaces Buchonas de Sinaloa, las Plehebitas Buchonas, Shikas con porte de buchifresas parecieran un catálogo, un menú de mujeres hechas a la medida. Aquí algunas de las fotografías de esas mujeres:

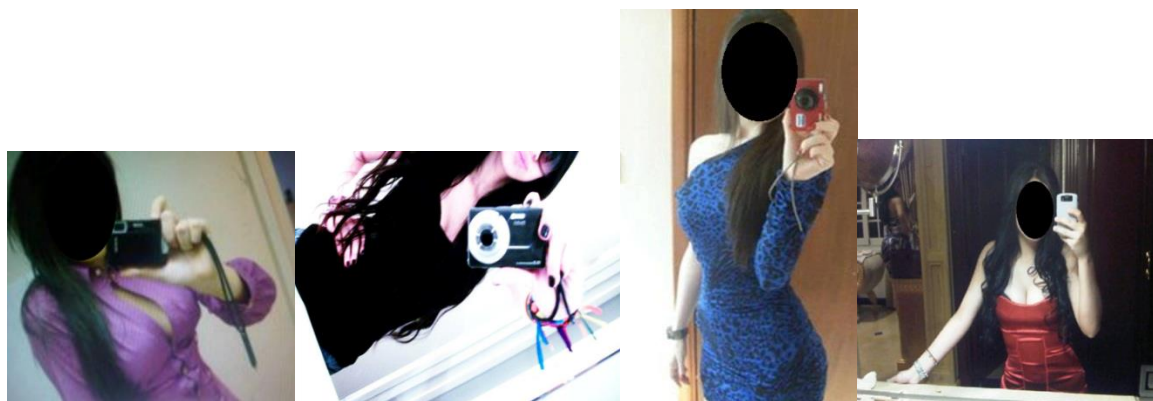


Imagen 2. Las Buchonas de Sinaloa. Imagen 3. Shikas con porte de Buchifresas S.A. de C.V. Imagen 4. Buchonas de Sinaloa. Imagen 5. Buchonas de Sinaloa.

Aunque son distintas mujeres, pareciera que es la misma persona, el sitio muestra mujeres con figuras corporales casi idénticas, sin ver el rostro uno podría incluso pensar que es la misma mujer en todas las fotografías, un cuerpo hecho con un molde idéntico. Cada vez que uno da vuelta a la página pareciera un catálogo no sólo de ropa, sino maniqués que pueden ser elegidos por los hombres de acuerdo a sus gustos personales. Las mujeres también comentan sobre el aspecto físico de las mujeres reforzando la idea de un cuerpo “idóneo”, “deseable”, con aspectos muy similares caderas amplias, busto con cirugía, etc.

La imagen del cuerpo de las mujeres que aparecen en las fotografías del grupo de FB: “Buchonas de Sinaloa” es claramente un cuerpo enmarcado por cirugías estéticas en busto, cadera, y abdomen. También los rostros aparecen con algunas modificaciones sobre todo aumento del tamaño de los labios y, en algunos casos, modificaciones en pómulos y nariz.

En las imágenes se resalta más el *derrière* que el busto, es decir, aparecen los vestidos cortos acentuando la cadera, perfiles sobresaltando esta parte del cuerpo. También aparecen escotes, acentuando el busto, pero en menos ocasiones que la descripción antes mencionada sobre la cadera.

Aparecen rostros muy cargados de maquillaje (aunque no se muestran rostros en esta investigación). El maquillaje en la mayoría de los casos es dramático, utilizando colores negro, café, marinos profundos, combinados con colores dorados, nácar, rojos en su mayoría. Sin embargo, no aparecen rostros supermaquillados, sino combinados y aunque dramáticos, no hay colores tan contrastados como podría suponerse.



Imágenes 6,7,8,9. Buchonas de Sinaloa.

Las manos aparecen con uñas cortas, en la mayoría de las veces pintadas de diversos colores, con grabados, rojas, pero lejano del imaginario sobre las uñas largas, incrustadas con alguna clase de piedras.

Los hombres en repetidas ocasiones hacen comentarios a la belleza del cuerpo de las mujeres sobre las cuales se publican fotografías en esa página. Para ello, las fotografías en bikini también son importantes, porque permiten ver en toda su extensión el cuerpo femenino, claramente modificado.



Imagen 10.
Buchonas de Sinaloa



Imagen 11.
Buchonas de Sinaloa.



Imagen 12.
Buchonas de Sinaloa.



Imagen 13.
Página Informante.

De esta forma, hermosos cuerpos transitan sin enlodarse ni por un momento, el cuerpo que no es para vivir, sino para mostrar (Buchonas de Sinaloa), algunos cuerpos sí se enlodan, se mojan, transgreden (Shikas con porte de Buchifresas S.A. de C.V.) pero de igual manera quedan intactos, como si las huellas de la vida no quedaran, sólo quedara la belleza, estética sublime de la mujer narco.

Además, en el sitio de Buchonas de Sinaloa, en realidad, parece pertenecer a un hombre quien contesta y elogia los comentarios de otros hombres sobre la belleza física de estas mujeres puestas en el catálogo de los deseos masculinos. Siendo perspicaces, podríamos pensar en un hombre proxeneta mostrando mujeres en un burdel virtual.

Incluso, en la misma familia entre padres e hijas, pueden existir discursos de reforzamiento de lo que es correcto entre las mujeres del narco, siguiendo el esquema presentado en el capítulo anterior, los padres podrían ser ayudantes en el momento de reafirmar la idea de un objeto de deseo, de cuerpo ideal, y no sólo de cuerpo sino de conductas, valores, normas asociadas a una identidad ideal de mujer narco.

Victoria: "...por ejemplo, la de la "Reina del Sur" bien picada, y mi papá... ¡no!, a él encanta también y los dos picados en la tele, y los dos viéndola, jajaja..."

Para Victoria el papel paterno juega un papel principal como vinculación directa al narcotráfico. Es su padre quien funge como ayudante para que ella cultive esas aspiraciones, porque ambos disfrutan de la narcocultura en general: los corridos, la vestimenta, los ranchos, la marihuana, esos elementos que van configurando unas prácticas sociales vinculadas al narcotráfico.

Victoria: “Y es que “ah, mira...”... cuando fuimos al rancho, yo no conocía ni la marihuana, ni nada y él sí... “mira, ven para que mires..,” O sea, está bien pues. Y obvio, me gustaba. Me platicaba cosas del rancho, de antes, y ahora. Hace poco, ya hubo problemas y todo, y ya no se puede ir al rancho, entonces se pone a platicarme, y me tiene sentada horas platicándome y yo opinando y si sale algo en la tele algún tema relacionado, pues nos ponemos a platicar, y hay plática cerrada sólo entre los dos, ¡mi mamá no!... y le dice: “tú estás loco, por eso está así, porque tú le platicas”...”

El padre cumple la función de reforzar esos estereotipos con los que Victoria valora las posibilidades de relacionarse con el narcotráfico, se convierte en algo normal pertenecer o practicar la narcocultura porque traspasa momentos de la vida cotidiana, la convivencia familiar, las conversaciones entre padre e hija, el consumo de medios, generando así una valoración positiva sobre el narcotráfico, en general.

Pero no sólo el padre interviene en este tipo de concepciones de feminidad narco, sino que las mismas mujeres que comparten estas prácticas sociales muy reconocibles, quienes encuentran un elemento atractivo en auto-representarse como mujeres del narco, porque eso les genera una sensación de poder.

Victoria: “Y ahora, ¡ya!, así de que: “ay, que me gustas y no sé qué...” muchachos que me tiraban el rollo, pues me sentía así... importante ¿no? Y, pues, sí me clavé en su momento, pensé “no voy a encontrar a alguien más”.

Para poder alcanzar esta incorporación de ideal femenino y para reconocerlo como legítimo, suceden una serie de factores que refuerzan esa idea de género y no otra. Frente a lo masculino, el “sentirse importante” promueve el interés por continuar con un modelo o idea de lo femenino en particular, incluso, si ese modelo implica ciertas prácticas violentas: “no voy a encontrar a alguien más”, porque eso que se representa con el cuerpo, es valorado (aparentemente) por otro, un “otro” masculino. En este sentido Bourdieu sostiene:

“Este atajo a través de una tradición exótica es indispensable para quebrar la relación de engañosa familiaridad que nos ligó a nuestra propia tradición. Las apariencias biológicas y los efectos indudablemente reales que ha producido, en los cuerpos y en las mentes, un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer aparecer una construcción social naturalizada (los «géneros» en cuanto que hábitos sexuados) como el fundamento natural de la división arbitraria que está en el principio tanto de la realidad

como de la representación de la realidad que se impone a veces a la propia investigación” (Bourdieu, 1998).

Bourdieu tiene razón al sostener que estas relaciones por demás engañosas, en complicidad, y violentas resultan claramente naturales, casi como parte común de la vida cotidiana.

Victoria: “O sea, vas al antro y dices: “me voy a poner bonita para conocer un muchacho”...”

La vida cotidiana es el espacio para encontrar aquello que se busca en un hombre y para realizar un performance que permita una autorepresentación de lo que se piensa de una mujer en ese contexto. La vida cotidiana es el antro, son las fiestas, la escuela. Lo normal y cotidiano es mostrarse en un performance donde ambos géneros se identifican e identifican lo esperado de una relación de pareja: la mujer bonita, el hombre mafioso.

El problema surge, justamente, cuando se normalizan estas conductas, que generan estereotipos y estigmas, que se refuerzan entre géneros y desde el mismo género.

Aquí comienza el conflicto de identidad de género vinculado a la violencia, lo normal es relacionarse con un mafioso, con alguien poco preparado, lo extraño es encontrarse a un hombre que no sea mafioso, a los no mafiosos se encuentran casi con lupa. Es una situación donde resulta más sencillo, cotidiano y natural relacionarse con algún narco que con otro tipo de hombres, a los cuales resulta más difícil acceder.

Kate: “No... no... porque... no. Como dice mi amiga... “uno es tan tonta, que...” mira, el novio de mi amiga es “cosa grande”, él sí es “cosa grande”, entonces... ¡su novio está loco... es un psicópata!... a mí la verdad sí... es de esa gente enferma, loca...”

Lo central de esta relación es que, por lo general, la cuestión de género está directamente relacionada a la violencia. Aun cuando se espera que el hombre valorara aquellos atributos o cualidades que le hicieron elegir a una mujer como acompañante sentimental, la violencia parece hacerse presente en algún momento de la relación.

Kate: “Cuando me ve, que estamos ahí, se le van los ojos por mí... ¡enfrente de ella! (mi amiga) O sea, que ni siquiera la respeta, pero ella sigue ahí... y tan guapa que está... está operada...”

“Está operada”, es decir, que esta mujer se ciñó a los cánones esperados por el hombre, el haberse operado, como ya se había mencionado antes, implica toda una inversión física, social y cultural, una inversión de todos los capitales al alcance en aras de un estilo de vida que se transforma. “Ni siquiera la respeta” aun cuando era de esperarse que su relación se fortaleciera a través de la transformación física experimentada por la mujer.

De hecho, según los datos del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) sólo el 20% de las mujeres solteras denunció algún abuso por parte de su pareja, mientras que el 45 % de las mujeres unidas a una pareja denunciaron algún tipo de violencia, ya sea verbal, psicológica o física. Podríamos inferir, entonces, que efectivamente sucede el fenómeno de atracción en el inicio de la relación y conforme el vínculo se va haciendo más profundo, la relación entre géneros se convierte en una amenaza contra la integridad física y moral de la mujer. Al respecto Bourdieu, anota lo siguiente:

“Y siempre he visto en la dominación masculina, y en la manera como se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica, consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y el conocimiento o más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.” (Bourdieu, 1998: 24).

Inclusive, en los estudios del INEGI de los años 2009, 2010 y 2011 se muestra claramente cómo la muerte en mujeres entre 15 y 24 años, en el Estado de Sinaloa, se produjo principalmente, a causa de la violencia y las agresiones físicas, aumentando casi en un 15% el número total de mujeres muertas por homicidio entre esos años.

En Jalisco, la cuestión no es distinta, siendo la muerte por agresión la segunda causa de muerte más común en mujeres entre 15 y 24 años, después de los accidentes automovilísticos y, los homicidios, aumentaron en un 6% entre 2009 y 2011.

Por eso, Crettiez (2006) no miente cuando asegura: “Al final, un tercer enfoque pretende dar a conocer la manera en que las sociedades en conflicto eventualmente desarrollan la violencia como parte de su propio fondo cultural. Podríamos hablar de la incursión de la violencia en el mundo del nacionalismo como necesariamente poco a poco se vive, físicamente y moralmente, a través de referentes sobre actos violentos. Se convierte así, la violencia, en el espacio de la calle (murales frescos) en el de las mentalidades (aculturación violenta, el rechazo nacionalista de otros estilos) y, gradualmente, en el espacio de violencia naturalizada.”

La violencia se comienza a entender como algo natural, inherente de la relación entre géneros y como algo identitario, algo que se conforma como parte integral entre todas las mujeres del narco.

Es decir, que la violencia, la identidad y el género de las mujeres en el narcotráfico están directamente relacionados en las mujeres del narco, como algo casi ontológico, como características fundamentales que las constituyen y con las cuales se les reconoce socialmente.

Comienza a gestarse una naturalización de la violencia, es decir, que tanto hombres como mujeres comienzan a reconocer como cotidiano, normal, algo que en otro contexto se reconocería como violencia.

JV: “Sí, fue temporal, yo creo que son muchas cosas, una que son tantos años con el narco, una especie de resignación, lo cual no es bueno, yo no digo que la gente se esconda pero sí eso, de acostumbrarse a la violencia, implica que no te espantas, que no te indignas, que no te encabronas y que no protestas, esta convivencia, ese es otro elemento, la convivencia con el narco de que no es de que los narcos aquí, de la plazuela para allá, no, es mi vecino, es lo que te decía hace rato, mi vecino, el papá de los chavitos que van con mi hijo a la escuela, mi compañero de trabajo, mi primo, está en todos lados, como Dios, si es que existe.”

Las mujeres comienzan a vivir esa violencia acostumbrada e incluso a presumir de un hombre poderoso, aunque la violente de manera directa, porque está tan cerca y es tan cotidiana que ya no parece algo fuera de lo común. Los mismos compañeros, los amigos van siendo ayudantes en el momento de conformar la idea de una violencia normalizada, de una identidad violenta en común, de un cuerpo que debe ser violentado como práctica social común.

Por eso, la afirmación de que en las mujeres del narcotráfico la violencia, la identidad, el género y el cuerpo están directamente relacionados y son elementos configurativos comienza a tomar sentido.

La relación entre mujeres en el narcotráfico: Maternidad y Feminidad como elementos de construcción social de identidad.

La identidad femenina no sólo se configura entre géneros opuestos, sino que también va recibiendo una cierta morfología dada por la relaciones del mismo género. Madres, hermanas, amigas, van entregando un código social que permite reconocer y reconocerse.

El reconocerse como género implica una humanización que pareciera alejar por un momento los elementos violentos constitutivos de la mujer del narco, pero que de alguna manera también refuerza ciertos elementos como la maternidad, la feminidad, el ser mujer en toda su totalidad.

Al cruzar estos elementos, se conforma una percepción social de lo que es o debería ser una mujer vinculada al narcotráfico. La consciencia solidaria de la mujer narco, no es una configuración al azar, sino que se constituye desde la familia, las amistades y las expectativas que ellas generan de una mujer.

La construcción de la identidad femenina de la mujer del narcotráfico se gesta desde las fibras más íntimas de la propia persona, a partir de lo que la misma familia le indica como bueno, tolerable, deseable, en la mayoría de los casos es la madre quien propone ciertos patrones o ideas a los cuales una joven debe apegarse para conseguir un identidad femenina.

Las amistades también juegan un papel importante en lo que se refiere a esta identidad femenina, pues colocan ciertos patrones estéticos y culturales, a partir de ciertas creencias sociales de lo que se considera como atractivo en una mujer, en este caso de una mujer de entre 15 y 24 años, que vive en Culiacán o en Guadalajara, que convive en un ambiente de la cultura del narcotráfico y que está inserta en un contexto social donde la moda, el cuerpo, la estética son valores fundamentales para el éxito social (Bourdieu: 1977).

El papel materno en la configuración de la mujer del narco

Respecto del primer punto, efectivamente, la madre aparece nombrada 37 veces sólo en el grupo de discusión realizado con las chicas involucradas en el narcotráfico en Culiacán. El asunto es recurrente sobre todo para explicar los factores de control o de censura de madre a hija.

Pero no sólo en lo que a valores se refiere, sino también a las prácticas corporales que una mujer debe tener para resultar una mujer “normal”. Es la madre la que moldea el tipo de vestimenta que debiera ser “correcto”, “aceptable”.

Victoria: “Y es que... por ejemplo mi mamá me dice “¡eres bien extravagante!”, como por ejemplo, tengo unas zapatillas, y tienen así de cebra, con rojo y negro, y están bien altas ¿no?, o unas doradas de puro brillo jah!... pero ella “¡ay no, esas zapatillas no me gustan!”

Victoria, por ejemplo, reconoce en su mamá aquellos aspectos que, de alguna manera, la limitan en el momento de tomar decisiones sobre su estética corporal. “Mi mamá es la que “no

esto... no lo otro” o “Y mi mamá: “¡esas uñas! Se te van a caer”.

La madre a través de ciertos discursos sobre las buenas y malas maneras de vestirse y de comportarse, comienza a moldear una configuración corporal que va impregnando, en ocasiones, ciertos modelos esperados de parte de la hija, aunque en otros momentos, esos modelos figuran como contrastes con las creencias que imponen las amistades o las redes sociales en las cuales se desenvuelven. Por ejemplo:

Victoria: “Hubo una vez que saqué un vestido, y me lo vio mi mamá... iba a ir al antro, y que me lo pongo y me dice: “¿y ese vestido?”, “ah, yo lo compré...” “¿y con qué dinero?” “ah pues estaba ahorrando” nunca hablé de lo que hacía ¿no? Y le dije “ah, entre a un ahorro”.

La importancia que adquiere la madre al momento de obtener recursos para el arreglo personal, resulta fundamental. Empieza un “jaloneo” entre ellas para establecer no sólo los aspectos estéticos deseables, sino la obtención de recursos para obtenerlos. Sabemos que la madre tratará de evitar que la hija obtenga esos recursos de actividades ilícitas relacionadas al narcotráfico.

La identidad personal, se va configurando precisamente, entre lo que las chicas ven en otros espacios sociales y lo que obtienen de la familia, particularmente la madre, marca como algo esperado. Dice Rubiela Arboleda (2002: 232) que: “en términos generales los adolescentes manifiestan que sus familias los aconsejan cuando de presentación personal se trata”, por lo tanto es esperado que estas chicas también reciban asesoría de sus padres, particularmente de la madre que es la primera figura de identificación femenina.

Además reporta Arboleda una mayor incidencia y crítica en los estratos sociales medios, lo cual puede coincidir con el tipo de mujeres entrevistadas, ya que han podido acceder a la Universidad.

Victoria: “Digo “¿yo cómo voy andar así? ¿Y mi familia, mi mamá que dirá? Dirían: “te dimos estudio... ¡para que salieras con esto!” por eso es que se enojan mucho, me dicen “¡vas a ser maestra de kínder y ya estás con tu música fea...! ¡Quiten eso!”

Para estas mujeres y sus familias haber estudiado las coloca en una situación social en donde por ellas mismas, a través del estudio pudieran acceder al éxito social, sin embargo, ante el imperante avance de la narcocultura en todas las esferas sociales las madres tratarán de censurar los gustos por este tipo de prácticas culturales.

Lo que se pone en juego es el capital simbólico que ya han incorporado estas chicas, aquellos elementos, que ya han transitado por una naturalización de un cuerpo ideal para generar un estilo de vida particular. Lo que las madres observan como detalles en la vestimenta, maneras de portar el cuerpo, formas de presentarse socialmente, no están desarticulados al reconocimiento en las hijas de un estilo de vida que ya está asociado al narcotráfico, lo que las madres tratan de evitar es que haya un vínculo entre sus hijas y el narcotráfico.

Sin embargo, hay ocasiones en que la madre tolera ciertas acciones que observan como inadecuadas para sus hijas, con el objetivo de evitar confrontaciones que las empujen de manera directa hacia el estilo de vida narco.

Bea: “Entonces, como mi mamá me ve que estoy haciendo ejercicio y así, pues dice: “¡prefiero... a pagarte una operación!, entonces por eso sí me paga el gimnasio”

Obviamente, el caso de Bea, es distinto al caso de las chicas en Sinaloa, pues su poder adquisitivo dado por su capital económico, le permite tomar este tipo de opciones donde la madre está dispuesta a pagarle gimnasios, a cambio, de que no se practique cirugías estéticas adicionales.

Entonces, el papel de la madre resulta, a veces contradictorio, porque por un lado esperan que sus hijas posean ciertos recursos que les permitan desarrollarse de una manera exitosa, socialmente hablando, pero tratan de evitar, por el otro lado que esos recursos las coloquen en situaciones vulnerables que impliquen un riesgo inminente para la integridad física e incluso moral de las hijas.

Y efectivamente, aunque existe una influencia directa de lo que piensa la madre sobre las representaciones sociales de lo estético-femenino, no siempre hay una relación directa entre lo que espera la madre, con lo que la hija finalmente decide. Incluso, Bea habla de ocultar algún cambio físico a su madre, con el afán de no confrontar las reglas familiares.

Bea: “¡No!, porque cuando yo me empecé a obsesionar por querer operarme, pues... mi mamá nunca me ha apoyado en ninguna cosa que me he hecho, de hecho ni siquiera sabe que me inyecté los labios, ni siquiera sabe que me inyecté las pompis...”

Recordemos que la belleza es una característica inherente de la feminidad, “la belleza se constituye entonces, en parte de la normalidad femenina que se impone a los cuerpos de las mujeres a través de prácticas identificatorias gobernadas por esquemas reguladores” (Muñiz,

2011: 58), y que, incluso, las mismas madres atraviesan por estas problemáticas, las madres también han heredado esos esquemas reguladores que, de alguna manera tratan de imponer ante los apabullantes cambios estéticos y culturales impuestos por la globalización y por la misma cultura narco: dichas transformaciones culturales han sido modificados, volviéndose igualmente exigentes para las mujeres jóvenes como para las adultas.

Sin embargo, existe una disputa entre la concepción del ideal estético materno y el ideal estético filial. Mientras que las expectativas de la madre, buscan un estilo de cuerpo “recatado” y “natural” el de las hijas necesariamente pasa por las demandas sociales para obtener éxito en el terreno social.

Kate: “Era cuando andaban de moda las mentadas “Cheyennes” ¡Uy, me hubieras visto... me quería comer el mundo...! Y mi mamá me decía: “Kate, ¿pero qué andas haciendo?” ... “¡Mamá, son carros de mis amigas!” y le decía... “Mamá, es que ella me paga” ... dentro de lo que yo estaba trabajando en la estética... y no le decía a mi mamá las burradas en las que andaba...”

Este acto de censura, Butler (1998: 304) lo aborda desde la antropología cultural feminista argumentando que:

“...los estudios de parentesco han mostrado cómo las culturas son gobernadas por convenciones que no sólo regulan y garantizan la reproducción, el intercambio y los bienes materiales, sino que también reproducen los vínculos de parentesco que a su vez requieren tabúes y una regulación punitiva de la reproducción para alcanzar sus fines.”

Posiblemente, aunque la madre no influya de manera directa sobre las decisiones estéticas, sí tiene un factor decisivo en las relaciones sociales de las hijas, a través de la censura, el establecimiento de tabúes y de reglas corporales aceptables.

Kate: “y hasta que un día yo le comenté a la muchacha que yo quería hacer eso (traficar), pero no de... “¡ay, no!”, o sea, no estaba 100% segura de que quería hacerlo, porque siempre estaba pensando en mi mamá...”

Incluso, las mismas mujeres comparan el comportamiento de las madres de sus amigas frente a los de sus propias madres.

Victoria: “era de que su mamá llegaba ¿no? Y a nosotros nos daban las 9 o 10 de la mañana (de fiesta), y llegábamos y nos decía “acuéstense ahí en el cuarto”, y nos

acostábamos, y yo sorprendidísima porque yo decía qué esperanza de que mi mamá nos dijera: “ay, sí mijitas, yo me voy a levantar para que se acuesten ustedes” ¡No, ella no haría eso!... O sea, ¡no!”

Justamente, la cita de Victoria refiere un quiebre no sólo en la expresión corporal, sino en las expectativas sexuales entre madres e hijas. Por ejemplo, Amuchástegui (2005: 109) apunta a que gracias a los discursos emergentes por el cambio cultural entre generaciones sobre sexualidad y planificación familiar, las mujeres jóvenes son más libres para expresar su deseo sexual, aunque siguen existiendo ciertos censores que detienen a las mujeres de actuar de manera radicalmente opuesta a lo que sus familias les indican como correcto (Instituto Nacional de las Mujeres, México, 2008: 24).

Pero, ¿qué es lo que hace que existan estas contradicciones? Por un lado como ya se dijo, el quiebre intergeneracional sobre los discursos y prácticas sexuales, y con ello cambios en las estructuras familiares conocidos como tradicionales. Cuando Victoria reconoce y afirma categóricamente que su mamá no consentiría ciertas maneras de comportarse, lo que está descubriendo es que existe una forma de actuar que es distinta a la de su propia familia, y que esa forma, le permite una ruptura de los cánones impuestos en su familia.

Hasta aquí, hemos visto cómo la identidad personal heredada por la familia, y la identidad femenina hasta ahora contrastada sólo con las expectativas familiares tiene un peso en la configuración de la mujer narco, pero resulta, entonces, que comienzan a surgir esos quiebres desde los cuales las mujeres comienzan a separarse y a contrastar los ideales estéticos de la familia contra otros modelos que surgen en su red de relaciones sociales.

El papel de las amistades en la configuración del ideal estético de la mujer del narco

En el terreno de las relaciones sociales con otros se empieza a gestar la ruptura con los cánones y reglas corporales establecidas por la familia. Al emerger otras visiones provenientes de otras familias, las estrategias para insertarse en un determinado círculo social se amplían y las mujeres adquieren una capacidad de elegir entre diversas opciones, modelos y patrones estéticos, sociales y culturales.

Kate: “Y desde que me dieron ese carro mis amigas... mi mamá me decía “Kate aléjate de esas amistades, no te convienen” y ya le decía... “mamá pero no pasa nada...”

Las jóvenes a través de la convivencia con otras mujeres comienzan a normalizar un estilo de vida que implica una serie de patrones culturales, estéticos y sociales característicos de la

narcocultura. Algo que se había planteado como un tabú comienza a resultar atractivo, hasta que se convierte en una práctica cotidiana.

Así, la construcción del género como señala Butler (1998: 306) es un acto que no se da en solitario, sino que es un acto que ya fue llevado a cabo antes y que sigue ciertas sanciones y preescripciones que ya han sido performados por otros y que ha sido ensayado, actualizado y reproducido por alguien más.

Por ejemplo, en el grupo de discusión la palabra *amig(a, as)* aparece referida 187 veces, incluso, más ocasiones que la de la figura materna. Me parece que en el papel de las amistades recae, precisamente, la raíz de las aspiraciones de estas mujeres al ver en ellas un modelo a seguir, una figura “probada” de éxito social, con todas las consecuencias que ello implique.

Kate: “No... por mis amigas... es que mira... yo tenía 16 años cuando las conocí... ellas abrieron una estética... yo soy estilista. Y ellas la abrieron... a mí me conocieron y me dijeron: “oye, vente a trabajar a mi estética”, y me gustó mucho el negocio... pero poco a poco mira que traían carro, que traían, moto... No pues es que yo las miraba... yo veía que traían cosas, ropa y cosas así... y yo me daba cuenta que la estética no daba tanto como para traer cosas así... ropa carros y todo eso... No para nada. Entonces de repente llegaron y “ten tu carro”... entonces... imagínate... a los 16...”

Las amigas resultan un fenómeno atractivo una vez que poseen aquello que no se tiene, pueden ser artefactos como coches, joyas, ciertas prácticas corporales como cirugías, expresiones, posturas, gestos que deben ser imitados para ingresar en el círculo social y para aspirar a aquellas pertenencias que ellas ostentan.

No sólo el hombre a través de sus exigencias socializa una idea estética ideal, sino que entre las mismas mujeres se legitima ese cuerpo y se generan las aspiraciones como el aumento en la escala social, o al menos, el acceso a dinero de manera rápida y aparentemente sencilla.

Es este punto donde se intersecta la ruptura de la familia, con la oportunidad latente de realizar al cuerpo como un proceso activo de encarnación de ciertas posibilidades culturales e históricas (Butler, 1998: 298), particularmente una serie de condiciones que se dan a través de las relaciones sociales y, específicamente, de las amistades.

Bea: “¡Ah!, y de hecho, te quiero enseñar a otra. Este... hay otro grupo de niñas que también son esposas, pero son como mi amiga, o sea estas niñas son como que las las buchonas, las que quieren ser la esposa del narco, del narco naco o de lo que sea, pero

hay otras como mi amiga y otra bola que son como, tiene el dinero, y entonces lo usan para vestirse bien, aprenden de la moda y así o sabes son diferentes”

Pero como podemos ver en el argumento de Bea, las amistades ciertamente influirán dependiendo del capital económico y social que se tenga, unas podrán preferir modelos estéticos semejantes a un grupo de chicas que dirigen una estética en Culiacán, mientras que otras, en la escala social más alta del narcotráfico denigrarán a las anteriores y resaltarán las cualidades físicas y estéticas que puede configurar el acceso a cirujanos más exclusivos, a vestimentas más costosas, es decir, aquellos recursos que les permitan desenvolverse exitosamente en el círculo en el cual se desarrollen.

Empieza a jugar de nuevo el cuerpo como una corporeización, es decir, “como un conjunto de estrategias que configuran un estilo de ser” (1998: 300) o, de acuerdo con Bourdieu (1976: 188, 189) una idea de esquema corporal que es donde se inscriben todos los gustos, la forma de comer, la forma de hablar, de vestir, de actuar es coherente con la clase social a la que se pertenece: un estilo de vida.

Le Breton, por su parte asocia ciertas prácticas sobre el culto corporal como cuerpo liberado, aquél que busca a toda costa distanciar al cuerpo del envejecimiento. Los nuevos modelos estéticos socializados entre las jóvenes, tiene que ver con alcanzar la perfección. “El cuerpo liberado de la publicidad es limpio, liso, neto, joven, seductor, sano, deportivo. (...) De este modo se explica el éxito actual de las prácticas que sirven para ejercitar el cuerpo (jogging, gimnasia modeladora, body-bulding.), el éxito de la cirugía estética o reparadora, el de las curas de adelgazamiento, el desarrollo espectacular de la industria de los cosméticos.” (Le Breton, 2002).

Pero ese cuerpo liberado se gestará a través de las relaciones sociales, incluso, Sosa Sánchez (2013: 269) en su estudio sobre la construcción del cuerpo en los adolescentes, menciona que el primer contacto que se tiene sobre sexualidad y femineidad es a través de las amigas, quienes van compartiendo información sobre los cambios físicos, la maternidad y otra serie de temas asociados a la femineidad.

Kate: “es que mira, influyen mucho las amistades y con las dos amigas que yo me junto de Hermosillo... bueno son de aquí pero viven en Hermosillo, pero vienen, van... vienen van, son unas “nómadas” no tienen lugar en donde vivir, ellas si están operadas, entonces es así como que... medio te influyen y tú las ves y es así como de: “¡qué cuerpazo!”, entonces sí te influye... y como también tengo amigos doctores, llego con ellos y me dicen: “pues te sale en 50, o te sale en 60”, pero sí ...”

Lo deseable resulta ser como esas mujeres nómadas con “cuerpazos”, lo deseable resulta adquirir un capital corporal que les permita desenvolverse en un campo con unas exigencias estéticas basadas en la figura femenina como sinónimo de poder social.

Pero no olvidemos el asunto “nómada”, es decir, esa capacidad de movilidad, que permita establecer vínculos con el narcotráfico desde distintos puntos, pero también que permita la huida fácil, en caso de que el “cuerpazo” corra un riesgo inminente de ser desfigurado, desmembrado.

Porque llegar a ese punto, implica haber perdido el juego en el campo del narcotráfico y, eso, implica haber perdido la vida, junto con la integridad física, por eso estas mujeres desarrollan estrategias como cargar siempre el IFE, por si resulta que me toca que me desfiguren y mi propia familia no sea capaz de reconocerme. Hasta ese punto crítico llega la reproducción de un modelo que genera ciertas expectativas y hasta un proyecto de vida en algunas de estas mujeres.

Entonces, las amistades también entran en el juego de la seducción-amenaza porque contraponen el modelo de censura impuesto por la familia y que parecería impedir el ingreso de estas mujeres al narcotráfico, y colocan otros elementos que resultan atractivos en la red de amistades: la cirugía estética, los accesorios tecnológicos, la vestimenta adecuada.

“Los distintos *habitus* se presentan como unas configuraciones sistemáticas de propiedades que expresan las diferencias objetivamente inscritas en las condiciones de existencia bajo la forma de sistemas de variaciones diferenciales que, percibidas por unos agentes dotados de los necesarios esquemas de percepción y de apreciación para descubrir, interpretar y evaluar en ellos las características pertinentes, funcionan como unos estilos de vida” (Bourdieu: 1976: 170).

Configuran una identidad estética, que bien podría llamarse estilo de vida. En este estilo deseado se configura de manera distinta según sea la suma de capitales incorporados, y como ya decía Bourdieu (1985), los cuerpos son grupos dotados (as) de un capital simbólico y no sólo simbólico, sino resultado de una suma de capitales que le proveen de garantía simbólica constituida por la suma de los capitales individuales (Bourdieu, 1985), que permiten una seguridad en el campo y que, a su vez, van configurando una identidad solidaria, una identidad social, que recordemos, está directamente relacionado con la violencia simbólica y material.

Así, a través de los valores y las creencias que la familia, el género opuesto, y las mismas amistades el cuerpo de la mujer del narco se construye y se provee de sentido, resulta un producto social, con características y propiedades corporales que son

CAPÍTULO V. El narcotráfico como estilo de vida: la implicación seducción-amenaza.

En el narcotráfico después de la configuración femenina que se desprende de todas las redes sociales en las cuales se ha desenvuelto una mujer: familia, amigos y amigas, escuela, parientes, reclutadores, etc., y donde el cuerpo funge como punto fundamental de la configuración de ideales estéticos, económicos, sociales y culturales, se desprende también un proceso educativo que desemboca en un proyecto de vida para las mujeres que se vinculan a él de manera voluntaria.

Entendemos que hay un grupo de mujeres que se ven obligadas a interactuar en las filas y en todos los eslabones del narcotráfico, sin embargo, hay un grupo de mujeres como este grupo de 6 mujeres con el que se ha trabajado que, en realidad, tiene aspiraciones “voluntarias” de ingresar, escalar y establecerse dentro de las prácticas tanto culturales, sociales y económicas del narcotráfico. Estas mujeres desean pertenecer a él, incorporan su estilo de vida, sus formas de interacción, es decir, que han pasado por ese proceso educativo al cual inicialmente hiciera referencia Carlos Monsiváis y que después recupera Javier Valdés en la entrevista realizada para esta tesis en Culiacán en septiembre de 2012.

Este proceso educativo que está punzante detrás de las aspiraciones de las mujeres vinculadas al narcotráfico hay, por un lado una clara seducción a través de las prácticas sociales, estéticas, corporales y culturales, y después una clara amenaza para estas mismas mujeres que, una vez involucradas en el narco, por lo general terminan muertas o encarceladas y, en el mejor de los casos, viudas.

Habiendo partido de la hipótesis de que estas mujeres configuran un proyecto de vida que por un lado implica una seducción y por otro lado implica una amenaza, se entiende que después de haber construido una identidad bajo ciertos ideales estéticos, corporales, sociales y culturales, como lo vimos en los capítulos anteriores, ese mismo cuerpo puede terminar como un despojo humano, una vez que ya el narco ya no las necesita.

Pero ¿cómo es que se llega a este punto? ¿Cómo es que la mujer convierte en un proyecto individual al narcotráfico? Como se decía antes, entendiendo al narcotráfico directamente vinculado con la violencia, y así, como portador de un proceso educativo en todos los niveles.

Javier Valdés: “Entonces, (el narco es) esa educación, porque el narco es un proceso educativo, como lo dijo Monsiváis en el prólogo que hizo en mi segundo libro “Mala hierba”, donde dice: “el narco, la violencia, es un proceso educativo”.

Este proceso educativo, necesariamente expone su filosofía mediante una seducción, a través de cuerpos que se han colocado como atractivos, deseados, deseables y al cual se puede aspirar a través de la cirugía, de las recomendaciones de las amistadas y hasta de la misma familia. Esta seducción que también se da por los artefactos propios del narco, coches, ropa, lujos, finalmente desembocará en un proyecto de vida, donde se originan en ciertas expectativas de futuro que el narco resuelve de manera más rápida y sencilla que una profesión, que un trabajo común o, incluso, que la misma familia y el gobierno.

Pero también, para estas mujeres, las universitarias, las que ven en el narcotráfico una opción de vida, existe una violencia inherente, la cual muchas veces ya han valorado y sopesado.

Kate: “Cuando regreses... yo creo que me vas a encontrar en la tumba o en la cárcel jajaja”

Y es que las exigencias del modelo económico neoliberal, no se alcanzan a resolver con un modelo tradicional de vida, el trabajo institucional no resuelve, muchas veces, el nivel de consumo, las exigencias del modelo capitalista- neoliberal, por eso hay quienes optan por recurrir a ilegalidad, la violencia, las vías aparentemente más sencillas que ofrece el narcotráfico.

Al respecto, en Culiacán circulaba comúnmente la frase “Más vale un año de rey, que una vida de güey”, es decir, que hombres y mujeres saben las exigencias y los riesgos del narcotráfico, sin embargo, pesa más la riqueza, la belleza y el poder que aparentemente implica el narcotráfico en lo cotidiano.

Así, estas mujeres fincan unas determinadas expectativas de futuro que el narcotráfico parece ofrecerles con relativa facilidad.

Victoria: “La verdad, somos muy diferentes (refiriéndose a otra entrevistada que dijo no aceptaría de pareja a un narcotraficante)... la verdad, he tenido muchas amistades así, y... escucho que le hacen a alguien... así... yo pienso que si llegara alguien así, un hombre así (narco), ofreciéndome casa, carro... no soy interesada...

No soy interesada, porque cuando me gusta alguien... ¡me gusta! Pero si llega alguien así... y me gusta, pienso que si aceptaría, la verdad (ser su pareja). Si, sí me gusta.... Si me enamoré así... sí, pero si me gusta el tipo así, sí. O sea, yo he tenido amistades así, mujeres, y que vamos a pasear, y vamos y vemos hombres... no guapos, así de “qué bárbaro” pero que me llaman la atención y que están en todo ese rollo, no sé... ah... pienso que si lo aceptaría...”.

Victoria sentía la presión de las otras chicas entrevistadas, tal vez porque pensaría que sería juzgada al aceptar que se relacionaría con un hombre traficante, sin embargo, valora el hecho de vincularse por amor.

Pero aún con la presión del prejuicio social sobre los narcotraficantes, tres de las seis mujeres entrevistadas dijeron aceptar un hombre narcotraficante como pareja si llegara a ofrecerles mayor capital económico. Obviamente esta pregunta implicaba sólo la fantasía y no un paso real de relación, pero resultó, de igual manera que todas las mujeres entrevistadas estuvieron en algún momento de sus vidas vinculadas con algún narcotraficante, incluso aquellas que negaron una posible relación en el futuro, ya sea por experiencias poco afortunadas, o por considerar que este tipo de hombres no posee un capital cultural similar al de ellas, o por el riesgo que implica relacionarse con ellos.

En el caso de Victoria la situación de cercanía con el padre quien alimenta sus ideales y expectativas sobre la cultura narco, va desenvolviendo una aspiración a largo plazo.

Victoria: ¡Sí! me gustaba. Yo miraba a los niños con armas y todo, y mi papá como es de rancho, es de sombrero, de piel de baqueta, entonces desde chiquita me compró un sombrero... y yo con sombrero... entonces me... él era... de decir “¡ah!... mira “fulano corrido”... pero él no es de los corridos como los de ahora, sino de los corridos viejos como los de “Lalo Mora” y todo eso, y me dice “esos están muy feos, estos son los fregones” Y como que el me orilló en parte a que me guste eso...”

Pero como ya hemos visto, además de la fantasía que implica el aceptar un hombre así, ellas también consideran otros elementos que ya hemos tratado antes, amigas que se han ido con narcotraficantes y que las alejan de sus familiares y amigos, amigas que son maltratadas por hombres en el narco, los consejos de sus familiares, incluso, hasta los esquemas dados por los medios de comunicación.

Victoria: “Pienso que sí, porque siempre me ha llamado mucho la atención todo eso del narcotráfico y todo... o sea, sí, veo una serie y me clavo, porque admiro a esas mujeres y digo... “si yo estuviera ahí... ¡no!” Me clavo demasíad, de hecho, cuando agarraron a la Reina del Pacifico, y yo miraba a la mujer, que se estaba riendo, y yo decía... “¡yo quiero ser así como ella!” y, pues, tal vez lo digo de broma, pero sí me llama mucho la atención... ¡Es bien cabrona! La verdad, eso me llama mucho la atención, porque yo sí soy muy débil y soy muy miedosa para algunas cosas, pero si me plantan a mí algo así... yo digo ¡sí!...Yo pienso que sí... porque se me hacen mujeres... porque como que era nada más el hombre el hombre y el hombre... y que una mujer esté ahí... se me hace así bien fregón pues... y

hay veces que digo... “¡sí que estoy mal!, porque voy a hacer maestra de kínder y así”... y a veces que veo armas y así todo eso... y...me emociono, pues”

Aquí comienzan a surgir dicotomías, porque por un lado Victoria desea convertirse en maestra de kínder, pero sabe que no es compatible con la práctica de la narcocultura, y mucho menos con el narcotráfico porque implica riesgos para los propios niños. Sin embargo, ella reconoce que entre sus alumnos hay hijos de narcos, e incluso, para hacer sus modelos de trabajo en el kínder Victoria dibuja buchones y hojas de marihuana.

Victoria: “Sí... bueno, pero tengo una prima, tiene 10 meses la bebé, yo la cuido, y pues está blanca y toda “así” ¿no? Y le dicen “¡ay, que hermosa!” y todo eso. Pero platicando con ella, solas las dos le digo “tú vas a ser la próxima “Reina del pacífico”.

Por eso se reafirma que sí existe un proceso educativo por parte del narcotráfico que genera un estilo de vida, y más allá, un proyecto de vida. Cuando Victoria asegura “tú serás la Reina del Pacífico” se entiende que ya ha pasado por un proceso social que refuerza su gusto por la narcocultura. La familia, las amistades, las relaciones laborales con hijos de traficantes, los corridos, las novelas, los estereotipos ya han encarnado en ella un modelo ideal: La Reina del Pacífico.

Victoria: “Sí... le pongo corridos baila la mujer, y mi nino, su papá... trabaja en gobierno, y él es muy culto, es de Mochis, es muy culto y cuidadoso con las niñas, y qué esperanzas que me escuche ¡nombre! Y mi hermano igual “ponle un corrido y ponle un corrido”... y ¡baila la gorda!... y dice mi mamá... “¡cállate y cállate! Se va quedar con esa idea la niña”... y sí pues, estoy practicando, que esté grande (la niña) y que le guste... y dice mi papá “si, es tu sueño frustrado”, porque yo decía cuando estaba más chica, que mi mamá me contaba, decía “cuando yo esté más grande...” que para ese entonces era tener 20 años, y ahora tengo 20 años y no he hecho nada, pero yo decía que quería ser pues...

(Baja la voz a nivel de susurro) Pues que quería ser narcotraficante. (Sube el tono de voz de nuevo). A mi hermano le decían “¿qué quieres ser de grande?” y decía: “ranchero”... como él tiene la idea del rancho, para el ser ranchero es traer pistola traer botas, traer un camionetón. El ve una camioneta y se piña, se piña y dice “mira papi si trajera estos rines...” y mi papá platica con él. Por eso mi papá es... nos orilla a eso... si él nos pudiera un alto como mi mamá, quizá nos detendríamos tantito, ¿no?, mi papá es... si te gusta, ¡te gusta!... dice: “¡déjala!”... por eso si yo tuviera oportunidad la verdad me valiera, claro siempre ando pensando en mi familia pues...”

Una vez más el gusto por la narcocultura, la familia y las relaciones sociales van configurando un proyecto que resulta seductor. El padre principalmente legitima todas las prácticas culturales del narco, lo considera como algo por lo que se debe tener gusto y afición. Se comprueba que la narcocultura tiene un elemento seductor, a través del cuerpo como ya lo hemos visto antes, y a través de otras prácticas culturales.

Es un proyecto que se transmite de padres a hijos, entre familiares, entre amigos y se le da un valor especial, ese valor es el poder del narcotráfico, la capacidad de ostentación, de traer un “camionetón”. Lo que está en juego en el caso de Victoria es el poder que trae consigo el narcotráfico.

Y ese proyecto se hará más fuerte entre más cercanas sean las relaciones con el narcotráfico, entre más profundas y directas, pero el caso de Victoria no es el único ejemplo.

Kate: “Es que la verdad yo sí estoy en el “ámbito”... es que yo no soy una niña buena ¿no? ¡Jajaja! Es que casi todas mis amigas.... Es que en casi todo Culiacán se da mucho (el narcotráfico)... y casi toda la cultura se trata de eso... es difícil que te encuentres una amistad que vengan de papás que trabajan bien, casi todas mis amistades son así (narcotraficantes)... así que yo he conocido muchísimos hombres... bueno, yo tengo desde los 16 en esto, imagínate, desde los 16...”

Y en este tipo de relaciones se observa claramente que ese proceso educativo va siendo más intenso cuanto más cercano es el acceso a este tipo de experiencias. Por ejemplo, el caso de Kate resulta más significativo en ese sentido, entre sus redes sociales sucede una especie de reclutamiento hacia el interior del narco. Lo que comienza a valorar es la posibilidad de optar por un proyecto de vida distinto, que el de su familia, es la posibilidad que ella reconoce en las amistades y en las relaciones laborales las que la impulsan a tomar la decisión de comenzar a traficar.

Kate: “Y hasta que un día yo le comenté a la muchacha que yo quería hacer eso, pero no de... “¡ay!”... no, o sea... no estaba 100% segura de que quería hacerlo, porque siempre estaba pensando en mi mamá, pero un día se dio la oportunidad y dije “sí”, pero así como mini-favores, pero esos mini favores se fueron haciendo (más grandes)... ya... pues yo pienso que él digo “ya me dijo 2 o 3 veces que sí, pues ya puedo...” y pues a uno le da así como... ¿se acuerdan, ¡jajaja!? ¡ay no, que estupidez”, y ya dijo “te voy a dar....” (Más cantidad de droga)”.

Vemos que aunque ella valora la opinión de la mamá que funciona como oponente de la vinculación al narcotráfico, finalmente actúa con base en el poder que le significa comenzar a traficar, una vez más el poder aparece como el elemento seductor.

Ya hemos visto como los coches, el dinero, la posibilidad de ser autosuficiente les provee a estas mujeres los elementos necesarios para tomar la decisión de relacionarse en el narcotráfico. Es el poder y la directa relación con personas ya vinculadas, lo que van configurando en ella una opción de vida.

Kate: “Después ya fue cuando me puse de novia... en ese tiempo, y en diciembre conocí a un muchacho que estaba en eso, y él andaba en sus rollos, y ya estaba que me compraba cosas y todo y yo decía “¡qué padre que alguien te de cosas! ¿No? Ni trabajo...”

Sin embargo, ante la posibilidad real de ingresar en las filas del narcotráfico, nunca deja de considerar la violencia que implica este tipo de vida, cuando dice que lleva su IFE por si la encuentran desfigurada, muerta o en la cárcel, ella sabe y ha valorado que este proyecto de vida implica un riesgo y que en la seducción está implícita la amenaza.

Kate: “Ahí nos tocaba llegaban puros clientes hombres y me decían... “baja la cortina”... y ya la bajaba, pero ¿tú que sabías a qué iban esos hombres a la estética? O, por ejemplo, llegaban y dejaban la camioneta a una cuadra... podrían llegar y... o llegaban y se quitaban la pistola y la ponían enfrente... y uno “normal”, uno “fresco”... porque no podías decir nada... no podías decir “oye, no saques tu pistola aquí...” ¡pues no! Ya estaba bien enredada yo... pero llegó un día que dije “¡No, hasta aquí! O me van a matar”

Aunque Kate valora su propia vida antes que seguir traficando, decide continuar cuando una de las traficantes, que para ella resulta una figura materna, de alguna manera funge como segunda reclutadora. Kate comenta que “Doña Elvira” le encarga el cuidado de las hijas, cuando una de ellas cae enferma y es ese momento crucial donde ella siente que tiene la responsabilidad de velar por ellas.

Al final, reconoce que de algunas cosas que le significan un riesgo, se detiene por su familia, por la madre, el padre o los hermanos. Pero su expectativa aun así es más alta y la empuja a fantasear con posibilidades reales de convertirse en narcotraficante a mayor escala.

Kate: ¡Jajaja! Le dije: “Ay, amá... si yo tengo 30 o 31 y todavía no tengo hijos... ¡Ahora sí, a lo que sea me voy a animar! Me voy hacer mafiosa, y si me meten a la cárcel, ni modo... ya no voy a estar sola, le digo, pero me dice “Kate, no digas eso, ¿por qué dices esas

cosas?” Y le digo: “mamá pues es que quiero ser madre soltera”... y me dice: “estás loca, te va hacer falta el papá”... “pero mamá ya son otros tiempos, tranquilízate”, pero la verdad, “inconscientemente” mi mente lo piensa ¿no? Que ya cuando esté de 35, “aventarme a todo... a todo”. Irme a Colombia y todo, que si caigo a la cárcel pues ya ni modo... pero a mí sí me encantaría tener una familia, un esposo, trabajar, a mí me gusta mucho la comunidad, pues estoy en trabajo social y a todo mundo le gusta la salud, pero a mí no, a mí me gusta ayudar a la gente de la comunidad, me veo en Oaxaca en Chiapas, incluso he dicho que quiero ir a África ayudar a la gente de África...”

Resulta un proyecto de vida contradictorio, por un lado ayudar a la comunidad, pero por el otro, convertirse en mafiosa. Por eso, el valor de la familia es parte fundamental del proceso de decisión, como lo vimos en el caso de Victoria donde es el padre quien empieza a inculcar la afición por la narcocultura.

Victoria: “A ver... por un lado te da miedo, pero por otro... dices... ¡qué fascinante!

Cuando estas mujeres valoran dos distintos tipos o proyectos de vida, a contrastar miedo con fascinación es porque comienzan a detectar riesgos dentro de las prácticas del narcotráfico, particularmente la violencia a través de cualquiera de sus caras: directa, estructural, simbólica, etc., que como ya vimos, van desde el encarcelamiento, el maltrato conyugal, la muerte, la desfiguración y hasta sus últimas consecuencias, mujeres entambadas, violadas, muertas, desmembradas, convertidas a polvo indescifrable.

“Toda violencia está sustentada en la capacidad, o más precisamente, la habilidad de sujetos competentes, conscientes y sensibles que buscan alterar la realidad o el curso de los sucesos a través del uso de métodos, mecanismos o dispositivos violentos, a fin de obtener ciertos resultados que se insertan en la *racionalidad* que comanda el sistema de acción de las violencias sociales.” (Reguillo).

Si bien por un lado va gestándose una seducción, también se va gestando una amenaza constante. Por ejemplo, la palabra miedo aparece nombrada 114 veces en el grupo focal realizado en Culiacán.

La normalización de la violencia comienza a aparecer como parte integral del proyecto de vida de estas mujeres,

Bea: “Pues muchas veces por ejemplo, a lo mejor no es un peligro cercano a mí de que me vayan a matar, pero si yo estoy en un lugar, en un antro con ellas, o sea, a lo mejor, o

sea, no que sea para mí, pero que ocurra un accidente o algo así, o por ejemplo que empiezas a ver las cosas como bien normal, las conversaciones por ejemplo, así que, o sea, están en un círculo y llegan y empiezan a platicar que mataron a no sé quién que, o sea no necesariamente ellos pero como si fuera normal, así de que las cabezas y esas cosas (se ríe) así pues”

La violencia se vuelve parte del proyecto de vida, algo con lo que hay que convivir y que se acepta como normal, incluso se acepta como normal el que la violencia esté presente en los lugares de convivencia, que los amigos maten a otras personas como parte del trabajo que realizan, que en el círculo social en el que se desenvuelven sea común y natural.

JV: “Entonces tu volteas para todos lados y en todos lados que volteas lo que encuentras es narco, ¿qué alternativa hay? ¿Qué otra vida hay? Y tú crees que no hay otra vida. Crees que eso no es realidad, es un sueño, porque aquí vives todo lo contrario y crees que en todo mundo es así, que nadie tiene opciones, y sí las hay. Hay que verlo claramente, es diferente, no tienes de otra, le entras o le entras. La otra es que mueras.”

La posibilidad de cambiar de estatus no es tan sencilla, salirse del proyecto del narco implica demasiados esfuerzos, otras redes que ayuden a escapar, que te ayuden a salir del país, no es tan sencillo. La opción terminal es la muerte y una muerte que se antoja perturbadora.

JV: “Pues tienes que tener recursos para huir, ¿Cómo le haces? Si te metiste al narco porque andas de pobre y no te superas, te alivianas un poco pero no es que te haces rica, ¿con qué dinero te vas? Hay que tener dinero para moverse, es difícil, si es posible, necesitarías ayuda de amigos, parientes, que te escondan, que te saquen, que ya ha pasado, te sacan en una cajuela...es difícil. Pero se requiere capacidad económica, capacidad logística.”

La capacidad logística a la cual se refiere Valdés es un punto crucial para estas mujeres, a mayor capacidad de movilidad más sencillo será poder no sólo traficar, sino poder salirse del proyecto del narco. Aun así, las posibilidades se reducen el único camino posible cuando ya se está completamente involucrado en el narco es la muerte.

Kate: “La verdad no supe para qué querían el niño, no se si no más para que me vieran con el plebe... me marcaron y me dijeron: “mira, hay este negocio, es Tijuana, tienes que ir con un niño, te pagan tanto...” y yo “¿niño? ¿Para qué un niño?”... “es que lo tienes que llevar...” ... “¿pero para qué? ¿Voy a cruzar frontera? ¿Necesito mi visa, o para qué?... y me decían “no... vente así, vente en camión”... porque ni siquiera podía irme en

avión, ¡qué hueva irme en camión...! ¿Y con un niño? ¡No! ¿De dónde lo iba a sacar?... no, no, no... capaz que me matan y por allá me entierran y venden al niño o no sé... pero no me dieron razón de por qué... No te dan razón de nada pues... y te digo, yo no pregunto nada. Porque a veces por preguntona también te dan “suelo”.

La opción es vivir con el miedo en la piel todo el tiempo, las amenazas son mucho mayores que lo que se obtiene muchas de las veces, 10 mil pesos por un viaje como el narrado anteriormente no son suficientes para el riesgo que implica. El miedo está latente todo el tiempo.

Kate: “Entonces yo todavía estaba en la estética... pero estaba asustada, veía carros y me asustaba... si de por si en la colonia donde estaba la estética era de puros mafiosos.”

Ante este tipo de situaciones no podemos decir que las mujeres no han valorado en muchas ocasiones los riesgos y las ganancias de involucrarse con el narcotráfico. Aun así, muchas veces pesa más la ganancia inmediata que la integridad física, estas mujeres arriesgan todo a cambio de un sueño que muchas veces no se cumple.

CAPÍTULO VI. LA SEDUCCIÓN-AMENAZA EN EL CAMPO DEL NARCOTRÁFICO

A Mireya, la encontré por casualidad en una charla inicial sobre Culiacán, hasta que el momento dio un giro y me confesó que tuvo un novio narco. Una chica de veintidós años, de clase media, alta, blanca, cabello rizado y largo, cuyos padres han hecho todo su esfuerzo para enviarla a la universidad. Me parecía muy parca al principio, pero intensa en su plática, inserta en el campo donde “sí, pues es lo que pasa y te chingas”.

Ella me contó la anécdota de ‘El Mimbao’. El lugar fue un típico antro en el corazón de Culiacán, cerrado tras varios homicidios ejecutados en el lugar, un antro con tres pisos “así, redondo, y entonces... ya está la planta baja, así como que “pues bailas”, o sea, como las mesitas normales (tipo lounge) y, en el segundo piso, los “vip”, y en el tercer piso un VIP especial para los Narcos, todo polarizado, donde ellos decían, esa me gusta: ¡súbela! Y si te toca... ¡pues te tocó, te chingaste! Iban, o puras esposas y novias, que ya sabían todo mundo quiénes eran o pues ibas así a ver qué onda (si ligabas a algún narco)”.

Mireya, me contó de los deseos por el “ascenso” en el narcotráfico, cómo las chicas arriesgan todo, sabiendo que es un salto al vacío, y que el asunto de “chingarse” tiene que ver con que una vez elegida, ya no hay escapatoria, “la secuestran y se la llevan al rancho y allá solo la dejan comunicarse con su mamá por Face(book)”.

En la turbulencia total, se fue de Culiacán porque su padre le dijo que ya andaban detrás de su novio narco y ella era la siguiente en la lista.

Pero Mireya no es ninguna mujer escultural (juzgando por los cánones del estereotipo de novia de narco), ni poderosa, y a juzgar por lo que me contó, tampoco es sanguinaria, lo único que la delató para hacerle la pregunta ¿sabes algo del narco? fue su acento culichi, de ahí en adelante todo es historia.

Expresa con cierto dolor nostálgico, que su novio que nunca veía a sus padres porque “andaban en lo de la droga”, que en Culiacán estaba lleno de madres solteras, viudas y abandonadas porque al marido lo mataron o desapareció, así como lo difícil que fue para ella decidir entre casarse con “el bato” o venirse a estudiar a Guadalajara, y que, al final, tomó la decisión porque su padre se lo indicó: “te me vas para Guadalajara o te truenan”.

Mireya asistía a los lugares, a los antros, donde cualquier chica de veinte años asistiría en cualquier parte del mundo, sólo que, en este caso, el ingrediente narco está añadido en el menú.

Mireya eligió lo que cualquier chica de esa edad elegiría. Sin embargo, al relacionarse con el narco, existe una prescripción que condena, convertirse inmediatamente en mujer fácil e ingenua.

Aunque Mireya decidió salir de ese ambiente, hay muchas otras mujeres que se quedan al matadero. ¿Qué las lleva a tomar esa decisión? ¿Cómo es apuestan todo: su vida, su tipo de muerte incluso, por una opción que tiene muchas más inseguridades que certezas?

Entender la cuestión de género implica entender que estas mujeres están en un campo que ha sido ubicado histórica, geográfica, política, económica, social y culturalmente situado. A decir de Joan Scott (2011), desde una mirada interdisciplinaria como algo que está abierto, que nunca está acabado, que es transversal, que es mutable. El género no es una simple imitación de un ideal, sino una identidad que necesita de algunos otros o de algún Otro para ser reconocido.

Involucrarse como mujer en la cultura del narcotráfico va más allá del deseo por el capital económico, hay otras cosas que están en juego, una identidad femenina, una posibilidad cercana, familiar, una red de relaciones objetivas que se hacen cuerpo.

El estereotipo femenino se encuentra en mucha historias, el ser narco se convirtió, aparentemente, en un estilo de vida deseable y deseado, en una actividad donde como dice Astorga (2004) todavía es posible ascender en la escala económica y social sin tener que pasar necesariamente por los campos “tradicionales”, o sea, por la actividades legales, ya sea la escuela, la política, o el campo empresarial formal, aunque esto no siempre es así, el narco también está infiltrado en terrenos que nos parecen familiares y exentos de sus artilugios, como la casa o la escuela.

Es ahí donde, en lo más íntimo, se va filtrando una idea de trascendencia que es inmediata, que es automática y fácilmente accesible. Lo familiar no tendría por qué resultar extraño ni peligroso.

La nueva institución del campo del narco como aspiración

Bea es de Guadalajara y fue mi primera entrevistada, su estética la delató de inmediato: alta, morena, cabello largo, cirugías e intervenciones estéticas evidentes (ya lleva como quince, hasta entonces), labios gruesos, ojos latinos (como les llaman ahora en las revistas de moda a los ojos amplios y maquillados con intensidad).

Está a punto de terminar la Universidad y quiere ser comunicadora en el área de moda y estudiar un máster en España.

Un buen día me dijo “quieres saber de este tipo de mujeres ¿verdad?... yo te digo todo”. Obviamente no tenía miedo de contar su historia, porque de alguna manera sabe que sus redes sociales le permiten una relativa seguridad, misma que ninguna otra de las chicas demostraba. Al contrario, Bea presumía su estatus.

Conoció a su novio “que no era narco” en la escuela, dice que todo mundo va a las mismas escuelas, “es gente, pues... bien” y pues vas a la prepa con los Beltrán y con... (silencios, miradas para no decir más apellidos comprometedores), y con otros que sus papás tienen empresas “bien”, que siempre han tenido dinero, de abolengo como se dice en la jerga cotidiana.

Bea, sin duda, está en una escala social distinta a la de Mireya. Ha ido a los mejores colegios y universidades nacionales y extranjeras, trabajó un par de años en Londres en un bar como mesera (me enseña fotos que dan testimonio de ellos): “Aquí está Paris Hilton, una risa que teníamos porque pues no, no la esperábamos”.

Bea estaba en el polo opuesto, era una chica sumamente inteligente, capaz de poner al mundo de cabeza, con todas las posibilidades para elegir su futuro con el dedo, pero a quien su red de amistades tan cercana al narco, le hace siempre manifestar un vértigo hacia él.²¹ Incluso, me confesó con orgullo que este capo, esposo de su amiga (y su amigo también) le ha dicho que es muy educada, que merece a un hombre mejor (por supuesto un narco de alto rango).

Me contó de sus viajes al extranjero para ir de compras, de las vacaciones pagadas por el *narcojunior* (pareja de su amiga) a la Riviera Maya, de la ropa que nunca se ha puesto y quiere donar a un orfanato porque “hasta tiene las etiquetas puestas”, del Cartier que le regaló su novio porque lo vio en una tienda y le gustó, de sus amigas que intercambian dinero por favores sexuales y que ella considera como que “ellas sí son bien buchonas”, un aparente cuento de hadas, que casi muerdo el anzuelo de la fascinación por el estilo de vida de esas mujeres.

Hasta que me contó que a su novio lo mataron porque almacenaba droga en su casa y, a veces, la tenía que probar para saber si era de buena calidad, pero un buen día lo encontraron

²¹ Bourdieu le llama violencia simbólica a la imposición de sentido a través del consenso de aquel está siendo violentado(a), y alrededor de estos arquetipos, se observa claramente el consenso entre impositores y violentadas. Bourdieu, P. (2000). *Sobre el poder simbólico. Intelectuales, política y poder*. Recuperado el 14 de noviembre de 2012, de http://www.armario.cl/Teoria_curricular/Nuevos/Pierre%20Bourdieu%20-

muerto (no me pudo contar cómo, trató de evadirlo), y por eso se tuvo que ir a Londres: “porque ya no podía con tanto dolor”.

Cuando regresó ya no quiso estar “tan cerca de esos ambientes” y por eso ya no frecuenta a sus amigas buchonas, al final, todas las fotos que me muestra son parejas de narcos de alto nivel.

Lo que está en juego es una identidad cimentada sobre a las exigencias sociales de una escala social muy alta. Una mujer bella, educada, letrada ¿qué debería obtener? ¿con quién podría relacionarse matrimonial o sentimentalmente? ¿a qué debería aspirar?

La intención es repensar la identidad femenina más allá de un simple objeto de deseo, objeto que ha servido para reforzar ciertos estereotipos como el de la buchona, mujeres exuberantes, llenas de curvas, con un cuerpo sumamente deseable y deseado, intervenido estéticamente, con ciertos patrones recreados por las películas hollywoodenses, o las mismas narconovelas, los corridos, o incluso, como una representación construida por el deseo de los narcotraficantes.

Son mujeres que estudian, que intentan superarse, con aspiraciones, pero también con miedos, están enmarcadas por una serie de condiciones sociales que las empujan a un estilo de vida que les es muy cercano y cotidiano.

Resulta entonces, que el género es algo socioculturalmente construido, e históricamente situado, una forma de mostrarse al mundo a través de un cuerpo que no es sólo genitalidad como apunta Scott, sino construcción de sentido sobre el mismo género.

Una identidad que se gesta desde la posición social, las expectativas de los padres, las imposiciones de la escuela, los arquetipos de los medios, las necesidades de un gobierno cada vez más quebrantado y muchos otros factores más.

La parafernalia mediática vs la construcción de sentido en la esfera privada.

A Victoria la conocí en mi viaje a Culiacán, me la presentó una maestra de la UAS, y me dijeron que era buchona. Desayunamos en un restaurante en el centro de Culiacán, parecía una casona vieja, casi olvidada, muy pintoresca eso sí, al cual fuimos por recomendación de mi contacto allá porque parecía un sitio neutral para platicar con las “niñas buchonas”.

Cuando vi a Victoria con algunos brillos en la blusa, con cabello largo, muy maquillada, bajita, pero con unos tacones muy altos, supuse que podría (con alguna dificultad porque no

estaba operada, ni usaba ropa de marca) encajar en el estereotipo de la llamada buchona, pero lo primero que me dijo al llegar fue: “dicen que me visto como buchona, que hablo como buchona, que me gusta la música buchona, que me gustan los lugares de buchones... pero ¡yo no soy buchona! Con un tono como si fuera algún crimen o pecado serlo. Esa fue su carta de presentación, anticipando que sus amigas y sus maestras ya me hubieran puesto en sobreaviso sobre sus aficiones.

Incluso, la palabra buchona tiene una connotación despectiva, ni Bea ni ninguna de las mujeres entrevistadas se sentían identificadas con el estereotipo. La palabra está asociada a una mujer de mucho menor capital económico, social, cultural y, por supuesto, simbólico, con casi nula capacidad de agencia. Sería una mujer del bajo mundo, puta, pendeja y sucia porque se relaciona sexualmente a cambio de favores económicos.

De hecho el asunto del estigma aparece como “aquellos signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el estatus moral de quien los presentaba. Los signos consistían en cortes o quemaduras del cuerpo, y advertían que el portador era un esclavo, un criminal o un traidor...” (Goffman, 1963: 11).

El pensar en una buchona es pensar en una mujer fácil, que se vende a los narcos a cambio de favores sexuales.

Así, la violencia simbólica, esa violencia casi naturalizada a la que se refiere Bourdieu está presente en discursos, reportajes, ensayos, novelas, y hasta en los narcoblogs y hasta en las páginas de “buchonas” en Facebook. Cuando Astorga relata la imposición de categorías de percepción del sentido común, se refiere, justamente a la imposición de sentido, que hombres y mujeres en el campo del narcotráfico, por la razón que sea, están dispuestos a asumir e incluso a imponer a otros.

Lo que Victoria sí me contó con gran pasión, fue sobre su interés de convertirse en la próxima “Reina del Sur”. Pero ese deseo no era en vano, desde antes de nacer su papá deseaba y creyó que sería varón, y la esperaba con ansia para llevarla al Rancho, ponerle botas y enseñarla a sembrar (marihuana).

Desafortunadamente, el sueño de su padre se vio truncado, pues Victoria resultó ser una niña al momento de su nacimiento. Victoria narra con una mezcla de ternura y pasión cómo su padre aun así le ponía botas, sombrero y la llevaba a la “ganadera” (sitio donde se expone ganado en las ferias), que sus canciones de cuna fueron corridos y narcocorridos, y que su padre la llevaba

con gran nostalgia al rancho donde creció y aprendió a cultivar la marihuana, a base de secretos familiares y “cuerazos”.

Su madre, quien es intendente en una escuela, está en contra de que ella “practique” la narcocultura, le molestan las uñas, extensiones de cabello, los tacones de zebra que usa Victoria y aún más le molestaría si supiera que Victoria, como educadora de niños, en vez de flores de primavera y abejas trabajadoras, utiliza buchones y hojas de marihuana para adornar los salones el día de la primavera.

Pero sus aficiones están repletas de referencias a las novelas colombianas con mujeres que “se ve que son bien entronas”, incluso le susurra a su sobrina de un año (ahora tendrá más que esa edad) que ella será la siguiente “Reina del Sur”, ella y su papá ponen narcocorridos a todo lo que da, y platican largas horas sobre los grandes capos de la droga, a los cuales ella califica como “bien sencillos”, y aunque reconoce que nada de lo que se dice en las canciones sobre ellos es verdad, le gustaría ser así cuando sea grande.

Victoria asume un mundo de fantasía impuesto por los medios, y que ella misma reconoce como tal, su actuar no es ingenuo, pero prefiere seguir creyendo en eso, porque le remite a su muy admirada figura paterna y a un mundo que le ofrece mayores posibilidades de trascender la figura familiar que ha observado continuamente violentada por la pobreza y la marginación.

Su padre no es un gran capo, su familia paterna tiene una parcela cerca de otros ranchos donde incluso hay niños con cuernos de chivo en la entrada, el de su familia paterna ni siquiera tiene luz, ni agua, su madre es una mujer sumamente sencilla y su padre vive con sus sueños de las figuras retóricas heredadas por la música sobre los grandes capos de la droga.

Va a grandes fiestas en moteles con personajes que, según sus narraciones, parecieran ser más bien, ayudantes, sicarios, capos intermedios. Dice que no tiene miedo y confía en poder escalar en la estructura narco y convertirse en la próxima “Sandra Ávila”.

Lo que en ella se está encarnando es una figura femenina que tiene mucho que ver con el estilo de vida sinaloense, norteño, y que aunque está dado en un contexto relacionado al narcotráfico, trasciende a una configuración más profunda que tiene que ver con la construcción de una idea de género situada histórica y geográficamente.

Por eso como anota Joan Scott (2011) entender el género sólo desde una perspectiva genital impide comprender que ese género tiene un tiempo y un lugar determinado, que se ha construido histórica, social y culturalmente.

El género femenino en el narcotráfico

Kate formaba parte del grupo de chicas presentadas como “buchonas”, pero ella era mucho más callada, mucho más reservada, hablaba bajito, casi en secreto (prueba de ello son las grabaciones imperceptibles, esfuerzo titánico en la transcripción de la entrevista).

Kate durante las tres primeras horas, divagaba sobre su papá médico que el compraba todo, su mamá costurera que la guiaba por el buen camino, pero ni su discurso, ni su aspecto la delataban para nada como buchona (en todo caso unas caderas muy amplias, pero naturales), pero esas mismas tres horas me preguntaba: ¿por qué está ella aquí? ¿Por qué la trajeron?

Victoria por lo contrario era grandilocuente, épicas narraciones sobre el rancho de marihuana la circundaban, manoteaba, gritaba, se reía. Kate no.

Incluso tengo la sensación de que sin la presencia de Victoria y de sus amigas de la Universidad que la presionaban para que “soltara la sopa” nunca me hubiera dicho su historia. Kate estudia trabajo social en la UAS y entró a trabajar en un salón de belleza, al principio dice que ella notaba que había algo turbio pero su inocencia (dice ella por tener catorce años) le impedía ver “eso” (palabra muy recurrente en Culiacán para nombrar al narcotráfico no sin antes revisar con una mirada de 360 grados el lugar).

A Kate, al principio, le parecía divertido arriesgarse a llevar y traer “eso” y eran paquetes pequeños, por los cuales recibía unas módicas propinas, y suponía que en dado momento sería fácil zafarse y que podría hacerlo cuando quisiera, no fue así.

Poco a poco se fue arriesgando a más, porque valoraba que ganaba más transportando droga, que lo que recibía en la estética, al poco tiempo ya invitaba a sus amigas a comer, tenía un coche distinto cada semana, se iba de vacaciones al rancho de sus socias, compraba bikinis, entró al gimnasio, todas esas cosas que una chica de quince años no deberían disgustarle.

Así, en mi primera investigación, sobre las Buchonas en Facebook vi cuerpos esculturales, rostros bellísimos y maquilladísimos, vestidos súper cortos, tetas enormes, traseros sin un gramo de celulitis, bikinis a la altura de Sports Illustrated, pero en Kate no vi eso jamás salvo un BlackBerry que cuidaba como si fuera su vida. Kate tampoco se preciaba de ser fea, era una mujer rubia, con unas facciones muy bellas, incluso infantiles, sí muy alta, pero parecía más una niña que una mujer madura de estas a la tipo catálogo de trata de blancas.

Ella fue la que me hizo reaccionar y me obligó a pensar en el género como algo preconstruido, y al decir construido, significa cargado de sentido. No sólo en el narco, en él se exageran esas características, esas prenociones, justamente por el estereotipo sobre el estilo de vida generado por los gobernantes, las novelas y hasta por las mismas familias sobre un ideal estético femenino inalcanzable para el grueso de la población mexicana, a menos que un narco lo patrocine.

El cuerpo de Kate distaba de ser parecido al de Bea después de quince cirugías, incluso, sus historias son antagónicas, Bea siempre ha estado allí, rodeada de capos, de lujos, al igual que otras mujeres que, con un mayor capital económico, por obvias razones, pueden acceder a un mayor capital estético y simbólico.

Kate y Victoria, se mueven en una escala con menor capital en general, y aun así, en sus historias aparecen narraciones sobre mujeres del inframundo del narco, aquellas con poquísimos o nulo capital simbólico, aquellas que son la carne de cañón en el narco y, no sólo en él, sino en muchas otras esferas.

La historia de Kate quien ha traficado, incluso, fuera del país a cambio de diez mil pesos por viaje, está inconclusa, porque ella ha estado en peligro de muerte al menos un par de veces, una de ellas mientras cuidaba a una niña a fuera de su escuela.

Kate no tiene nada de ingenua, incluso, me atrevo a afirmar que ninguna de las entrevistadas. Cada una ha sopesado y valorado muy bien las ganancias sobre las pérdidas físicas, materiales y simbólicas de incorporarse a la vida del narcotráfico como posibilidad de trascender económica, social y personalmente.

Incluso, Kate añade en la entrevista: “si no tengo familia (elemento central no del narcotráfico, sino inserto en el asunto del género y la maternidad muy arraigados en México) me pienso lanzar a todo... Colombia, lo que sea”.

Su madre reprende sus argumentos con tal de evitarle el riesgo de esas decisiones, sin embargo, Kate ha juzgado tanto sus posibilidades, sus pérdidas y ganancias, que al momento de saber que “volteas para atrás y sabes que ya estás hasta el cuello”, termina asegurando con una risa nerviosa: “la próxima vez que vengas a Culiacán nos vemos en la cárcel o en la tumba”.

Hasta ahora muchos estereotipos se han generado alrededor de la figura masculina del hombre que tiene actividades en el narcotráfico (lo llamo así y no narco, por un ejercicio antiestereotipo), pero no tanto sobre las mujeres que han establecido un vínculo con él.

Pero el riesgo de colocar el tema del narcotráfico en blancos y negros, nos remitiría a fábulas cinematográficas de los años 50 como “Jorge el bueno y Pedro el malo”, y ahí es donde creo que radica la enorme problemática que se ha tenido al comprender al narco de una manera maniquea. El narco es un entramado de relaciones socioculturales mucho más profundas y mucho más complejas que un simple Nosotros los Pobres, Ustedes los Ricos.

Así, Astorga (2004) va argumentando que el tráfico de drogas integra una producción simbólica que crea las cosas al nombrarlas, impone un cierto sentido, cuando en realidad hay diversas realidades y sentidos, maneras de estado, por ejemplo, distintas maneras de ser mujer dentro y fuera del campo del narcotráfico, según el territorio, del espacio social y simbólico.

Trascender el estigma del hombre con bigotes, sombrero, botas, fuerte rico y poderoso, o de la mujer bella, rica, poderosa y sanguinaria es imperante para hacer un acto reflexivo sobre el narcotráfico.

Analizar como reitera Astorga (2004) , el fenómeno del narcotráfico desde una postura de víctimas y victimarios impide la profunda comprensión de un campo en sí mismo, donde existe una red de relaciones objetivas, unas prácticas y unas instituciones (ilegales en muchas ocasiones) dadas entre los agentes que lo constituyen.

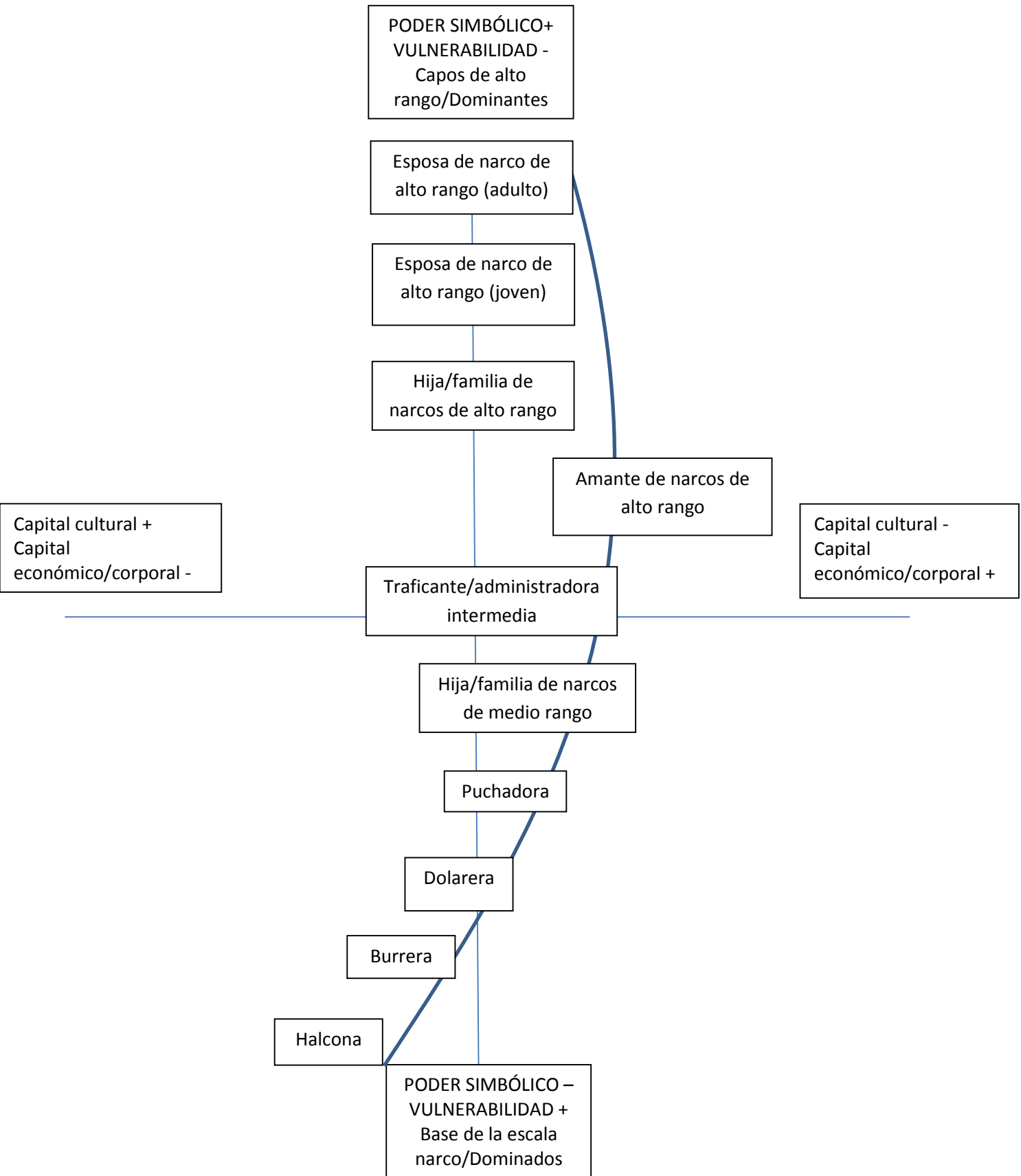
También desde la Academia en México son pocos los que han mirado el asunto del narcotráfico más allá de convencionalismos maniqueos, incluso, muchas veces ignorando el trasfondo político y económico del asunto.

Si se atribuye la participación de la mujer en el narco sólo a la ignorancia, a la ambición desmedida, a la frivolidad o al uso exagerado del poder y la belleza para lograr un fin, se borran cuestiones como el hecho de que las mujeres no sólo son coaccionadas, es decir, no son sólo víctimas, ni tampoco sólo victimarias, hay una cooperación unas veces más inocente, pero otras muy bien valorada sobre los beneficios que implica entrar en una estructura cuya derrama económica permite una mayor autonomía frente a instituciones legales que han sido bastante fracturadas a lo largo de los años como la escuela o la familia.

¿Por qué una mujer podría preferir ser “puchadora” o narcomenudista en vez de terminar la Universidad? ¿Cuáles son las causas por las cuales una chica entre 15 y 24 años de edad prefiera ser poderosa dentro de un campo ilegal, a ser diplomática o periodista? Si respondemos por ingenua... la ingenuidad está detrás de nosotros.

A continuación se expone justamente un cuadro de posiciones sociales para dar visibilidad a estas tensiones al interior del campo del narcotráfico:

POSICIONES SOCIALES EN EL CAMPO DEL NARCOTRÁFICO



Estas categorías no son cerradas ni únicas, los movimientos pueden ser ascendentes, descendientes, laterales, o incluso estar unidos en algunos puntos, y una mujer puede moverse hacia un capital corporal mayor, por medio de estrategias maritales o sociales. Sin embargo, el capital cultural es difícil de obtenerlo sólo por vía de las relaciones objetivas, porque el mismo campo no permite estas ascendencias ni cultural, ni simbólica porque le va la vida en ello.

“El narcotráfico constituye un campo en sí mismo donde existen relaciones, prácticas e instituciones entre los agentes sociales que lo conforman. Hay cooperación voluntaria no sólo coacción. Hay competencia y bastante feroz, como en cualquier campo donde exista algo por disputarse, pero también hay alianzas estratégicas entre grupos para enfrentar a la competencia interna, como a los representantes que los combaten”. (Astorga, 2004).

Podríamos hablar entonces de un narcoliberalismo (2004), que está centrado en calificar mejor al que más tiene, en el caso de las mujeres, la que más tiene “cuerpo”, un cuerpo mejor moldeado será mejor valorado, mientras que un cuerpo natural en un contexto de pobreza y marginación estará mucho más expuesto a la violencia física directa, es decir, vulnerable.

La ganancia más importante pareciera tenerla la que más acumula, la que tiene más y más de todo, también más cuerpo, más capital social, más capital económico y, por ende, mayor capital simbólico quien tiene más posibilidades de sobrevivir... un principio básico, “la otra es que mueras” como me lo dijo Javier Valdés en la entrevista en Culiacán, y en el narco no es cualquier muerte en palabras del periodista: “puedes morir de un balazo o pueden hacerte pedacitos.”

El único capital que se somete a reglas distintas es el capital cultural, porque quienes están en la élite no necesariamente tuvieron un ascenso por vía de la educación o la herencia cultural, sino a través de la acumulación de la riqueza vía la ilegalidad.

El capital dominante del narco es el capital económico, capital que permite desarrollar un capital corporal, a través de las cirugías y las transformaciones estéticas en el caso de las mujeres, un capital social a través de relaciones con distintas autoridades en distintas esferas y, por lo tanto, un capital simbólico que permita ejercer el poder sobre los dominados.

El asunto del cuerpo y del género resulta, por lo tanto, necesariamente vinculado al estilo de vida resultante de la suma de capitales en la escala social (capital global) y por asociación, en la escala del narco.

La mujer que más tiene, tendrá también mayores posibilidades de acceder a realizarse cirugías estéticas y a un mayor capital corporal con el cual desarrollar estrategias matrimoniales,

sociales y hasta laborales dentro del narco, pero también podrá tener relativamente asegurado un aparato de seguridad para prevalecer en el mundo del narco.

Mientras que a menor capital, menores posibilidades habrá de acceder ni siquiera a un cuerpo útil, ni a una muerte digna, por eso miles de mujeres mueren en las fronteras no sólo geográficas, sino simbólicas del narco, se convierten en carne de cañón.

Una mujer en la escala más alta del narco (esposas, familiares y amantes de capos de alto rango), seguramente tendrá muchos más recursos para asegurarse una relativa seguridad personal y social, a través de un aparato de cuerpos policiacos privados, convenios con otros traficantes o con gobernantes y legisladores, asociaciones con otras mujeres de la misma élite, por medio del desplegado del capital social que pueda desarrollar e, incluso, ejerciendo la violencia simbólica y fáctica.

Las mujeres hacia el intermedio de la escala son las que, por lo general, intentan ascender a niveles más altos, es la escala donde se encuentran las mujeres entrevistadas en este trabajo. Las mujeres que intentan por medios sociales o laborales ascender en el narco pero se ven continuamente violentadas por las reglas del campo para impedirlo.

Kate: “Es que aprendí mucho de la Señora Toña, porque es muy inteligente, entonces aprendí mucho de que hay que aprender a manejar “perfil bajo...”, de que: “tranquila, no te metas en problemas”. Y pues antes me quería comer al mundo pues, pero ahorita, desde que pasó eso (incidente de balacera)... ya me pongo a reflexionar más, quizás fue porque maduré también, quizás fue por la edad, quizás... quizás eso, quizás lo que me platicaban, entonces yo dije: “ pues ya...a ver Kate, tranquila, tranquila, mejor me la llego así... tranquila, a gusto” ...”

Ella misma va comprendiendo las reglas del narcotráfico, si decide transgredir las reglas del campo del narcotráfico, arriesga su propia vida, cuando habla de meterse en problemas, significa ser violentada en cualquiera de las formas en que se presente la violencia: dominación, transgresión o muerte.

Estas mujeres (administradoras, familiares, amantes de capos intermedios) son altamente vulnerables porque su ascenso significa una reconfiguración dentro del campo, y en este campo la reconstrucción implica necesariamente tomar los nuevos sitios a través de la violencia.

Si el ascenso en otras instituciones legales es feroz y con unas determinadas reglas como la educación, la experiencia, la antigüedad. En el caso del narco, el ascenso no necesariamente se obtiene por las mismas vías, el ascenso en el narco implica violencia, porque para ocupar una “vacante”, es necesario que un otro(a) muera.

Estas mujeres son violadas, secuestradas, violentadas y, en muchos casos, muertas por las mismas reglas que imperan en este campo. Convirtiendo en un círculo vicioso al deseo y el castigo. Terminar “muerta o en la cárcel” es una posibilidad latente.

La palabra “miedo” aparece 32 veces en el texto del grupo focal, por lo cual podemos asumir que, efectivamente, la violencia, la dominación de los que se encuentran arriba, ejerce tal presión que los dominados se mantienen en una especie de terror constante, terror que va colocando barreras contra el ascenso de los dominados.

A comparación de cualquier otro campo, en medio del narcotráfico, la violencia directa y la ilegalidad son elementos constantes, por eso la posibilidad de acceder a la siguiente esfera es prácticamente imposible.

Así, las mujeres colocadas en la base de este campo, seguramente serán las primeras en ser utilizadas como carne de cañón, son mujeres halconas, puchadoras, dolareras, burreras, que desempeñan un papel de carnada en las fronteras del narco.

Son las mujeres más vulnerables y las primeras enviadas al campo de batalla. Estas mujeres no tienen acumulado ningún capital que les permita desarrollar estrategias de salvamento. Son las primeras en morir y su cuerpo es utilizado para ejercer poder.

Una esposa de un capo de alto rango posiblemente no muera descuartizada, incluso puede ser que su estatus le permita permanecer dentro del campo como viuda, esposa o administradora, sin embargo una mujer burrera, incrementa sus posibilidades de convertirse en rehén de guerra, sometida a torturas y a una muerte violenta.

A menor capital global, será mayor la vulnerabilidad de una mujer en el narco, mientras que a mayor capital global las posibilidades de que una mujer prevalezca en el campo del narco serán mayores.

La problemática planteada en esta tesis no contiene en sí una respuesta definitiva, porque implica respondernos de manera compleja ¿cómo es que una mujer decide vincularse con el narcotráfico? Y eso depende de su propia red de relaciones objetivas, de la manera de relacionarse en ella, de la suma de capitales que pueda acumular, o de que su posición implique una amenaza para la estructura del narco.

Conclusiones

Los nodos dentro de la red de relaciones objetivas de las mujeres vinculadas al narcotráfico son necesariamente complejos, por un lado a través de una parafernalia corporal del narco, hombres y mujeres seducen a otros a sus redes, por el otro lado las amistades y la familia refuerzan ciertas prácticas que modelan un ideal femenino, y finalmente, los medios y la sociedad se encargan de reproducir patrones estéticos y corporales que darán lugar a un estilo de vida relacionado con la violencia en todas sus escalas.

Ciertamente la amenaza, la muerte, la violencia extrema ejercida sobre el cuerpo son la forma principal en donde el narcotráfico encuentra su poder, pero también en el terreno de la violencia simbólica, es decir, a través de la ostentación de su acaudalado capital por vía de la ilegalidad, por todos los elementos que se desprenden de ella a través del consumo excesivo, de la magnificencia que parece desprenderse de ello y de un estilo de vida ideal fundado en estos principios.

La mujer es quien se encarga de ser la carne de cañón en este ejercicio del poder, es ella el objeto de poder en el narcotráfico, es ella quien deberá aspirar a modificar su cuerpo estéticamente, en quien recae, directamente, la acción de la seducción y quien, finalmente, es utilizada para poner y exponer un *habitus* que funciona como incentivador para otras mujeres, e incluso, para otros hombres. El cuerpo de la mujer, es por lo tanto, objeto y anzuelo en el narcotráfico y quien estará en el terreno más vulnerable de padecer la violencia.

En este campo, se vislumbra con mayor claridad un al capital corporal como un elemento necesario para desarrollar estrategias matrimoniales, sociales y económicas para ejercer dominio sobre otros, etc.

Se puede afirmar esto, justamente desde la problematización que Bourdieu (1987) hace sobre los tres estados del capital. “ El capital cultural puede existir bajo tres formas: en el *estado incorporado*, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo: en el *estado objetivado*, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, maquinaria, los cuales son la huella o la realización de teorías o de críticas a dichas teorías, y de problemáticas, etc., y finalmente en el *estado institucionalizado*, como forma de objetivación muy particular, porque tal como se puede ver con el título escolar, confiere al capital cultural — que supuestamente debe de garantizar— las propiedades totalmente originales.”

En este caso, justamente en el cuerpo se inscribe el capital incorporado a través de ciertas disposiciones corporales, que por un lado se han heredado tanto biológicamente como por

herencia del capital cultural. Esos patrones se van configurando según sea la escala de la mujer en el narcotráfico, busto más o menos amplio, cintura más o menos estrecha, labios más o menos gruesos, ojos acentuados o disminuidos, es el resultado entre las propiedades heredadas y las propiedades adquiridas.

El estado objetivado, en ese sentido, serían todos los artefactos de los cuales una mujer puede disponer para dar su propio desplegado corporal. “En este caso, el tiempo de acumulación comprende la totalidad del tiempo de socialización” (Bourdieu, 2013: 5), si para un erudito representa cuadros, libros, diccionarios, en el caso de la mujer del narco estaríamos hablando de la parafernalia corporal: cirugías, maquillajes, celulares, camionetas.

Finalmente, el estado institucionalizado, sería aquel cuerpo ideal denominado “buenota”, si para un escolar es el título, para la mujer en el narco serían unas medidas idóneas, haber entrado en un patrón de reconocimiento corporal es haber entrado en un círculo de poder dentro del narcotráfico.

Así, las mujeres con mayor capital económico y corporal estarán en lo más alto de la estructura social, incluso, en este sentido el capital cultural, aunque determinará las posibilidades de ascenso, los capitales principales con los cuales se puede ascender en este campo, están directamente vinculados al capital económico y corporal, sobre todo en el caso de las mujeres.

Por el contrario, en el campo del narcotráfico, entre menor capital económico y corporal, las mujeres se encontrará en una situación de vulnerabilidad e indefensión total, con menos posibilidades de ascenso y con un pase directo a la muerte, puesto que serán sometidas a distintas pruebas que las conducirán a la extenuación en alguno de los puntos de subida.

Las luchas por el ascenso serán catastróficas, como ya lo hemos visto en los encabezados de las continuas noticias sobre decesos a causa del narcotráfico. Lo que está en juego, además de la vida de miles de mujeres que perecen por estas causas cada año en todo el país, y en todo el mundo, es el dominio por un campo centrado en el dominio económico mundial, con base en la ilegalidad.

El campo del narcotráfico es un terreno misterioso, difuso, centrado en la obtención de riqueza de manera rápida y que, necesariamente, está relacionado con otros problemas sociales como el tráfico de personas, la violación de los derechos humanos, la inequitativa distribución de la riqueza a nivel nacional e internacional y, por lo tanto, a la pobreza y la marginación.

El narcotráfico obtiene así, su fuerza y su poder, a través de las ganancias económicas

inmediatas y de la demostración de su poderío ataviando a sus mujeres y hombres de tal manera, que den cuenta de su empoderamiento económico, político, social y cultural.

Al final, si alguien se niega a acceder a estas exigencias y para mantener su hegemonía, el costo será exhibido a través de los cuerpos desmembrados, fragmentados, rotos, reducidos a pedazos inconstruibles.

El cuerpo como resultado de sus relaciones sociales

Pero el asunto del cuerpo trasciende, incluso, al campo del narcotráfico, colocándose así como una *hexis* corporal construida y percibida socialmente.

El cuerpo permite entender y, a su vez, expresar una serie de condiciones sociales, la constitución de un *habitus* y las luchas en un campo con unas prácticas particulares. De tal manera, que me atrevo a afirmar, que el cuerpo es el resultado de la serie de relaciones objetivas de una persona con el campo, es decir, el cuerpo se construye socialmente.

Para ello, se habrán de poner en juego una serie de dispositivos que permitan la configuración de un cuerpo de una manera y no de otra: la familia, las amistades, los medios, las instituciones sociales son las que proponen una serie de factores que permitirán la constitución de un cuerpo como tal. Por lo anterior afirmo lo siguiente:

1. La madre es quien pone a disposición una serie de mecanismos para exponer lo esperado de una mujer en tanto que femenina. Es la madre quien se encarga de gestar el ideal femenino esperado en una joven: lo decente, lo correcto, lo decoroso, en general, provienen justamente de los valores familiares que se comparten en la relación entre madre e hija.
2. También es la madre, o elementos de la misma familia, quienes comienzan a colocar las conductas, valores, actitudes que son esperadas de una mujer en particular, construyendo un ideal personal, que al final se plasma en una identidad personal. Dicha identidad se incorpora de varias maneras, a través de lo estético, de ciertas maneras de comportarse, de actuar dentro y fuera del núcleo familiar, e incluso, puede generar un proyecto de vida que sea “congruente” con esos elementos requeridos por la madre y por la familia.
3. Las amistades también juegan un papel central en la conformación de la idea de lo femenino y no sólo eso, sino que son las mismas amistades de donde provienen ciertos patrones estéticos, sociales, culturales, deseados en una mujer del narco en particular. El largo del cabello, el maquillaje, las cirugías, etc., son modelos que provienen

generalmente de otras mujeres iguales que comparten un estilo de vida una identidad común. El modelo estético se construye en confrontación a “otra que es igual que yo” u “otra como la que aspiro ser”.

4. Por lo tanto, son la familia y las amistades, los espacios sociales de donde generalmente provienen las creencias, esquemas de pensamiento y valores (*habitus*) que promueven una identidad social, es decir, un conjunto de acciones que desemboquen en un tipo social ideal de la mujer narco.
5. La percepción social de la mujer vinculada al narcotráfico es, justamente, una “anticipación inconsciente de las oportunidades de éxito de la interacción que contribuye a definir esas oportunidades (por trazos comúnmente descritos como seguridad, confianza en sí, etc.)” (Bourdieu, 1977). Es decir, no se es mujer narco sólo porque deseo a un hombre, o sólo porque deseo escalar socialmente, o sólo porque deseo más dinero, sino porque esa identidad me permite alcanzar un éxito social en todos los niveles: lo que espero de mí misma (identidad personal), lo que esperan los demás de mí (identidad social).

Entonces, el cuerpo resulta una geografía exacta de la red de relaciones objetivas de las mujeres en el campo del narcotráfico, con sus aspiraciones, vinculaciones, ascendencias, decadencias, e incluso, de sus propias decisiones respecto de ese campo.

El cuerpo y el género

El cuerpo no sólo es el resultado de una serie de condiciones sociales “hechas carne” sino también un ‘constructo’ de identificación y diferenciación entre géneros. Por lo tanto, podríamos decir que el género también se construye, se expresa y se percibe socialmente.

Así, los puntos siguientes son enunciaciones teóricas para tratar de problematizar el estudio de la mujer narco como un ‘grafo’²² que articula el género y la identidad, en convergencia con la violencia:

1. El género y el cuerpo, como dice Butler (1998), están íntimamente ligados, y ese vínculo se expresa a través de la *hexis* corporal (Bourdieu, 1977), es decir, a través de la experiencia práctica del cuerpo. El género se reconoce porque hay un cuerpo que lo expresa, independientemente de la manera en que éste se articule.
2. El género, como experiencia práctica del cuerpo, genera unos patrones o esquemas de percepción y autopercepción que permiten observar una identidad colectiva (Bourdieu,

²² En matemáticas: dibujo o gráfica conjunto de objetos llamados vértices o nodos unidos por aristas o arcos.

1977). Esta identidad se reconoce a través de las prácticas sociales, culturales y corporales de un grupo de personas, a lo que Butler (1998) llama “Performatividad” o la serie de normas reguladoras que constituyen el cuerpo y que materializan el cuerpo.

3. El género, en el caso del narcotráfico, se constituye a partir de la violencia simbólica entre hombre y mujer, es decir, que la mujer acepta su condición de objeto corporal en construcción, que atiende a ciertas demandas del campo, y que se establece en consenso con otras mujeres.
4. La identidad, en este caso, es resultado de estos patrones corporales, de la relación entre géneros y de la violencia estructural. Es decir, el narco, la familia, los medios de comunicación y el mismo narco, de alguna manera, refuerzan y mantienen este modelo ideal de cuerpo y de género narcofemenino entre las mujeres del narco, y entre la sociedad en general.
5. Esa identidad se configura por la suma del *habitus* (esquemas de percepción y clasificación), más los capitales de la mujer (social, cultural, económico y simbólico), por las condiciones dadas por el campo (espacio, violencia, narcocultura).
6. El problema central, es que el cuerpo, el género y la identidad, están traspasados, en el caso del narco femenino, por una violencia inherente a las prácticas del narco. El cuerpo que una vez fue estimado como ideal, se convierte en la principal herramienta de violencia en todas sus fases como prueba de la fuerza del narcotráfico no sólo como una de las piezas estructurales de la ilegalidad, sino como institución, y una institución que ejerce su fuerza desde la violencia material y simbólica.
7. Así, se genera una conciencia solidaria o identidad de grupo, la de las mujeres vinculadas al narcotráfico.

El cuerpo está articulado por la idea de género resultado de las condiciones sociales dadas en el campo, la identidad asumida individual y colectivamente, y por una serie de imposiciones y disposiciones heredadas por la familia, por la escuela, por los medios y por el narcotráfico mismo.

El cuerpo y la violencia

Como se ha venido planteando, el cuerpo de la mujer vinculada al narcotráfico, está ligado a la violencia factual y simbólica.

1. El narco utiliza la seducción como herramienta para mostrar su poderío, lo que lleva a que algunas mujeres idealicen dicho estilo de vida.
2. Cuando se da esa idealización sobre el estilo de vida de las mujeres en el narco, se genera una especie de epojé, es decir, una suspensión de todo juicio, por el cual ni afirmamos ni negamos nada, un estado mental que conduce a la imperturbabilidad, o lo que en esta

tesis se expone como naturalización de la violencia, esa situación donde un sujeto es incapaz de concebir la voracidad de la violencia del narco que incluso puede llevar a desatender la amenaza que implica el narcotráfico, orillando a dicho sujeto a la muerte.

3. Esta idealización se configura por una serie de relaciones objetivas de las mujeres con el campo, las disposiciones heredadas por la familia, su relación con determinadas amistades, la configuración de patrones corporales impuestos por los medios, etc.
4. Por lo tanto el estilo de vida de la mujer narco se configura por una serie de incorporaciones estéticas, culturales y sociales que le hacen ser víctima de la violencia simbólica, es decir, al hecho de aceptar, como válidos, patrones corporales impuestos por terceros.
5. Finalmente, este estilo de vida implica rondar sobre los terrenos de la violencia factual, porque significa haber trascendido de lo ideal a una relación directa con el narcotráfico, que como hemos visto, sobre todo para las mujeres con menor capital cultural y corporal, se integra la posibilidad real de morir a causa de las reglas del campo del narcotráfico.

El riesgo de acceder a este estilo de vida, es inmanente y emerge una complicidad que debe ponerse en claro, a todas luces, el narcotráfico ofrece unas características que resultan atractivas y que permiten atraer a hombres y mujeres al interior de sus filas, y así, esas mujeres se enrolan en estas esferas atraídas por unas cualidades que ven en la cultura narco, y que las coloca en un terreno pantanoso, donde la lealtad, la fidelidad, la riqueza, la belleza e incluso el derecho de admisión, simplemente, se pagan con la vida.

Algunos pensamientos sobre el tema

Durante casi cuatro años de estar trabajando el tema de las mujeres vinculadas al narcotráfico no pocas personas me han hecho la siguiente pregunta: ¿cómo se resuelve el asunto del narcotráfico?

Respuesta que de ninguna manera puede ser simple y que implica mirar al problema autocriticamente y no sólo críticamente. Me explico, primeramente me pongo en la línea crítica a mí misma, ya que la comprensión de un tema que es naturalmente complejo, implicó romper estereotipos, creencias, valores un *habitus* de la mujer vinculada al narcotráfico que era completamente irreal.

Pensar que las mujeres sólo quieren operarse por vanidad, que todas tienen cuerpos hiperarreglados, que desean ingresar al narcotráfico por interés, o que no viven todas ellas en una situación de vulnerabilidad y violencia constante es completamente ingenuo y refuerza los estereotipos de los medios, del narco, del gobierno, es un poder simbólico absolutamente

silencioso y contra el cual, la única manera de romperlo es entrando en contacto con las historias de estas mujeres y divorciarse de papeles maniqueos de víctima o victimaria, porque en el centro hay una serie de situaciones sociales que van favoreciendo el que el narcotráfico sea una opción cada vez más real y accesible para estas jóvenes.

Aún ahora, la lucha es tratar de comprender desde otras escalas a estas mujeres, no sólo las que por alguna relación laboral, social o sentimental se vinculan a él, sino aquellas mujeres que son presionadas, obligadas o secuestradas para los fines del narcotráfico. Esta es la línea más urgente por trabajar, porque seguramente estaremos en un escenario distinto a la de una chica universitaria de clase media la cual voltea y sus opciones más cercanas son la ilegalidad y el narcotráfico.

También resultaría pertinente hacer un estudio vinculante entre las distintas escalas del campo del narcotráfico, en contraposición con los discursos mediáticos, académicos, de las redes sociales, del gobierno y del espacio público para poder entender todas las aristas desde las cuales una mujer está representada como mujer del narco.

En este sentido, los esfuerzos de los académicos, periodistas, literatos que trabajamos con el tema del narcotráfico, la violencia, los jóvenes podrían ser aún mejor coordinados. Es necesario que el tema no se pierda después del sexenio de guerra frontal contra el narcotráfico, y al ser, precisamente, un tema que coloca en riesgo inminente a quienes estamos trabajando con estas temáticas, sería deseable que se desarrollaran más proyectos, seminarios, congresos, simposios de manera colaborativa desde donde se generen alternativas ante la ilegalidad y la violencia, una vinculación entre la teoría y la práctica, una filosofía relacional de la ciencia como lo plantea Bourdieu, en vez de esfuerzos aislados con mucha o poca resonancia pero que, definitivamente, colocan en mayor riesgo y vulnerabilidad a los profesionales del tema.

Vencer las estructuras que ya están instaladas en el campo del narcotráfico y en el campo gubernamental sería una labor imposible, sino se desarrollan propuestas serias, bajo un esquema continuo de vigilancia epistemológica, de acuerdos sociales, ciudadanos, académicos desde los cuales no confrontar sino proponer. Este tema si se trabaja de manera frontal se genera más violencia y más muerte, es un tema de estrategias comunes, de propuestas con solidez teórica y epistemológica, pero siempre de manera conjunta... ¿Quién mató al comendador? Fuenteovejuna, Señor.

También es necesario comprender el papel de los hombres, los niños y niñas en el campo del narco, porque aunque muchas cosas parecieran apuntar a una escala similar entre hombres,

entre ellos existe más bien una división que tiene que ver con el puesto que ocupan en la organización criminal, y que sería importante para contrastar a qué nivel se mueven las mujeres, en relación a la posición que juega el hombre en esa escala.

Como categoría, creo que el tema de la Moda y la Estética, junto con el de los medios de comunicación, en el caso particular el de las redes sociales, son temas que rigen ya al mundo, y que seguirán teniendo un alto impacto en la reconfiguración social mundial, es necesario trascender la idea de la Moda o los Estilos de Vida como algo superficial para comprender que son elementos que configuran identidades sociales. Particularmente, los alumnos de las nuevas licenciaturas están muy interesados en comprender a profundidad esta situación, sería de suma importancia trabajar la cuestión de género y moda para desmitificar el asunto sólo como consumo desmedido, sino como algo mucho más complejo y sobre el cual los jóvenes manifiestan profundo interés.

Me parece que se pueden derivar estudios que vinculen moda, estética y redes sociales, desde muchas perspectivas, no sólo la de la Narcocultura, la tecnología y la moda, estarán muy presentes en los profesionistas, pero también en las agendas de investigación y de medios, por lo cual me parece urgente comenzar a elaborar proyectos de investigación que nos permitan una mejor comprensión de estos asuntos.

Y finalmente, como ya había propuesto en la tesis anterior, considero que bajo estas temáticas y considerando el potencial académico que hay en el ITESO en el área de Comunicación con las cinco salidas que tendrá a partir de agosto de 2012, Arquitectura y Diseño, incluso me atrevo proponer al Departamento de Filosofía también, y como escuelas relacionadas con estas temáticas: una Escuela de Arte, que permita la reflexión interdisciplinaria sobre estos aspectos, una reflexión más profunda, crítica y que permita intercambiar posturas analíticas sobre la cuestión. Y no sólo de este abordaje en particular, sino de muchas temáticas que están vinculadas a la moda, la tecnología, la estética y las artes, como sustentabilidad, recuperación de espacios públicos, patrimonio cultural, diseño de productos tecnológicos y ecológicos, artes audiovisuales, entre muchas otras temáticas que pudieran articularse de una manera más consistente, con el trabajo interdisciplinario de estos departamentos y con el objetivo de enriquecer el perfil profesional y los proyectos de los estudiantes de estas disciplinas.

Para ello, es importante hacer una evaluación de los currículos de las carreras antes mencionadas y la reflexión de una posible vinculación entre todas ellas, a través de materias comunes que permitan reflexionar sobre el arte, las redes sociales, la estética, etc.

Además intencionar materias como Historia de las Artes, con salidas por cada una de las carreras, Cultura y Tecnología, Estética y Redes Sociales, Moda y Cultura, entre otras que permitan establecer vínculos entre los diferentes Departamentos del ITESO.

Bibliografía

- ALVARADO VÁZQUEZ, R. I. (2012). Las nuevas imágenes urbanas. Los buchones una imagen regional. *Desafíos y horizontes de cambio: México en el siglo XXI del Tercer Congreso Nacional de Ciencias Sociales*. . México.
- Amuchástegui, A. (2005). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual. En I. y. Szas, *Sexualidades en México* (págs. 107-135). México, D.F.: El Colegio de México.
- Arboleda, R. (2002). *El cuerpo en boca de los adolescentes*. Medellín: Kinesis.
- Armienta, N. (Productor), & Armienta, N. (Dirección). (2010). *Culpables de Inocencia* [Película]. México.
- Astorga, L. (2003). *Drug Trafficking in Mexico: A First General Assessment. Discussion Paper. UNESCO: Social and Human Sciences*. Obtenido de <http://www.unesco.org/most/astorga.htm>
- Astorga, L. (2004). *Mitología del narcotraficante en México*. México, D.F.: Plaza y Valdés.
- Astorga, L. (2005). *El siglo de las drogas*. México, D.F.: Plaza Janés.
- Autor, S. (Dirección). (2011). *Chicas al servicio del Narcotráfico* [Película]. Francia.
- Beckwith, C. (1990). Geerwol: el arte de la seducción. En M. Feher, & et.al., *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 237). Madrid: Taurus.
- Bolívar Moreno, G. (2006). *Sin Tetas no hay Paraíso*. (M. A. Puerta, Intérprete) Caracol Televisión.
- Bolívar Moreno, G. (2007). *Sin tetas no hay paraíso*. México: Debolsillo.
- Bourdieu, P. (1976). *La Distinción*. Madrid: Santillana.
- Bourdieu, P. (1977). Observaciones sobre la percepción social del cuerpo. *ARSS*, 51-57.
- Bourdieu, P. (1985). Efecto de campo y efecto de cuerpo. *ARSS*, 73.
- Bourdieu, P. (1987). Los tres estados del capital cultural. *Revista sociológica*, 2(5).
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1989). "Los tres Estados del Capital Cultural". *Sociológica*(5), 11-17.
- Bourdieu, P. (1991). *Sociología y cultura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA).
- Bourdieu, P. (1994). El cuerpo y lo sagrado. *ARSS*, 2.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (22 de Julio de 1998). El hombre decide, la mujer se aparta. (C. Portevin, Entrevistador)
- Bourdieu, P. (5 de Octubre de 1998). Forum FNAC. *Foro*. Fnac St Lazare, Francia.
- Bourdieu, P. (Agosto de 1998). La lucha feminista en el corazón de los combates políticos. *L'Monde Diplomatique*, pág. 24.
- Bourdieu, P. (2000). *Sobre el poder simbólico. Intelectuales, política y poder*. Recuperado el 14 de noviembre de 2012, de http://www.armario.cl/Teoria_curricular/Nuevos/Pierre%20Bourdieu%20
- Bourdieu, P. (2001). *El oficio del sociólogo* (Cuarta edición ed.). Madrid: España.
- Bourdieu, P. (2012). *Los tres estados del capital*. Recuperado el 04 de octubre de 2012, de David Velasco*Bitácora Académica: <http://davidvelasco.files.wordpress.com/2009/02/la-nobleza-de-estado-4a-parte-cap-1.pdf>
- Bourdieu, P. (s.f.). *Sobre el poder simbólico*. Recuperado el 04 de octubre de 2012, de Sociologia.net: http://sociologiac.net/biblio/Bourdieu_SobrePoderSimbolico.pdf
- Bourdieu, P., & Wacquant, Loïc. (1995). *Respuestas*. México, D.F.: Grijalbo.
- Brito, F. (2012). *Tus pasos se perdieron con el paisaje (ensayo fotográfico)*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemi.nyu.edu/journal/8.2/brito/>
- Butler, J. (1998). *Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista*. Recuperado el 06 de febrero de 2013, de Debate feminista: <http://www.ramwan.net/restrepo/contemp/judith-butler-actos-performativos-y-constitucion-de-genero.pdf>
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós : Buenos Aires.
- Castañeda Naranjo, L. S., & Henao Salazar, J. I. (2011). *El elemento compositivo narco- en los medios de comunicación*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de Revista Virtual Universidad Católica del Norte.
- Cisneros, J. C. (2012). "Todo lo grande se acaba en un momento". En A. Santamaría Gómez, *Las Jefas del Narco* (pág. 185). México: Grijalbo.
- Corbin, Juliet y Strauss, Anselm. (1990). Grounded Theory Research: Procedures, Canons, and Evaluative Criteria. *Qualitative Sociology*, 13(1), 1-20.
- Córdova, N. (Otoño de 2008). Las drogas: Las ganancias ideológicas de la prohibición. *Arenas. Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*.(17), 7-32.
- Covarrubias, F. (2012). *El narco en el país de nunca Jabaz*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/jabaz>

- Crettiez, X. (2006). *Violence et Nationalisme*. París: Odile Jacob.
- Donsbach, W. (2006). The identity of Communication Research. *Journal of Communication*, 56(3), 437-448.
- Elvin, M. (1990). Cuentos de shen y xin: el cuerpo-personas y el corazón-mente en China durante los últimos 150 años. En M. Feher, & e. al., *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 552). Madrid: Taurus.
- Estrada, L. (Productor), & Estrada, L. (Dirección). (2012). *El Infierno* [Película]. México.
- Excélsior. (marzo de 27 de 2012). *Excelsior*. Recuperado el 05 de noviembre de 2012, de EFE: http://www.excelsior.com.mx/index.php?m=nota&id_nota=821885&seccion=seccion-nacional&cat=1
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Foucault, M. (1976). *El cuerpo de los condenados*. México: Siglo XXI.
- Fuentes Navarro, R. (2004). Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinaria. *Trampas de la comunicación*, 1, 12-29.
- Galindo Cáceres, J. (1998). Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación. En J. Galindo Cáceres, *Etnografía. El oficio de la mirada y el sentido* (págs. 347-379). México: Pearson.
- Galindo, Luis Jesús. (1998). Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación. En F. Sierra, *Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social* (págs. 277-341). México: Pearson.
- Garriot, W. (2012). *El imaginario narcopolítico*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/garriott>
- Giménez, G. (1978). *Cultura popular y religión en el Anáhuac*. México: Centro de Estudios Ecuménicos.
- Goffman, E. (1992). *La presentación de la persona cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez-Peña, G. (2012). *Carta abierta de un artista postnacional a un jefe del crimen organizado mexicano*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/gomez-pena>
- Greimas, A. (1976). *La semiótica del texto*. Barcelona: Paidós.
- Gutiérrez, C. A. (2012). *Narco and Cinema: The War Over Public Debate in Mexico*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/gutierrez>

- Hértiter-Augé, F. (1990). Mujeres ancianas, mujeres de corazón de hombres, mujeres de peso. En M. Feher, & et.al., *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 552). Madrid: Taurus.
- Instituto Nacional de las Mujeres, México. (2008). Métodos anticonceptivos. *Barreras para la atención a la salud reproductiva de mujeres en situación de pobreza en el medio urbano*. (pág. 64). México, D.F.: El Colegio de México.
- Ivanhoe Valdez, G. (2008). Juventud, narcocultura y cambio social ¿el regreso a la cosmovisión tradicional? en México: bajo las violencias del Estado y del Narco. *Arenas: Revista Sinaloense de Ciencias Sociales.*, 69-100.
- La Silla Vacía. (08 de junio de 2012). *La silla vacía: casa de las estrategias*. Recuperado el 19 de noviembre de 2012, de Narcotráfico y cuerpos: <http://www.lasillavacia.com/elblogueo/narcorama/33882/narcotrafico-y-cuerpos>
- María Eugenia de la O y Alma Leticia Flores Ávila. (Enero-Abril de 2011). Violencia, jóvenes y vulnerabilidad en la frontera noreste de México. *Desacatos*(38), 11-27.
- Mata, I. (2012). *El imaginario social sobre el estilo de vida de las mujeres del narco*. Tlaquepaque, Jalisco: Tesis.
- Moncada Cota, A. (2012). *Los narcocorridos, expresiones culturales de la violencia*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. : <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/mondaca>
- Mondaca Cota, A. (2004). *Las mujeres también pueden. Género y narcocorrido*. Culiacán, Sinaloa: Universidad de Occidente.
- Mondaca Cota, A. (2012). *Narcocorridos, ciudad y vida cotidiana : espacios de expresión de la narcocultura en Culiacán, Sinaloa, México*. Guadalajara,, Jalisco: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- Montoya Arias, L. O. (2008). EL NARCOCORRIDO, Culiacán a través de su historia. *Arenas, Revista de Ciencias Sociales de Sinaloa*, 47-65.
- Montoya Arias, L. O. (2008). El narcocorrido, Culiacán a través de su historia. México: bajo las violencias del Estado y del Narco. *Arenas: Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*, 45-65.
- Muñiz, E. (2011). *La cirugía cosmética: ¿Un desafío a la naturaleza?* México: UAM Azcapotzalco.
- Cruz, P. (Productor), Naranjo, G. (Escritor), & Naranjo, G. (Dirección). (2011). *Miss Bala* [Película]. México: 20th Century Fox.
- Nateras, A. (2010). Performatividad. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México* (págs. 225-261). México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA).

- Navarro Rodríguez, M. (Enero de 2011). *La cultura de violencia social y narcotráfico en los jóvenes, una mirada a los blogs y sitios públicos de gran impacto, sus implicaciones educativas*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de Revista electrónica Praxis Investigativa ReDIE: <http://www.redie.org/librosyrevistas/revistas/praxisinv04.pdf#page=74>
- Oates, C. (1990). Metamorfosis y Licantropía en el franco-Condado, 1521-1643. En M. Feher, R. Nadaff, & N. Tazi, *Fragmentos para una historia del cuerpo humano V.1* (pág. 315). Madrid: Alfaguara.
- Olavarria Crespo, F. J. (2008). Violencia de género: una realidad que lacera la identidad femenil. México: bajo las violencias del Estado y del Narco. . *Arenas: Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*(17), 101-111.
- Ovalle, Liliana y Giacomello, Paola. (2008). La mujer y el narcomundo: imágenes tradicionales y alternativas. *Arenas: revista sinaloense de ciencias sociales*(17), 32-45.
- Park, Jungwon y Gómez-Michael, Gerardo. (2012). *Noción de gasto y estética de precariedad en las representaciones literarias del narcotráfico*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/park-gomez-michel>
- Pérez-Reverte, A. (2008). *La Reina del Sur*. México: Punto de Lectura.
- Pérez-Reverte, A. (2012). *La Reina del Sur*. México: Punto de lectura.
- Perinola, M. (1990). Entre vestido y desnudo. En M. Feher, & e. al., *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 552). Madrid: Taurus.
- Polit Dueñas, G. (2008). La mariposa amarilla:” el autor, el crimen, un idiota y el silencio en torno al narco. México: bajo las violencias del Estado y del Narco. *Arenas: Revista Sinaloense de Ciencias Sociales.*, 67-85.
- Polit Dueñas, G. (2012). *La crónica del narco y los transas de Cristian Alarcón*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2.: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/duenas>
- Portevin, C. (Julio-Agosto de 1998). Existir para la mirada masculina. 24.
- Reguillo, R. (1991). *En la calle otra vez*. Tlaquepaque, Jalisco: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- Reguillo, R. (2012). *La Narco Máquina y el trabajo de la violencia. Apuntes para su decodificación*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/reguillo>
- Reguillo, R. (Sin año). *Revista Pensamiento Iberoamericano*. Recuperado el 27 de febrero de 2013, de Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el

desencanto.:

<http://www.pensamientoiberoamericano.org/xnumeros/3/pdf/pensamientoiberoamericano-84.pdf>

- Rincón, O. (julio-agosto de 2009). Narco.Estética y narco.cultura en Narco.lombia. *Revista Nueva Sociedad*.
- Santamaría Gómez, A. (2008). LA VIOLENCIA EN SINALOA y ya dos años del régimen de Calderón. *Arenas, Revista de Ciencias Sociales*, 112-134.
- Santamaría Gómez, A. (2012). *Las Jefas del Narco. El ascenso de las mujeres en el crimen organizado*. México: Grijalbo.
- Scherer García, J. (2009). *La reina del Pacífico*. México: Debolsillo.
- Scherer García, J. (2009). *La Reina del Pacífico. Es la hora de contar*. México: Debolsillo.
- Sierra, F. (1998). Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación. En J. Galindo Cáceres, *Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social* (págs. 277-341). México: Pearson.
- Sosa.-Sánchez, I. A. (20 de Febrero de 2013). Haciendo cuerpos, haciendo género. Un estudio con jóvenes en Cuernavaca. *Revista De Estudios De Género. La Ventana.*, 225-291.
- Suárez Ortega, M. (2005). *El grupo de discusión. Una herramienta para la investigación cualitativa*. Barcelona: Laertes.
- Taracena, E. (Diciembre, 2002). La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales. *Perfiles Latinoamericanos*.
- Tatar, B. (2010). Hombres Bravos, Mujeres Bravas: Gender and Violence in the Mexican Corrido. . *Asian Journal Of Latin American Studies*, 83-117.
- Taylor, S.J. y Bodgan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Tercero, M. (2012). *Vida cotidiana y narcotráfico*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de e-misférica 8.2. Nueva York: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/tercero>
- Valdez Cárdenas, J. (2009). *Miss Narco. Belleza, poder y violencia. Historias reales de mujeres en el narcotráfico mexicano*. México: Aguilar.
- Valencia Triana, S. (2012). *Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género*. Recuperado el 2012, de e-misférica 8.2: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/triana>
- Velasco, D. (2000). *Habitus, democracia y acción popular*. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

- Velasco, J. L. (Sin año). *El mercado de las drogas en México*. Recuperado el 20 de octubre de 2012, de www.nuso.org/upload/articulos/3273_1.pdf: www.nuso.org/upload/articulos/3273_1.pdf
- Vigarello, G. (1990). El adiestramiento del cuerpo desde la caballería hasta la urbanidad cortesana. En M. Feher, & et.al., *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 552). Madrid: Taurus.
- Vigarello, G. (1990). El adiestramiento del cuerpo desde la edad de la caballería hasta la urbanidad cortesana. En M. Feher, *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (pág. 230). Madrid: Taurus.
- Wacquant, B. P. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo: México.
- Wacquant, L., & Bourdieu, P. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo: México.
- Wallach Socott, J. (2011). *The Fantasy of Feminist History*. Durham and London: Duke University Press.
- Zavala Sánchez, C. (2008). Estado y Narcotráfico: una relación encriptada. México: bajo las violencias del Estado y del Narco. *Arenas: Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*. , 100-121.